

Patricia Fernández Montero



*Ya no tengo
miedo*



YA NO TENGO MIEDO

Patricia Fernández Montero



Título: Ya no tengo miedo

Autor: Patricia Fernández Montero

ISBN: 978-84-1647-958-0

e-book v. 1.0

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 61 33

C/ Decano, 4 - San Vicente (Alicante)

www.ecu.fm

ecu@ecu.fm

Maqueta y diseño: Gamma Telf.: 965 67 19 87

C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)

www.gamma.fm

gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

*A mi madre Sonia, mi padre Juan
y mi hermano Jesús.*

Querido lector:

Llevar a cabo este libro me ha supuesto un gran esfuerzo mental y emocional. He tenido que ser capaz de recordar todos los momentos con la mayor claridad y detalle posible. Y lo que es aún más difícil, recrear sensaciones.

Para mí este es un ejemplo de lucha y superación, un apoyo a todas aquellas personas que han pasado por una situación parecida o se encuentran ahora mismo en ella. Es un grito dirigido a la sociedad, a todos aquellos jueces y abogados, a todas las personas. Y es que esta es la única forma de ser escuchado en un mundo en el cual el más débil no tiene voz. Es un pequeño empujoncito a todos esos niños que sentirán y sintieron la soledad, el miedo, la frustración, y no supieron a quién acudir.

Es un homenaje a todas las guerreras que, como mi madre, fueron capaces de averiguar el modo de continuar, de no rendirse incluso cuando todo ápice de esperanza e ilusión parecía perdido. Y a todas aquellas cuyas fuerzas fueron más débiles y no lo consiguieron.

Pero sobre todo con este libro trato de dar voz a aquellos en los que nadie piensa y menos aún escucha. A cada niño que ha sido víctima, esto va por vosotros. Esta es mi denuncia social, destapar la verdadera cara del maltrato, lo que nadie cuenta y nadie cree. Mostrar cómo la víctima es juzgada. Y es que, como antes mencioné, si no gritas, no te escuchan.

Todo ha sido escrito basándome en la verdad más pura y sincera. Todos aquellos que aparecen en él no son nombrados con su nombre verídico, con el fin de preservar la identidad de estas personas. No obstante, cada uno se identificará en el relato por sus acciones.

Niños, adultos y ancianos, quiero que esta historia sirva de ejemplo sobre lo que los humanos podemos llegar a hacer. Yo utilicé las adversidades con muy corta edad para hacerme fuerte y la soledad para encontrarme conmigo misma. Mostrar que el dinero no da el valor de una persona. Cómo la unión del ejército lo hace más fuerte, luchar incluso cuando el mundo entero parezca estar en contra. Concentrarse y seguir, sin que nadie te asegure realmente nada.

Así que ¿por qué no arriesgarse? Vivir y tratar de ser feliz, que la vida de por sí ya enseña más que cualquier libro.

Esto es la voz de la inocencia, que hasta hoy permaneció en silencio.

DEDICATORIA

Quiero dedicar este libro, este pedazo de mi historia, a todas aquellas personas que estuvieron durante el duro y estremecedor proceso. A todos aquellos que nos acompañaron y ayudaron. A los que llegaron a conocer a mi madre. Este libro es un homenaje a la batalla que ella libró duramente; por ella, por cada guerrero que le mostró su apoyo y que es digno de darse por aludido con mi más sincero agradecimiento.

Y a los que estuvisteis pero de manera distinta. Aquellos que intentasteis hacernos caer, incluso a los que durante mi infancia creí odiar por tanto daño. Los que no compartían esta postura y en numerosas situaciones actuasteis sin saber, gracias. Porque por ello soy más fuerte ahora mismo. Aprendí a luchar y, gracias a vosotros, que tratasteis de hundirnos, ahora mi valentía y coraje son más grandes.

Gracias a mis abuelos, que nos supieron acoger y dar cariño. Por haber estado siempre con nosotros, junto a mí. Por convertir vuestra casa en un segundo hogar durante aquel periodo. Y pese a que no siempre ha sido fácil continuar, os mantuvisteis ahí estables y fuertes. Os estaré eternamente agradecida por tanto, mi corazón estará siempre con vosotros.

Mamá, para ti no hay palabras que alcancen. Tú eres una luchadora, mi mejor ídolo. Has sabido continuar incluso cuando el viento soplaba tan fuerte y en contra que era imposible mantenerse en pie. Has sido mi mayor ejemplo y lo seguirás siendo durante toda la eternidad. Tú le has dado luz a los días tristes y esperanza a mi corazón. Me has enseñado a confiar en mí misma, a tener seguridad en todo lo que hacía, siendo consciente de que era capaz de lograr lo que me propusiese. Me enseñaste que el amor hacia una persona, cuando de verdad existe, es incondicional. A mirar al cielo y encontrarte cuando no pudimos estar juntas. Por darme el mundo en un instante. De ti aprendí a vivir, aunque mi introducción a la vida fue dura, supiste amenizar en cada momento mi dolor. Este es tu tributo, para que el mundo sepa aquello de lo que fuiste capaz. Gran guerrera de luz.

Y junto a mi padre, con el que creaste nuestra familia, mi otro gran guerrero. Que me enseñó a ser ruda y tenaz. A valorar y comprender que mi hogar estaría siempre donde estuviese mi familia. Por darle normalidad a mi vida, por aceptarme como una hija y protegerme. Gracias por no fallarme nunca desde que llegaste y demostrarme que, pese a todo, tu estancia junto a mí duraría para siempre. Por quererme tanto y tan incondicionalmente. No desde siempre papá, pero sí para siempre. Este libro también es para ti, por ser capaz de aguantar hasta el final y permanecer a nuestro lado. A los dos por sacar adelante esta gran familia y dar tanto por mi hermano y por mí.

Y qué puedo decir, o escribirte a ti, querido hermano. Qué puedo contarte yo aquí que tú ya no sepas. Has sido, eres y siempre serás mi compañero de viaje, de aventuras y de vida. Me has cuidado y te he cuidado. Me has visto llorar y he sentido mi corazón partirse cuando derramabas una sola lágrima. Al fin y al cabo, eres y siempre serás la persona con la que más tiempo he pasado y el niño de mis ojos, por mucho que te empeñes en crecer. Libramos de la mano la batalla más dura de nuestras vidas, y ahora solo nos queda disfrutar. Y no quiero volver a verte llorar ni echar de menos, no quiero que te vuelvas a asustar. Porque hoy, juntos espantamos al miedo y nos reímos de la vida. Hoy quiero que sonrías, y dedicarte a ti también este libro, que, al fin y al cabo, es un pedazo de nuestra historia. Te quiero.

Este libro es la consagración de la vida, del camino, de sus caídas y recompensas. Esto marca el fin de mi inicio. De cómo ahora deberé librar mis propias batallas, albergando todo lo aprendido hasta el momento. Con ello cierro esta etapa, pero jamás despido a mi pasado y todo lo que él conllevó. Porque gracias a mi historia soy la persona que soy.

Con esto me despido, disfruten de este viaje y amenicen el camino.

CAPÍTULO PRIMERO

De repente, te despiertas una mañana de febrero y todo ha cambiado, aunque yo aún no era consciente de ello. Dejas de ser una persona «normal», de formar parte del conjunto. Y es que la vida te ha elegido a ti por alguna u otra razón. Debes coger fuerzas y comenzar, el principio de un final. Va a ser una lucha intensa, difícil y dura. Vas a ser juzgado, van a tratar de hacer que decaigas, pero debes mantenerte porque de eso trata el camino, de todo lo que haces. Es esa misma mañana cuando las reglas han cambiado y el juego no ha hecho más que empezar.

Siempre tuve una madurez un tanto precoz, lo cual me ayudó bastante. Mamá solía decir que era una niña especial. Lo único cierto es que aprendí a ver más allá, solía saltarme las reglas, creyendo que lo único que hacían era limitar mi capacidad. Para mí, hasta aquel día, todo había sido un dulce juego, nada más complicado de lo que se puede esperar de una niña de seis años. Nací para algo, contaba mamá; «serás grande, hija», me susurraba antes de irse a dormir cada día. Mi nacimiento para mí contó solo con una madre, ya que no considero mi padre a mi progenitor biológico. Pues mi padre de verdad aún tardaría algún tiempo en llegar.

Mamá solía narrarme historias hermosas de hadas y mundos fantásticos en los cuales yo creía, prometiéndome que siempre estaría protegida por los ángeles. A menudo, acostumbraba a avisar a mi madre de que tuviera cuidado, no entendía muy bien por qué lo hacía. Era un presentimiento, una sensación extraña que se mantenía ahí, algo que sabía que cambiaría nuestras vidas. Aquella vez fue la primera que aprendí a confiar en mí misma, en mi intuición y en lo que era capaz.

Se me pone la piel de gallina, se me acelera el corazón y el estómago se me hace un nudo. 20 de febrero del año 2005, nada volvería a ser como hasta ahora.

Dormía tranquila y apaciblemente en la casa de mis abuelos, me habían dejado quedarme allí aquel fin de semana, lo cual era muy habitual, ya que

adoraba pasar tiempo junto a ellos. Desperté sobresaltada, había tenido una pesadilla, pero no conseguía recordar qué pasaba en mi sueño, así que le quité importancia y bajé las escaleras, donde en el piso de abajo me esperaba mi abuela para hacerme el desayuno, mientras se tomaba su café. Quería, más bien, necesitaba llamar a mi casa, me sentía extraña, mi tranquilidad fallaba. La noche anterior, al despedirme de mamá después de que me dejara en casa de mis abuelos, le dije que tuviese cuidado, tenía miedo de que, mientras yo no estaba en casa, entrara un ladrón y les pasara algo a mamá y a mi hermano David.

Mi casa se encontraba a veinte kilómetros de Las Rozas, allí vivía junto a mi madre, David y, para situar al lector, llamaré a partir de este momento a mi progenitor biológico Fernando.

Mamá respondió al teléfono, no parecía del todo tranquila. A partir de ahí, mi vida sería distinta, esta llamada marcó el inicio. Todo sucedió demasiado rápido y mi mente no era capaz de asimilar qué estaba pasando. Yo no estuve allí, así que fue mi hermano David quien lo presencié todo. Gracias al cual, tiempo después, fui capaz de comprender la situación, ya que él, con tan solo cuatro años, tardó en hablar.

El 20 de febrero mi madre recibió una paliza a manos de Fernando, que estuvo a punto de costarle la vida. Aquel día, Fernando insistía en ponerle a David una película sobre el nazismo y la guerra; mamá no quería, ya que mi hermano tenía tan solo cuatro años. En aquellos momentos, comenzó la brutal discusión y Fernando llevó a mamá hasta mi cuarto, no sin antes pegarla puñetazos delante de David, que, sentado en el suelo, lo presencié todo. Allí comenzó a darle patadas descalzo hasta que finalmente la agarró por el cuello tan fuerte que casi la estrangula contra las literas, donde David y yo dormíamos. En el momento en que la soltó, mamá corrió hasta la puerta mientras Fernando la perseguía, intentó coger el teléfono móvil y fijo, pero él se los quitó. Salió a la calle, desesperada, buscando ayuda y en pijama; con un euro que tenía en el bolsillo, llamó a mi tío desde una cabina telefónica para que fuese a casa lo más rápido posible. Una vez que llamó, volvió a por David corriendo y muerta de miedo sin saber qué iba a encontrarse. Al llegar, Fernando la recibió con David en brazos y completamente en shock. Amenazándola, preguntándole quién acaso la iba a creer. Tras la paliza,

Fernando estuvo en busca y captura. Fue la patente de mis miedos, el peligro del que siempre la avisé y que sentía tan cerca. La realidad de mis intuiciones. Más tarde, en un juicio, el fiscal le preguntó a Fernando que si en vez de estar descalzo hubiese llevado unas botas, la hubiese matado en aquel momento. Él dijo que sí. Mi madre me ha contado esto casi diez años más tarde.

En el año 2005, el maltrato no era algo común, las mujeres tenían miedo y no lo denunciaban, la sociedad no era consciente de la existencia de este problema y la ayuda era escasa. Un tabú para el mundo. Por ello, el hecho de ser una mujer maltratada no estaba bien visto.

La sociedad las castigaba a ellas porque no era lo común y el silencio era el arma más fuerte. Estaban desprotegidas y expuestas, pero alguien tenía que decir algo, pedir ayuda. Enfrentarse. Eran las reglas de un juego en el que el maltratador era rey de su propio desastre.

Sin embargo, esta situación de violencia en mi casa no era nueva, aunque esta vez había llegado a su extremo más radical. Por ello, no tengo miedo de enfrentarme a mi pasado. Me encontraba en medio de un caos terrible. Y es que las peleas en las que la fuerza de Fernando dominaba eran algo que se daba en contadas ocasiones y yo no era capaz de entender.

Antes de aquel 20 de febrero, nos encontrábamos los cuatro en la casa de Villalba. No éramos una familia, entre nosotros no había un núcleo ni una unión.

Mamá lloraba junto a una pequeña mesa que había en medio del salón, donde poníamos las revistas y yo solía dibujar y escribir cuentos. Al otro lado del mueble estaba Fernando, impasible, en su cara se reflejaba una expresión de enfado. Trataba de coger a mamá, la cual lloraba intentado que Fernando no consiguiera su propósito. Yo estaba en un rincón del salón suplicando a Fernando que no hiciera nada, temiendo que la pegara. Detrás de mamá, había un piano grande y negro que Fernando a veces utilizaba para tocar. Y entonces pasó, la agredió. Rompí a llorar. Apenas recuerdo el desenlace de toda aquella situación, pero Fernando me aterraba, parecía más fuerte que ninguno de nosotros tres, capaz de destruir en aquellos momentos lo que quisiera con tan solo tocarlo. Mamá también lloraba, muy fuerte. Mientras David estaba en su habitación, corrí a abrazarla, temiendo que Fernando pudiera hacerme daño

a mí también, sin parar de gritar que se detuviese. Aquellas imágenes jamás se borrarán de mi mente. Pero con el paso de los días todo volvía a la normalidad.

Esta vez, Fernando vino a la salida del colegio a buscarnos a David y a mí, lo cual era raro, ya que solía venir siempre mamá. Se le notaba distinto, más nervioso de lo habitual. Propuso ir al cine a ver una película, suceso extraño, pues era un día entre semana y al día siguiente había colegio. En cartelera estaba Los Increíbles, él quería ir a toda costa, parecía tener prisa; además, había ido en coche hasta el colegio cuando normalmente hubiese ido andando, dada la cercanía.

Pregunté por mamá, por qué no había venido ella. Fernando respondió que se encontraba enferma y no podríamos verla. Pero ella jamás hubiera negado que la viésemos por muy mal que se encontrase, siempre tenía tiempo para David y para mí. Así que le dije a Fernando que no quería ir al cine, prefería pasar antes por casa, que estaba a dos minutos del colegio. No dejaba de intuir que algo había pasado, del mismo modo que aquel 20 de febrero descubriría más tarde que no me equivocaba. Al llegar a casa, Fernando nos advirtió de que nos diésemos la máxima prisa posible. Toda la casa estaba a oscuras, la televisión apagada y no se oía nada, casi no parecía que allí hubiera alguien de no ser porque sabía de antemano que mamá se encontraba dentro.

Fui hasta la habitación buscando a mamá, estaba tumbada en la cama, apenas ocupaba espacio, ya que últimamente estaba más delgada de lo normal; casi no podía verle bien la cara, dado que la persiana no estaba bajada del todo, pero la cortina de la habitación estaba corrida, permitiendo que la luz del sol pasase a través de ella, iluminando la estancia de rojo por el color de la misma. Mamá casi no se movía; cuando nos vio entrar, sonrió, pero su cara y sus ojos parecían terriblemente apenados. No hacía falta que me contara lo que había sucedido y obviamente yo sabía que no iba a hacerlo para no preocuparnos, y menos aún con Fernando esperando fuera de la habitación, ya que él no pasó. Estuvimos solas unos momentos. Le pregunté qué había pasado, ella me respondió que tan solo se encontraba un poco mal. Pero allí estaba, contemplaba a mi madre en una cama sin apenas fuerzas para moverse, y me entraba una rabia que se transformaba en mi deseo de no separarme de ella. La pregunté que si quería comer algo y traje de la cocina unas onzas de

chocolate, que a ella tanto le gustaban, igual que a mí. No se las llegó a comer enteras.

Entonces oí cómo Fernando me llamaba desde fuera con prisa y alterado. Ni siquiera había entrado a ver a mamá, ni cómo se encontraba. No recuerdo una muestra de cariño ni de preocupación. Aún cuando me acuerdo, me entran escalofríos, la soledad en la que mi madre se debió de ver envuelta.

Abracé a mamá, la besé en la mejilla, me sonrió y le dije que iba al cine a ver una película, que volvería pronto.

Otro de los muchos sucesos que tengo grabados fue meses antes de la paliza. Uno de los más dolorosos. Era un fin de semana como el de aquel febrero que aún estaba por llegar. Se oyó un golpe que procedía del baño, donde mamá se estaba duchando. Me asusté enseguida pensando que se podría haber caído, y así fue, mamá se había tropezado en la bañera. Fernando, que estaba en el salón, también lo oyó, pero él estaba impasible, no se inmutó ni se movió de su sitio hasta que vio cómo yo intentaba abrir la puerta del baño. Yo lloraba por el miedo, pero Fernando me detenía constantemente; entonces David salió de su cuarto, ya que también estaba al tanto de lo que estaba sucediendo. Fue cuando Fernando murmuró algo así como «no importa que se haga daño, dejadla». Me estremecí por dentro ante aquello, su actitud me impresionaba.

Ante todas estas situaciones, yo empecé a confundirme sin entender nunca muy bien la actitud de Fernando, que cada vez era más agresiva, ya no solo con mamá. Pero esto nunca lo contaba, ni siquiera en la escuela; por una parte, no había visto otra cosa y Fernando me hacía comprender que esta era la situación «normal», aunque me empecé a dar cuenta de que ni mucho menos era lo habitual.

Cuando Fernando discutía con mamá, siempre tenía esa extraña sensación, el temor de que la volviera a dañar, no solo verbalmente. Durante aquellas peleas, hice una vez un dibujo, dibujo que le di a mamá. Yo jamás había conocido a ninguna niña o niño de mi escuela cuyos padres se hubieran separado, aunque no temía la separación de mi madre de Fernando, como cualquier otro crío de mi edad hubiera comprendido. Yo temía la separación de mi madre, es decir, yo temía por ella. En aquel dibujo que le entregué a

mamá en la habitación de David, mientras Fernando gritaba, le pedía que no se separara. Aquel fue el peor momento, supongo, ya que aprendí a aceptar este dolor y a concebir aquellas situaciones de violencia por parte de Fernando como normales.

Sin embargo, aparentemente entre nosotros, tal y como mostraba Fernando a nuestros conocidos y amigos, no había problemas. Él se encargaba de maquillar hasta tal punto la situación que nadie se hubiese podido imaginar jamás lo que realmente ocurría tras las puertas de nuestra casa.

Todo esto ayudará a entender el resto de la historia. Cómo mis miedos fueron creados. Cómo sentí esa extraña protección hacia mi madre y mi hermano mucho antes de aquel fatídico 20 de febrero. Estas anécdotas previas a aquel día son las que mejor recuerdo, con más claridad. Pasan por mi mente como una película, recordando los gestos de Fernando y su frialdad junto a la expresión de dolor y pena de mi madre. Del resto de aquellos seis años tengo apenas recuerdos borrosos, mi mente eliminó muchas de aquellas ocasiones para que, sencillamente, pudiese continuar con mi vida, aunque mi corazón seguía albergando el dolor que producían en mí.

Volví a nacer, y mi vida se volvía a construir, aunque esta vez no era el vientre materno el que me albergaba, ni a la salida de todo el proceso me esperaba la luz del mundo real que iluminaba el camino.

Aquel 20 de febrero culminó todo. Tocó su estadio más alto. Probablemente, significó decir adiós a lo que era mi vida hasta ese día, fue una bofetada de realidad. Ahora lo único que importaba era luchar por mantenerse unidos. Y aunque aún faltaba un guerrero junto a nosotros tres, las cartas estaban echadas.

Trato esto como una batalla porque es exactamente lo que fue. Dos bandos, ambos debían mantenerse fuertes. Aunque uno ahora estaba extremadamente débil y el objetivo era tan solo permanecer y sobrevivir a aquellos instantes, en los que, por suerte o cualquier otro factor, mi madre, pese a la brutal paliza, consiguió mantener la vida.

Como antes mencioné, durante la agresión solo estuvo presente David, ya que yo estaba en casa de mis abuelos. Él, con tan solo cuatro años de edad, la

vivió. Presenció todo. Apenas hablaba de ello, los primeros días yo ni siquiera supe qué había pasado, y no ha sido hasta años después cuando he podido saber todo aquello que David vio. Apenas me contaba cosas sobre esto; hoy, nueve años después, nunca habla del tema. Entonces, Fernando se fue. A veces, pienso en que yo debí haber estado ahí cuando mi madre y mi hermano verdaderamente me necesitaron.

Después de todo aquello, mis recuerdos no son exactos. Aunque los sentimientos y la angustia no llegan a desaparecer nunca del todo.

Mamá volvió a casa, pero esta vez no a la de Villalba, sino a la de mis abuelos en Las Rozas. Tengo todo esto latente, la confusión que sentí, no entendía qué estaba ocurriendo a mi alrededor, ni por qué mi madre se encontraba en ese estado. Y yo jamás había contado lo que pasaba en mi casa a nadie.

Comencé a crecer deprisa.

Durante unos días, no vi a mamá; preguntaba por ella a los abuelos, que me decían que tenía una gripe muy fuerte y por ello se encontraba en cama, con las luces apagadas, sin salir. No debía molestarla ni entrar en su habitación, donde guardaba reposo. Pero tengo la imagen en la cabeza de mi madre con un ojo morado, de todas aquellas conversaciones en las que había preocupación por parte de mis abuelos.

Fernando no había vuelto a aparecer por allí, aunque eso apenas me preocupaba, es más, no recuerdo prestarle atención. David estaba extremadamente raro, todo estaba distinto y confuso.

Mamá no habló durante aquellos días, y yo solo pensaba en que era mi madre la que estaba en aquella cama por una falsa gripe que a duras penas me creí. No podía ver más allá. Sentía que todos me trataban de ocultar lo que pasaba, pese a que todos lo sabían y, aunque solo me alejaban del dolor, la ignorancia en la que estaba sumida me estaba matando. Era algo terrible.

Todo esto llevó al gran cambio de mi vida y la formación de mi personalidad. Supongo que la gran duda es qué pasaba con Fernando, dónde estaba mientras todo aquel caos que él había creado se desarmaba y explotaba

en forma de dolor hacia otras personas. Yo no le eché de menos; una parte de mí sentía un gran alivio, ya que recordaba todas aquellas peleas y que, si él no estaba presente, mamá estaría a salvo de cualquier daño. Sentí cierta liberación de aquella situación. Por lo que jamás me consideré a mí misma una niña que perdió a un padre en todo aquello, ya que mi verdadero padre llegaría más tarde y me cuidaría. Por ello, nunca me permití sentir lástima de mí misma.

Pasados unos días mamá por fin salió de la habitación en la que se encontraba y bajó las escaleras. Seguía débil, aunque en parte había conseguido recuperarse. Estaba muy delgada, como los últimos meses. Tenía el pelo rojizo y, aunque siempre había tenido una abundante cantidad de cabello, esta vez su melena era más escasa y el pelo se le caía muy habitualmente. Es duro recordar a tu propia madre así, en ese estado, pese a que sabía que era una mujer fuerte y podía con todo. Pero, cuando somos niños no entendemos lo que pasa la mayoría de las veces, y menos aún llegamos a comprender a los mayores. Es por eso que yo jamás he llegado a comprender el dolor que mi madre pudo llegar a sentir, y doy gracias a mi ignorancia por ello, ya que no sé si hubiera sido capaz de soportarlo.

Después de que mamá saliese de la habitación y durante aquellos días tratara de recomponerse a sí misma, tuvimos una charla ella y yo solas. Estaba en el cuarto de baño de casa de los abuelos, donde llevábamos ya varios días, abrochándome mis zapatillas para salir a jugar. Mamá se acercó y, pese a que sus ojos reflejaban la tristeza que sentía, trató de hacer aquella situación lo más normal posible. Yo no pregunté por Fernando en todo aquel tiempo, así que mamá me dijo que tardaría en volver. Estaba en una carrera ciclista, ya que él asistía a muchas y le gustaba todo ese mundo.

A Fernando se le impuso una orden de alejamiento que duró cinco años, la cual se saltó cuantas veces quiso, llegando incluso a ir a la casa de Villalba.

Mamá solo trataba de apartarme de todo ese infierno de dolor del que no solo no pudo apartar a David, sino que él mismo presencié. Sin embargo, seguía sin comprender aquella situación del todo, así que rompí a llorar. Ese ha sido siempre mi mecanismo de desahogo, llorar y liberar mis emociones, dejar que salgan fuera para así poder sanarlas, algo que mamá me enseñó. Y así continuar con más claridad. Mamá trataba de consolarme, de ahuyentar mi

llanto, que no era de pena, sino por la confusión y el cúmulo de circunstancias, no solo de aquellos últimos días, sino también de aquellos últimos años.

Revivir todo esto de nuevo, contar estas situaciones es difícil. No puedo decir que mi infancia fuese dura, soy consciente de que hay personas en el mundo que lo han pasado peor que yo y que esto es solo una décima parte del dolor que mucha gente quizás haya superado; simplemente viví circunstancias que me hicieron madurar. Me enfrenté a situaciones difíciles y muchas veces sentí miedo, aunque nunca estuve sola. Ella, mi madre, nunca me abandonó y, al igual que en aquellos momentos secó mis lágrimas y me abrazó fuerte, lo haría durante toda mi vida.

Durante aquella semana, no fui al colegio; de hecho, no volví a mi antiguo colegio. Jamás llegué a despedirme de mis compañeros, todo pasó demasiado rápido, supongo que en cierta parte fue mejor así, nunca me han gustado las despedidas, no las encuentro muy bien el sentido. De esa forma tan radical, abandoné mi antigua vida sin previo aviso. Sin trucos. Pero en mí no había ningún tipo de resentimiento, es más, tardé poco en comenzar a asistir a las clases en un nuevo centro escolar, una semana y ya estaba dentro. Y aquella idea de una nueva escuela me apasionaba. Siempre me había gustado lo nuevo, aunque es cierto que no de ese modo.

Se llamaba El Cantizal y estaba a cinco minutos de la casa de los abuelos andando. Era nuevo, lo habían inaugurado en ese mismo curso y por fuera era precioso. Todo blanco, con sus pistas de fútbol para los niños y aquellos bancos para las niñas. Y, aunque es cierto que por su reciente construcción aún le faltaban algunas cosas, a mí mi nuevo colegio me encantaba.

Volví a recuperar la aparente felicidad. El primer día de curso estaba nerviosa, mamá y el abuelo nos llevaron, yo iba a cursar primero de primaria y mi hermano tercero de infantil. En mi mochila de Pinocho, guardé algunos lápices, libros y cuadernos junto a mi zumo para el recreo, que también llevaba David.

Mi hermano y yo nos incorporábamos a la mitad del curso escolar, por ello la adaptación sería, más costosa. Y es que los grupos ya estaban definidos, cada niño tenía sus propios amigos y las típicas rivalidades entre la clase A y la B estaban más que prescritas. Y era allí donde David y yo debíamos tratar

de encajar.

Pero mi sensación y mi percepción de la realidad eran muy distintas de las del resto de niños. Paralelamente, mi madre comenzaba una nueva vida, muy dura. Las piedras del camino serían muy grandes y los precipicios estarían muy marcados. El enemigo se mostraba tan enfurecido que asustaba con su rabia y fuerza.

CAPÍTULO SEGUNDO

Marzo acababa de comenzar y con ello la llegada de mi séptimo cumpleaños. Estaba entusiasmada con la celebración. Recibí regalos, tantos como mi madre y mis abuelos podían permitirse, además de aquellos que me trajo el resto de la familia y algunos amigos. Esta vez, todo era distinto respecto al año anterior. El ambiente había cambiado. Yo debía adaptarme a lo que ese cambio significaba. Me acerqué a mi madre un tanto enfadada y le pregunté por qué no había recibido más regalos; ella, apenada, me respondió que no había tanto dinero y que la situación era difícil, aunque yo seguía sin entender qué pasaba realmente.

Tan solo dejé que los días, las semanas y los meses pasaran mientras yo vivía feliz y tranquila en mi ignorancia, ajena a todo aquel caos que se estaba formando.

Aun así, algo dentro de mí fallaba, era complicado, no conseguía adaptarme del todo a mi nuevo colegio, y eso que jamás me había costado estar en lugares nuevos con personas que no conocía. Era algo interior, un cambio de energía, de pensamiento, y, pese a que solo tenía siete años, estaba llevando a cabo una transformación.

Tuve algunos problemas con eso de congeniar con mis nuevas compañeras de clase, así que opté por irme con las niñas de otro grupo, hasta que al final conseguí hacer amigas. Y así pasaron abril y mayo, dando paso al feliz junio, el mes preferido por todos los niños, ya que eso significaba no solo salir antes del colegio, sino que muy pronto nos darían las vacaciones de verano, que, a mi parecer, eran eternas.

No había vuelto a saber nada de Fernando, pero yo era feliz. Mamá no había vuelto a llorar ni tampoco había temido porque alguien la hiciera daño, así que junto a David y los abuelos vivíamos en la misma casa.

Aquel verano de 2005, mamá nos llevó a un pueblo de la costa donde los abuelos tenían un apartamento a pie de playa, Cullera. Allí pasamos todo el verano. Fueron a visitarnos los primos de mamá, primos segundos de David y míos, con los cuales me llevaba y congeniaba a las mil maravillas. Aquel lugar para mí era y continua siendo mágico, ese duro verano abrió un paréntesis y nos alejó de todo lo que se avecinaba. Mamá encontró un trabajo y durante los ratos que ella faltaba nos puso una cuidadora. Era una mujer muy activa y agradable, tenía un nombre un tanto peculiar, se llamaba Anana y, en ocasiones, se desquiciaba conmigo por mi afán incondicional de morderme las uñas, recurso que empleaba siempre que me ponía nerviosa.

Estuvimos allí, en nuestro pequeño rincón de la costa valenciana, todo el verano, desde junio hasta septiembre. Lo disfruté tanto como se puede disfrutar un verano de playa exclusivo. Supongo que para mamá aquel verano no fue tan idílico como para David y para mí; ella no podía apartarse de forma tan drástica de la situación, así que fue más difícil. Siempre me enseñó a tomar los problemas como circunstancias, a no rendirme y seguir adelante. Yo siempre estuve muy apartada del dolor hasta aquellos días, y hasta que no he crecido no he sido capaz de llegar a comprender todo aquello de lo que formaba parte.

Al volver a Madrid, todo era completamente diferente. Mamá consiguió mantener su trabajo en la tienda de Cullera, ya que tenía que sacarnos adelante, pese a que contaba con la ayuda de los abuelos. Al llegar de Valencia, después de tres meses enteros sin pisar Madrid, creo que ninguno era capaz de ser consciente de lo que estaba por venir, al menos David y yo.

Durante este tiempo, me enteré de que mamá se había separado de Fernando; lloré, pero de nuevo reconozco que mi llanto no eran lágrimas de dolor y pena, sino nuevamente de liberación, como cuando te quitas un peso de encima y te sientes liberada.

Sin embargo, había algo que yo no podía evitar, ni nadie. Volver a ver a Fernando. Ante mi apariencia de dureza y liberación, tenía miedo. Y yo misma

me estaba desequilibrando emocionalmente ante esta situación. Así que mamá me contó lo que inevitablemente debía saber; después de aquellos meses, volveríamos a ver David y yo a Fernando en unos días. Sería en un Punto de Encuentro, aunque yo no tenía mucha idea de qué era aquello ni en qué consistía. Mi vida había sido más simple hasta entonces. No sabía lo que era un juez ni un abogado, y tampoco conocía a todos aquellos trabajadores sociales cuya función decían que era «ayudar».

Pero aquel episodio no se me olvidará en la vida, porque estuvo a punto de costármela. Cuando oí la noticia de que teníamos que ir a ver a Fernando, comencé a llorar, de ningún modo quería y no estaba dispuesta a ir a verle. Era como si todas las cosas horribles que le vi hacer volvieran a mi mente y se agolparan en ella con el miedo de que se repitieran, de que quizás no había terminado todo de verdad, como yo creía. En aquellos momentos, me quedé paralizada, los segundos se hicieron eternos y no había modo de evitarlo. Eran demasiadas emociones juntas y yo no era capaz de ponerlas en orden, era demasiado pequeña. Demasiado para comprender hacia dónde se dirigía mi vida, que había sido tan sencilla hasta entonces. Simplemente perdí el control de la situación y me di cuenta de que, a partir de ese momento, no estaría al margen de nada, que formaría parte de todo aquello, aunque mi grado de sufrimiento y el de David fuese mucho menor.

Entonces me subí al coche de mi tío, y detrás, con David y conmigo, iría mi madre sentada; delante, mi abuelo, que conducía, y mi tío, sentado en el asiento del copiloto. El coche arrancó y se puso en marcha, David también lloraba junto a mí, pidiendo no ir a ver a Fernando, aunque aquella cuestión no dependía de mi madre ni de mis abuelos. A la mitad del camino, vinieron a mí los pensamientos más terribles y llenos de pena que jamás haya podido tener, no pensé, y es que me sentía fuera de mí. Desabroché mi cinturón lo más rápido posible y me abalancé sobre la puerta del coche, que estaba en marcha, intentando abrirla y saltar, aunque realmente no quería hacerlo, no sabía muy bien qué estaba pasando. Quería huir de aquella situación sin ser consciente de que, si no me hubiera parado mi madre y evitado que abriese la puerta, hubiera hecho cualquier tontería por el hecho de que estaba aterrada y cualquier salida me parecía mejor, eso fue todo lo que pensé: «Salta, Patricia».

Hay momentos en nuestras vidas que nos definen, que nos acompañan y nos

recuerdan quiénes somos y cómo hemos llegado hasta aquí. Supongo que ese momento se quedará grabado en mí porque comprendí que jamás debía dejar que nada ni nadie fuera capaz de hundirme tanto; por muy difícil y complicada que fuera la situación, la solución jamás sería huir.

Mamá estaba asustada, apenas podía contener las lágrimas, ya no solo le afectaba a ella de manera irreversible, sino que estaba llegando a sus límites en David y en mí.

Al final, llegamos; el lugar estaba relativamente cerca de la casa de mis abuelos, en la zona del pueblo de Las Rozas, a unos quince minutos en coche. Yo no dejaba de llorar, sabía perfectamente lo que me esperaba, todo aquel dolor del que me había tratado de alejar durante aquellos meses volvía de repente, sin previo aviso. Era un edificio gris, parecía muy antiguo, aunque estaba en buenas condiciones. Me daban escalofríos solo de verlo. El coche aparcó a unos metros de la puerta, mamá y el abuelo nos dijeron que teníamos que bajar, pero, ante nuestros lloros y expresión no insistieron mucho, estábamos destrozados.

Así que llamaron al telefonillo y dijeron que estábamos allí. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, pese a que no llegamos a subir aquel día hasta la planta del edificio donde se encontraba Fernando. Mamá y el abuelo llamaron a la policía y constataron que habíamos ido allí aquel día. No dejaba de llorar, no entraría en calma hasta que viera que nos alejábamos de aquel lugar.

Y por fin nos fuimos. La cara de mamá estaba llena de pena y tristeza; a mí me dolían las mejillas de llorar y no era capaz de asimilar del todo lo que estaba pasando.

Acudimos a varios psicólogos durante esos años, con los dos primeros ni siquiera llegaba a saber qué era aquello; a decir verdad, con esa edad apenas llegaba a comprender qué era un psicólogo. El primero al que fui y que recuerdo con más claridad era un hombre, en Madrid, moreno, de mediana edad, alto y parecía muy simpático con los niños.

Mamá me dijo que no tenía de qué preocuparme, simplemente me enseñaría a pintar y dibujar, y a mí la idea me agradó bastante, ya que me encantaba todo aquello que tuviera que ver con el arte. Al llegar, nos preguntó por que

creíamos que estábamos allí. Le dije muy abiertamente que yo esperaba que me enseñara a pintar, él sonrió. Hacía bastante calor aquel día y habíamos bajado en la furgoneta verde más antigua que había, ya que mamá no tenía coche, debido a que Fernando se lo había llevado junto a muchas otras cosas; menos mal que la casa no cabía en el maletero de un Astra.

Comenzó a enseñarme una serie de dibujos, era un juego muy fácil y a mí me parecía divertido; eran manchas y yo tenía que decirle qué me parecían o qué representaban. La mayoría me parecían nubes, aunque alguna con sentido acerté a decir. Luego, llamó a mamá a la habitación donde yo me encontraba con aquel agradable hombre que no parecía tener ninguna intención más allá de ayudarme. Me dejó unos lápices de colores y me senté en una de las sillas mientras esperábamos a mamá, que venía por el gran pasillo blanco y estrecho que conducía a las habitaciones. Entonces, comenzaron a hablar, pero no les prestaba mucha atención, supongo que comentarían lo que yo le había parecido. Después, entró David.

Fue ahí cuando cogí el bolso de mamá y saqué las llaves, me quería ir ya y estaba cansada. De repente, aquel hombre dijo algo así como que yo quería ejercer el papel de madre y que no debía hacerlo. Mi reflexión sobre él esta vez no fue muy profunda, consiguió confundirme, ya que no entendía a qué se refería, pero desde ese momento pensé que estaba chiflado y que nada tenía que ver el bolso de mi madre con mis dotes artísticas, las cuales yo percibía bastantes desarrolladas.

Continué yendo a ver a aquel «profesor» de pintura varias semanas, aunque nuestras visitas, junto a las de David, no duraron mucho, quién sabe por qué. Para mí solo fue un profesor incapaz de valorar mi arte, y es que verdaderamente esa no era su función, aunque jamás me hicieron ver tantas manchas e intentar darles un sentido como hizo aquel hombre.

Entre tanto, seguimos yendo al Punto de Encuentro. Aquella etapa marcó mi vida definitivamente. Aquel edificio gris formaba parte de mis pesadillas, ya que detestaba ir. Solíamos acudir cada jueves o martes.

Un día antes de tener que acudir al Punto de Encuentro, estaba en la cocina escribiendo en mi cuaderno mientras escuchaba música en un radiocasete de la Barbie con un micrófono unido por un cable para retransmitir el sonido. Llamé

a mi madre, ya que no encontraba mi lápiz y no podría seguir escribiendo aquella historia. Mamá vino enseguida sin noticias de mi lápiz, ella no conseguía encontrarlo y yo tampoco. Me empecé a poner muy nerviosa, demasiado para la pérdida de un simple lápiz. De repente, comencé a llorar y a enfadarme muchísimo hasta que alcancé el cable de mi micrófono, y mientras estaba fuera de sí, le grité a mamá: «¡O aparece mi lápiz o me ahogo!»; y comencé a gritar que no quería volver al Punto de Encuentro, que no quería ir a ver a Fernando, lo gritaba sin sentido, lloraba y pataleaba mientras mi lápiz seguía sin aparecer.

Mamá trataba de controlarme, me hacía entrar en razón, diciéndome que me compraría otro lápiz nuevo, mejor y más bonito. Y yo, por alguna extraña razón, no podía parar de llorar, aunque ya el hecho de que mi lápiz hubiese desaparecido no me importaba. Entonces, apareció, y poco a poco conseguí calmarme junto a mamá, que me abrazaba entre sus brazos.

Había empezado a tener ataques de ansiedad, me ponía muy nerviosa a veces y tenía la extraña sensación de que me faltaba el aire, me costaba respirar por los nervios.

Semana tras semana, la situación del Punto de Encuentro se repetía. David y yo, sentados en la parte trasera del vehículo, suplicando a mamá y al abuelo que no nos hicieran bajar, aunque ciertamente nunca más volví a intentar saltar del coche en marcha. Ni siquiera me quitaba el cinturón cuando llegábamos allí, era ese trozo de tela el que paradójicamente me mantenía unida al coche y eso me hacía sentir protección, porque si estaba en el coche, entonces no tendría que bajarme y entrar en aquel edificio donde todos mis miedos se hacían realidad.

La guardia civil volvía una y otra vez, semana tras semana.

Alguna vez venía una prima de mamá llamada Sandra para acompañarnos a mamá y a nosotros cuando el abuelo raramente no podía, aunque hubo una vez que vino inclusive contando con la presencia del abuelo. La abuela también venía muchas veces.

Hacer llegar esa sensación de miedo, de ahogo, de no saber qué va a pasar es tan terriblemente difícil como era para mí sobrellevarla.

Durante esos momentos, mi carácter cambió, dejé de tener siete años. El miedo me daba bofetadas de valentía y a mí me costaba reaccionar con entereza. La forma en la que concebía el mundo cambió radicalmente.

El jueves siguiente no acudimos al Punto de Encuentro; de nuevo, otro de esos ataques de ansiedad que tanto detestaba y que no podía controlar se apoderaba de mí. Todas aquellas imágenes, mamá llorando, la policía, el coche en marcha y yo intentado desprenderme de todo aquello me provocaban un estrés que desencadenaba en un conjunto de nervios que hacían que me dieran unos pinchazos en el pecho horribles, y mamá llamó al Samur, que me atendió.

Seguía yendo a psicólogos, realmente no estaba bien, toda esa situación me desequilibró, aunque yo no fuera consciente del daño que me estaba causando. Nunca llegaba a fiarme del todo de ellos, los veía como malos, eran extraños queriendo saber cómo me sentía y no estaba acostumbrada a más extraños que los que podían significar una profesora de colegio o una ayudante del comedor infantil, y ellos jamás me preguntaban para qué creía que iba allí.

Llegó un momento en el que comencé a conocerlos yo más a ellos que ellos a mí. Lo primero que hacían era preguntarme mi nombre, mi edad y hacer que tenían un mínimo interés en aquello que me gustaba, aunque había algunos que esta parte de reconocimiento de mis aficiones se las saltaban, eran más directos. Después, venía la pregunta que ninguno, bajo ninguna excepción, se saltaba: «¿Sabes a qué has venido?». He de decir que aquella pregunta era la que me resultaba de manera excepcional más absurda, no entendía a dónde querían llegar; claro que sé a qué he venido, estoy mal psicológicamente, mi situación en estos momentos no es la mejor, me hago una idea de por qué estoy aquí contigo y de por qué vas a intentar ayudarme enseñándome dibujos que quieres que te descifre para así determinar cómo está mi mente.

Obviamente, jamás le llegué a decir esto a ninguno de ellos, ya que mi historia con los dos primeros no fue tan determinada, quiero decir, no les conocía tanto, pero al fin y al cabo, salvo alguna excepción, todos los psicólogos que me trataron eran iguales, seguían las mismas pautas y les comencé a temer; creé una especie de recelo en mi interior hacia ellos, ya que no sabía muy bien cómo iban a interpretar mis palabras. Yo estaba absolutamente confusa y no era habitual en mí abrirme a un extraño.

CAPÍTULO TERCERO

Mi vida era totalmente distinta y, aunque creía que había cosas que habían cambiado en el buen sentido pese a todo, la presencia de policías, psicólogos, agentes sociales, etc. no era a lo que estaba acostumbrada. Pero ahora todos ellos formaban parte de mi rutina y, a mi parecer, no encajaban del todo en lo que yo consideraba una vida normal. Nunca les había necesitado y ahora eran vitales. Era vital que un psicólogo determinara cómo estaba y hablara conmigo, que un policía fuera cada semana al lugar en el cual yo no me quería bajar del coche y que un médico tuviera que verme porque de nuevo uno de aquellos ataques de ansiedad había vuelto a mi cuerpo.

Paralelamente, la lucha continuaba y las cosas no eran tan idílicas como mi mente las dibujaba. Para mi madre todo se estaba complicando, más juicios y más problemas. David y yo asistiríamos por primera vez a un peritaje, en el cual nos evaluarían psicológicamente. Llegamos junto a mamá y el abuelo a un gran edificio que debía de ser unos juzgados. Había un gran alboroto de gente que iba de un lado a otro, algunos tenían una expresión de preocupación en sus rostros, allí esperamos unos momentos hasta que mamá se encontró con la que era su abogada Martina. Martina era de la edad de mamá, de su misma estatura, y con el pelo moreno, rizado y corto, debía de ser madre, a mi parecer tenía cara de madre. Cargaba en su brazo un maletín y junto a mamá y el abuelo pasamos por un lugar donde los bolsos eran registrados. Yo estaba confundida, sabía que debía hablar con una mujer, es decir, ya había charlado con muchos psicólogos hasta ese momento, pero en ninguna de las ocasiones parecía ser todo tan serio, formal y lleno de preocupación.

Tras un rato de espera, subimos unas grandes escaleras, y junto a David entramos en una gran sala, donde una mujer llamada Elena hablaría con nosotros. David se sentó a un lado de la mesa, y yo al otro. Empezó a hacernos preguntas, obviamente bajo ningún concepto se saltó la típica «¿Por qué creéis que estáis aquí?». He de decir que oír aquello siempre me causaba cierta confusión, ya que, como antes expliqué, nunca sabía muy bien ni qué querían escuchar ni hasta dónde pretendían llegar. David apenas hablaba ni comentaba nada. Elena, que hasta aquel momento me había parecido inofensiva, me miró con mala cara, enfadada, me dijo que yo estaba influenciando a David y

condicionando su respuesta. Partimos de la base de que yo, en todo aquel rato que llevábamos ahí, no había mantenido contacto con David, ya que estábamos en partes opuestas. Esa fue la primera vez que dijeron que yo manipulaba a David, ahora no solo mi madre era la mala, yo también. Después, Elena se encargó personalmente de que nos separasen de nuestra madre.

Así que me hizo salir del cuarto y nos evaluó a cada uno por separado. Aquella situación ya no era de por sí lo suficientemente extraña, sino que también Elena me había confundido de tal manera que era incapaz de comprender ni qué estaba pasando exactamente ni por qué había mostrado aquella actitud tan defensiva hacia mí, que tan solo era una cría.

Tras un rato, después de que aquella señora hubiera hablado con David, llegó mi turno. Entré de nuevo en la sala, donde Elena esperaba y cuya actitud no era tan amable y conciliadora como me lo había parecido al principio. Me hizo sentarme muy próxima a ella y me dio unos lápices de colores y un folio en blanco para que dibujara, o más bien para que me distrajera mientras ella me avasallaba a preguntas sobre mi vida, que tanto le interesaba. Me dijo que yo influía a David, de nuevo. Junto a ella había un aparato negro, del tamaño de un cuaderno pequeño, me explicó que era una grabadora y que con ello quedaría grabado todo aquello que yo decía para que ella no tuviera así que escribirlo. La idea de que me grabaran no me agradaba, ni mucho menos; ¿por qué tenía que grabar todo aquello que yo contaba? ¿Acaso le serviría para algo?

Su interrogatorio tan directo y cínico comenzó. La primera pregunta fue el motivo por el cual yo no quería a Fernando. Le contesté que había visto cómo Fernando pegaba a mamá y que él nos había pegado tanto a David como a mí. Entonces, hizo un gesto un tanto desconcertante, dando a entender que yo mentía con mi respuesta. Después, me preguntó todo tipo de cuestiones sobre mamá, dónde trabajaba, qué hacía. Aquella persona no parecía tenerle especial agrado a mamá, y es que sería ella una de las que después nos causaría tanto dolor.

Salí de aquella retahíla de preguntas muy agobiada, pero sobre todo asustada. Corrí a abrazar a mamá, que esperaba preocupada fuera de la sala junto al abuelo y su abogada Martina. Me preguntó qué tal había ido, aunque yo en lo único que era verdaderamente capaz de pensar era en salir de aquel

lugar y alejarnos.

Durante todo este tiempo que había transcurrido, el año 2006 ya había entrado y nosotros habíamos vuelto a vivir a Villalba, después de nueve meses conviviendo con los abuelos.

CAPÍTULO CUARTO

Antes de volver a vivir a Villalba, de vez en cuando habíamos visitado nuestra casa para recoger algunas cosas como ropa o algún que otro juguete que a David y a mí nos hacía especial ilusión conseguir. Una de las veces que volvimos fue junto a unos amigos de mamá, cuyo marido era carpintero, para que dividiese las literas en dos y pasase una de las camas a la otra habitación, y así David y yo disfrutásemos de nuestra propia intimidad cada uno con su cuarto.

Reordenábamos algunas cosas y mamá se daba cuenta de que faltaban muchos objetos, los cuales se había llevado Fernando.

El piano negro del salón ya no estaba y, junto a ellos, un sobre con dinero de ahorros también había desaparecido. En nuestro salón, además, teníamos un tocadiscos en el que se podían escuchar discos de vinilo y radiocasetes, era tan grande como yo, pero Fernando también se lo había llevado. Faltaban multitud de cosas, la mayoría de gran valor, aunque yo apenas les prestaba especial atención. Cuando volví allí, no sentía que ese fuera mi hogar; quiero decir, era mi casa, pero mi familia estaba en Las Rozas, mamá y David, junto a los abuelos. Empecé a comprender desde muy pequeña algo que a muchos tanto les cuesta, el verdadero significado de la palabra hogar.

Un hogar no es material, no se construye con ladrillos, el hogar no tenía que ser necesariamente el lugar donde vivía.

Mamá puso rejas en la casa que evitaban la entrada a la estancia por la terraza, y en las ventanas de todas las habitaciones, ya que, al ser un bajo, era fácil el acceso a través de ellas. Aunque yo sabía que el miedo latente que tenía mamá no venía dado por ningún ladrón, sino por Fernando, realmente le

teníamos miedo, aunque ella no lo verbalizara.

Era la primera noche que dormiríamos allí después de aquel 20 de febrero, habían pasado nueve meses, nueve meses después de todo aquello y a mí no me hacía especial ilusión tener que regresar, ya que en casa de los abuelos me encontraba a las mil maravillas, aunque seguro que habría alguna razón por la que tuvimos que volver, pese a que yo la desconociera.

Una noche, estando a punto de acostarnos, llamaron de repente a la puerta. Mamá salió y abrió, pero ya no había nadie, intentaban asustarnos de alguna manera. ¿Qué defensa tenía una mujer sola con dos niños a su cargo?

Durante aquel tiempo, comenzamos a relacionarnos con otras familias, cosa que mientras mamá estaba con Fernando no hacíamos; quiero decir, no salíamos los fines de semana a estar con otros matrimonios y sus hijos. Y poco a poco, desde que mamá se separó, nos llevaba a jugar con unos amigos que teníamos. Pequeños aspectos que cambiaban en la buena dirección nuestra vida.

En medio de toda aquella tormenta, de todo aquel caos, existían pequeños rayos de luz, a los cuales había que aferrarse, y es que todo gran cambio es duro, pero si el camino cuesta, el final y su recompensa serán gratificantes. Supongo que aquello era lo que motivaba a mi madre a seguir, lo que de algún modo u otro le dio fuerzas para continuar.

Mamá debía conseguir dinero para mantenernos a los tres, pese a que contaba con la ayuda de los abuelos por la dura situación. Trabajaba durante toda la semana en el catering del abuelo, nos dejaba en el colegio y comenzaba su jornada laboral hasta que nos recogía. Algunos fines de semana se marchaba a Cullera, trabajaba allí en la tienda y luego volvía.

David y yo solíamos quedarnos en casa con los abuelos y a veces íbamos a casa de unos amigos de mamá, que tenían dos hijos de nuestra edad, hasta que nos recogía el domingo y volvíamos a casa, ya que al lunes siguiente ella tenía que volver al trabajo en el catering.

A veces, íbamos los tres a Cullera, donde mamá contaba con los servicios de la niñera Anana, la cual nos trataba tan bien que la acabamos cogiendo

cariño cuando dejó de serlo.

Y no todo era tan malo en nuestras vidas; pese a todo, nos teníamos a nosotros tres hasta ese momento y permanecíamos unidos, eso nos llenaba los corazones de amor, porque yo siempre podía contar con ella. «Nunca nadie podrá separarnos», solía decir mamá.

Juntos vivimos aventuras increíbles que se quedarán guardadas en nuestros corazones para siempre, como una vez que mamá debía acudir a trabajar en Cullera. Era invierno y nevaba fuertemente, la ventisca era terrible y el viaje fue interminable. Tardamos mucho más de lo habitual, ya que a lo largo del trayecto nos parábamos varias veces, bien por la caravana o porque el coche de delante no podía continuar y nos obligaba a todos a echarnos hacia un lado del arcén de la carretera. Cuando quedaba poco para llegar, tuvimos que cruzar el puente de un pueblo llamado Roquetas, sin embargo, el temporal era horrible. Fuimos el último coche en cruzar antes de que cerraran el puente al tráfico. Aquella fue una de las experiencias más emocionantes y blancas de toda mi vida. Conseguimos llegar a Cullera pese a todo y mamá así podría ir a trabajar.

Cada jueves volvíamos al Punto de Encuentro; de nuevo, la misma historia se repetía, aunque David y yo avanzábamos en lo que al proceso se refería. Esta vez, hasta nos bajábamos del coche y todo. Pero hasta ahí, no llegábamos a ir más lejos, que pasaran los meses no significaba que mis temores desaparecieran. Yo seguía temiendo a Fernando y aquellas personas no parecían tener buenas intenciones. El abuelo junto a mamá para tranquilizarnos nos llevaba después a un restaurante que había al lado donde servían sándwiches, zumos y bollería, cosa que nos encantaba. Y así comiendo, como quien dice, el dolor dolía menos y el estómago se llenaba, aunque yo siempre pedía lo mismo, un cruasán vegetal, ya que desde pequeña he sido muy especial para la comida.

El tiempo seguía pasando, mamá asistía a juicios con el abuelo y, pese a que su aspecto mejoraba, su delgadez no cambiaba. Un día, antes de que yo me fuera al colegio, mamá y el abuelo se tenían que ir antes; me extrañó bastante, ya que mamá se iba a trabajar después de dejarnos a David y a mí; además, iba vestida más formal de lo que requería el catering.

Pregunté a dónde iban mientras les abría la puerta para salir. Ambos mostraron recelo a contármelo, al principio dijeron algo de ir a ver un abogado hasta que el abuelo dijo que iban a un juicio. A decir verdad, ni entendí el grado de importancia de aquel asunto ni lo que era un juicio, aunque notaba que ambos estaban distintos, con un aire de preocupación. Pero yo no veía qué era realmente a lo que se iban a enfrentar, sobre todo mamá; siempre me tuvo muy apartada de todo aquello, al igual que con David.

Y entre tanta historia, tantas idas y venidas, aprendí a valorar las cosas buenas y a restarle importancia a las malas, porque, cuando estás en una situación así, entiendes el valor de la familia, la importancia de las personas que te rodean.

Comencé a darle a mi abuelo todos los regalos del día del padre, a veces los dedicaba con «papá» y otras con «yoyo», que era como yo solía llamarlo, y sigo haciéndolo.

Mamá conoció a alguien, alguien especial; ya habían pasado casi dos años desde la paliza y, entre juicios, peritajes, abogados y demás personal colindante, nuestra vida continuaba. En el colegio, a David y a mí nos iba bastante bien, había conseguido encajar por fin, tenía nuevas amigas, esta vez de mi clase, y David parecía sentirse tan bien como yo. Pero él era muy distinto a mí, siempre ha sido muy reservado para sus cosas. Mamá y los abuelos se empezaron a preocupar mucho cuando él dejó de hablar, de contar las cosas, todo lo que pasaba en el Punto de Encuentro. Y entonces nos empezamos a asustar porque nadie era capaz de averiguar cómo David se sentía, no se expresaba.

Así que yo tenía que contarles a mamá y a los abuelos todo aquello que pasaba en el Punto de Encuentro, ya que David se quedaba paralizado y no contaba nada.

De vez en cuando, íbamos a ver a una psicóloga, la cual sí me caía bastante bien, una de mis excepciones de antes mencionadas. Ella había estado con nosotros desde el comienzo del proceso, pero su forma de tratarnos era distinta; ella nos sonreía con sinceridad y parecía llevarse bien con mamá.

Eso a mí me gustaba, ya que pocas personas eran sinceras con nosotros

desde que todo empezó, pocas de verdad traían buenas intenciones y, sin saber cómo, yo era capaz de ver más allá de esas personas; quizás fue porque me detenía a observarlas mientras ellas pensaban en cómo analizarme a mí.

Durante aquellos años, pasaron personas con diversas intenciones y actitudes, así que supongo que de eso me valía para aprender a conocerlas. Aquella psicóloga, llamada Clara, tenía un aire un tanto especial; ella se reía conmigo y, pese a que me había vuelto un tanto cerrada ante todas aquellas personas, denotaba un aire tan despreocupado y tan poco serio que me inspiraba confianza. Así que sí, supongo que a lo largo de todo esto, conocí a personas que no eran tan malas.

CAPÍTULO QUINTO

Mientras tanto, como antes he dicho, mamá conoció a alguien. Un hombre alto, moreno, aunque no con una melena que se suela decir, era guapo o atractivo, como dicen los mayores. Pero el hecho de que una mujer separada conociese a otra persona no estaba bien visto ni mucho menos, hubiese pasado el tiempo que fuese; ¿acaso una persona que ha sufrido no tiene el derecho de rehacer su vida y ser feliz? La respuesta de la sociedad a esta pregunta es un rotundo no. Y si a esto le añadimos el hecho de que el motivo de separación fue por maltrato y fuera tan nuevo y desconocido por la sociedad, se le añade incentivo a la negativa respuesta. En esta sociedad que se las da de liberal.

Pero mi madre sabía que el derecho a la libertad y a nuestra propia felicidad no estaba decretado por lo que la sociedad limitaba, sino por el punto hasta el cual tú estabas dispuesto a luchar. Y así, gracias al coraje de mi madre, conocí a mis casi ocho años a mi padre.

Sin embargo, mamá siempre fue muy precavida en lo que a este tema se refiere con nosotros, ya que para ella éramos y seríamos siempre su principal prioridad en la vida; así que, de vez en cuando, nos preguntaba qué nos parecía el hecho de que ella tuviera pareja, y a mí la idea, por una parte, me entusiasmaba, quiero decir, el miedo hacia Fernando iba desapareciendo muy lentamente, pero la idea de formar una familia, feliz, sin gritos, peleas, ni discusiones, no me parecía tan terrible, ni mucho menos.

Y así fue, de vez en cuando mamá y David solían ir hasta Alcobendas, donde vivía mi padre, Luis. Yo solía quedarme en casa de mis abuelos a dormir, era algo que seguía adorando, aunque alguna que otra vez acompañaba a mamá y a David hasta donde estaba Luis, el que iba a convertirse en un padre para mí, al que iba a adorar con locura, con la misma locura que una hija quiere a un padre.

Un día David y yo acompañamos a mamá al trabajo; allí estaba Luis, que nos enseñaba cómo hacer una ensalada, a cortar el pepinillo y, lo mejor de todo y que me pareció fascinante, tenía una gran pila de patatas fritas de la cual, pese a que nos decía que cogiésemos una o dos, nos dejaba coger todas las que quisiésemos, y luego nos daba fiambreras llenas de estas que me comía por el camino con un poco de ketchup. Yo confié en él, en la forma tan cariñosa que tenía de tratarnos; aquel día, en el catering, fue cuando realmente conocí a mi padre, y desde entonces jamás me he separado de él.

Así, entre tanto, pasaban cosas buenas que, a mi parecer, eran maravillosas. Sin embargo, pese a que todo parecía propio de una bonita historia de amor, nada más lejos de la realidad el rechazo social era patente. Al principio, incluso mis abuelos se negaron a aceptar esta relación, la cual no hacía daño a nadie y a David y a mí nos aportaba estabilidad, y lo más importante, felicidad.

Pero entonces a mamá le empezaron a dejar cartas con amenazas; los vecinos empezaron a criticarla en las reuniones, diciéndole que vivía con alguien, esto parecía estar en boca de todos y ella supo defenderse. Sin embargo, la mala situación con los vecinos no había comenzado en aquel justo momento; desde que se había separado, tras la brutal paliza, muchos nos dieron la espalda. La juzgaron, criticaron, testificaron en su contra en los juicios. Este era el verdadero poder de Fernando, manipulaba a la gente haciéndoles creer que mamá y nosotros éramos los malos, y así hizo con nuestros vecinos y amigos. Hasta el punto que una mañana de primavera, cuando mamá iba a llevarnos al colegio, no pudimos salir, ya que los frenos del coche estaban cortados.

Ya no solo tenía que librar juicios y soportar que fueran contra ella después de que hubiese sido maltratada, sino que ahora la sociedad se negaba a aceptar que ella, junto a nosotros, tuviera el derecho como cualquier persona a rehacer

su vida. Pero, pese a todo el daño de aquellas personas, mi vida cobraba un nuevo sentido, ya que mi padre tenía una hija de un anterior matrimonio, a la cual yo consideré como mi hermana. Era bastante mayor que yo. Tenía dieciocho años y se había mudado a vivir a Almería, así que la veíamos poco, pero a mí eso no me importaba, yo ya la quería por el hecho de que para mí había ganado una hermana.

Había muchas cosas malas y nuevas en mi vida, aunque la mayoría de ellas eran invisibles para mí, ya que materialmente no podía verlas, pero emocionalmente estaban latentes en el dolor que estaban causando en mi madre, mis abuelos y David, aunque la llegada de mi padre había apartado mucho dolor.

Muchas personas no son capaces de comprender el vínculo que se había creado entre él y yo en tan poco tiempo. Era algo que solo entendíamos nosotros, es decir, me miraba con un amor y una ternura propia de un padre, y yo hasta ese día jamás había experimentado esa sensación, que era maravillosa; sentir que la única protección de un hombre que cualquier niña necesita en este mundo es la de su padre y la de ningún hombre más. Así yo comprendí que, pese a que no acababa de nacer y no era un bebé, había encontrado a mi padre y era gratificante sentirse así.

Acudir al Punto de Encuentro cada semana era más difícil. Cada semana un nuevo nivel, policías, lloros y siempre la misma historia que parecía no terminar jamás.

Comenzamos a ir a otro psicólogo en Madrid. Esta vez eran dos mujeres. Entrábamos por separado, y mamá, durante aquellos ratos en los que David y yo estábamos allí, no sé muy bien qué es lo que hacía, supongo que recados; los mayores siempre tienen que hacer recados, forma parte de su vida, o al menos así pensaba yo. Mi rechazo a los psicólogos se había vuelto patente, es decir, les tenía miedo básicamente. La primera vez que entré en aquel lugar comencé a llorar desmesuradamente, al igual que David. Ninguno queríamos volver a tener que someternos a las preguntas de aquellas personas, por muy buenas intenciones que pareciesen traer; empecé a temer que tuvieran el poder suficiente para separarnos de mamá y papá. Tampoco entendía por qué tenía que acudir a verlos. Así que, como ya había hecho en otras ocasiones, fruto de mi miedo, rabia y dolor, comencé a llorar, agarrándome a la pierna de mamá

para no tener que entrar a hablar con aquellas dos mujeres.

El primer día que fuimos allí, debido a la llorera de David y a la mía, no llegamos a pasar. Debo decir que mucho lloramos para llegar a convencerlos.

A la semana siguiente, ya más relajados, entramos a consulta. Mientras uno de nosotros estaba conversando con una que apuntaba en un folio aquello que consideraba importante, el otro jugaba con la otra, normalmente al juego de los palillos, aunque la sala estaba llena de juguetes donde podías elegir y yo a veces optaba por dibujar y escribir mis cuentos.

Cada jueves regresábamos al Punto de Encuentro hasta que comenzamos a entrar en el edificio. Al principio, solo hasta el portal; a veces incluso nos quedábamos en la puerta del mismo y bajaban los trabajadores sociales en su intento fallido de que subiéramos, aunque la idea de lo que me esperaba si subía no me alegraba ciertamente de gran manera. Por dentro, el edificio me daba miedo, era tétrico, típico de las películas de terror en las que le pasan cosas malas a los niños pequeños que se portan mal, y aquellos trabajadores sociales me daban a entender que, al no subir hasta arriba, donde supuestamente estaba Fernando, yo me estaba portando terriblemente mal. Mamá dejó de ir con nosotros en el momento en el cual David y yo comenzamos a subir hasta arriba, pues se lo prohibieron. Todas aquellas escenas estaban tintadas de los rostros llenos de lágrimas de David y mías.

Cuando mamá no iba, me daba fuerzas y ánimos. Solía decirme: «Tranquila, se pasa pronto», y el abuelo y la abuela también colaboraban en el intento de tratar de tranquilizarnos. Así pasaban los meses, cada vez más duros y cuesta arriba. Ir hasta allí cada vez era peor. Más miedo y angustia. Los trabajadores, llamados Alejandro y Anastasia, solían decir: «Vamos a ver a papá», y aquellas palabras rechinaban en mi cabeza y se agolpaban, tratando de responderles con algo capaz de reflejar la indignación y frustración que eran capaces de provocar en mí. Pero, en cambio, el miedo que sentía hacia ellos era mucho mayor que cualquier otro sentimiento y me frenaba a hablar.

Subía duramente las escaleras que conducían al primer piso, donde se encontraba Fernando. Lloraba fuertemente agarrada a mis abuelos, pensando en que no se fueran, y menos aún que nos dejaran solos con aquellas personas de las cuales no me fiaba. Me atemorizaban. Yo solo quería volver a casa

junto a mi madre, y nuestra aparente felicidad era todo lo que deseaba.

Al subir, entre lágrimas, ellos trataban de encerrarnos en una sala grande llena de juguetes, aunque oía el llanto desconsolado de muchos otros niños, la mayoría más pequeños que yo. Mientras me distraían en el cuarto, les decían a los abuelos que tenían que marcharse. Era entonces cuando me di cuenta de lo que trataban de hacer y me puse en alerta. Ya no quería jugar con aquellas personas sabiendo que, en cuanto me despistase, conseguirían que mis abuelos abandonasen el lugar, y entonces Dios sabe qué pasaría después.

Pero mis abuelos sufrían más que yo, ya que me agarraba con fuerza a la pierna de mi abuela, tratando de que no se alejara, y los trabajadores no cerraran la puerta que nos separaba de ellos. A veces, era Alejandro quien hacía de barrera humana para que David y yo no pudiéramos alcanzarlos. Aquello se estaba transformando en la peor pesadilla jamás vivida. Era duro, demasiado duro. Y todo ello conllevó a que los ataques de ansiedad fueran cada vez más normales y graves.

Una vez en el colegio, cuando estábamos a punto de terminar la jornada escolar de aquel día, me empezaron a dar unos pinchazos muy fuertes en el pecho que me hacían doblarme. A medida que la intensidad de esos pinchazos aumentaba, me quedaba sin aire y me tensaba. Aquella tarde tenía que acudir junto a mi hermano al Punto de Encuentro y me ponía extremadamente nerviosa, la idea me atemorizaba.

Cada semana lo llevaba peor, cada semana que pasaba Alejandro y Anastasia, junto a otros trabajadores, conseguían llegar un paso más allá con nosotros, y no de buenas maneras.

Dado que me aferraba a mi abuela para tratar de evitar que cerraran aquella maldita puerta, en una de las ocasiones me agarré tan sumamente fuerte a ella que se dañó la cadera y tuvo que ser operada. Mamá, David y yo fuimos a verla al hospital en Madrid, donde estuvo ingresada durante dos o tres días. Era un gran hospital privado y muy moderno. El abuelo, en los últimos años, no había tenido problema alguno para permitirse lo mejor. Estaba muy nerviosa mientras el ascensor subía una planta tras otra, y junto a mí llevaba un dibujo que le había hecho. Al llegar, tocamos a la puerta de la habitación y, desde dentro, una voz grave nos daba permiso para acceder a ella. Era mi

abuelo, de pie, junto a la cama de mi abuela, donde ella estaba echada. Tenía buena cara para haberse sometido a una operación, sin embargo, el hecho de verla postrada en una cama me partió el corazón.

Ella era una mujer fuerte, ruda como una piedra. David y yo le dimos un beso y la saludamos mientras mamá comentaba con el abuelo su estado. Le entregué el pequeño detalle que tenía, y, al verlo, se puso extremadamente contenta, algo que me alegró mucho. Al poco rato, nos fuimos y, antes de marcharnos, cuando me despedía de la abuela, me dijo: «Cuídate, princesa». Aquellas palabras enternecieron tanto mi corazón que, al salir de la habitación, rompí a llorar. Tenía miedo y le pregunté a mamá que si la abuela se iba a morir, con un gran sentimiento de culpabilidad, aunque ella, como siempre, supo darme tranquilidad y confié en sus palabras, pensando que la abuela pronto se recuperaría y que aquello no había sido culpa mía.

Volvíamos al Punto de Encuentro cada jueves, no obstante, hay uno de los episodios que tengo grabados en la memoria.

Acabábamos de llegar junto a los abuelos; como de costumbre, habíamos llorado antes, ya que no queríamos entrar. Llamamos al timbre y Alejandro nos abrió la puerta con esa sonrisa que tras de sí ocultaba algo. Pasamos a la cocina, ya que aquel lugar era básicamente una casa habilitada para los encuentros. Era espaciosa y antigua, como el resto de los compartimentos, alargada y, al final de ella, había una mesa con dos bancos a sus lados, donde los comensales se sentaban. No entendía muy bien por qué nos habían llevado hasta la cocina aquel día. A cada lado de la mesa nos sentamos David y yo, y a nuestro lado, impidiendo que saliésemos al exterior, Anastasia y Alejandro. Los abuelos se habían marchado. Sospeché en cuanto vi lo que hacían, ya que, si alguien entraba en la habitación, estábamos totalmente expuestos y no podríamos salir, y con alguien mi mente visualizaba perfectamente que todo esto llevaría a Fernando. Alejandro, que era más robusto y un tanto gordito, se levantó de golpe y trajo del exterior un dibujo en el cual había una especie de caricaturas, nos explicó que eran de Fernando y nos obligó a mirarlo. Al observar el dibujo, comprobé que nos había dibujado a nosotros tres. Sin embargo, Alejandro y Anastasia parecían divertidos ante el dibujo; mi reacción al verlo y la cara de susto de David expresaban el temor de que en cualquier momento Fernando apareciese por la puerta. Me dijeron que yo, en

muestra de agradecimiento, tenía que responderle con una carta en la cual le llamaría papá, y ellos me dirían lo que tendría que poner. Mi respuesta fue un rotundo no, aunque sabía que nos tenían coaccionados e indefensos, ya que allí no estaban ni los abuelos ni mamá, solo ellos y, en caso de que apareciese, Fernando.

Insistieron fuertemente en que tenía que hacer aquella carta, en que tendría que poner lo que ellos dijese y que se la tendría que dar esa misma tarde. Me dieron un folio y un lápiz mientras uno de ellos comenzaba a dictarme lo que tendría que escribir. Comencé a llorar, al igual que David; estábamos terriblemente asustados, pese a que yo trataba de mantenerme entera y sin soltar una lágrima, ya que no quería mostrarles a ellos que era débil. Apenas podía escribir y me negaba constantemente; David comenzó a tranquilizarse mientras dejaba poco a poco de llorar. Sabía que todo aquello aún no había acabado del todo. Entonces, cuando apenas podía seguir escribiendo y David parecía más calmado, Alejandro se levantó bruscamente y agarró a David por un brazo. Le cogió y le sacó de la habitación rápidamente mientras él lloraba ante el miedo, la angustia y la indefensa. Alejandro dijo, mientras sonreía maliciosamente: «Vamos, niño, ahora toca ver a papá». Grité, grité con todas mis fuerzas, intentando alcanzar a David, que estaba siendo llevado hasta la puerta del piso, pero Anastasia, que estaba a mi lado, impedía completamente que yo saliera ni me moviera de mi sitio. David solo lloraba y pataleaba, evitando que Alejandro pudiera contenerlo, pero entonces apareció otra de las trabajadoras sociales de allí para proporcionarle ayuda a Alejandro.

Consiguieron cerrar la puerta de la cocina y yo no podía dejar de llorar mientras oía los gritos de David al otro lado. Oía una y otra vez cómo aquellas personas trataban de obligarle, inmunes a su llanto, dejarle ahí. Comprendí que no tenían corazón y que jamás volvería a fiarme de ellas. Pero el miedo estaba tan presente en nuestras vidas que aquel día, en aquellos momentos, se hizo tan patente que los pinchazos en el pecho se hacían insoportables y de tanto morderme las uñas por la angustia me escocían todos los dedos. Ambos llorábamos desconsoladamente, y llegó mi turno. Anastasia, a mi lado, sonreía impasible ante la situación; no dijo nada hasta el instante en que se levantó y tiró de mí para llevarme hacia fuera con David. En parte, sentí un gran alivio, ya que conseguiría ver a mi hermano y a lo mejor hasta podría sacarle de allí.

Estaba tirado junto la puerta, abrazando duramente un peluche, y gritaba; «¡Vete!», probablemente a Fernando. Cuando salí totalmente de la cocina, pude ver cómo Alejandro estaba unos metros más alejado de David, que se arrinconaba, sonreía. Siempre me llamó la atención que sonriera tanto en momentos como aquellos. Para ellos era un puro espectáculo y diversión. ¿Qué clase de trabajadores eran? Me empecé a preguntar. Me tiré hasta David y le abracé fuertemente mientras mi llanto era cada vez más fuerte.

Por un instante, cerré los ojos, imaginando que pronto todo desaparecería y que era solo una horrible pesadilla de la que despertaría para después correr hasta los brazos de mamá, confirmando que estaba siendo solo fruto de mi imaginación. Volví a abrirlos y todo seguía igual, supongo que eso de cerrar los ojos y que todo desaparezca solo pasa en las películas, y aquello era demasiado la vida real.

Entonces, dijeron: «Chicos, ahora a ver a papá»; aquellas palabras me hicieron temer lo peor y efectivamente estaba en lo cierto. Una puerta de madera vieja se abrió y tras ella salió Fernando, con el mismo aire que el resto de trabajadores. Aunque había estado minutos antes ahí, dado que yo podía escuchar cómo David había gritado un «vete». Aquella sonrisa ocultaba de todo menos buenas intenciones. Grité. Deseando que alguien de allí nos escuchara y nos sacara. Pero nadie. Fernando avanzaba poco apoco hacia nosotros mientras gritábamos: «¡Vete!, ¡vete de aquí!, ¡déjanos!». Pero todo era inútil. La carta que me habían obligado a escribirle supongo que se la quedarían o se la darían a Fernando. Aquella situación era terrible y agotadora. Hasta que un rato después, cuando ya casi no teníamos voz para continuar gritando, uno de ellos dijo: «Ya es la hora, llevadles a la cocina y que se tranquilicen antes de que sus abuelos lleguen». Estábamos en el suelo de la entrada, tirados y abrazados. Yo no tenía más fuerzas y estaba tan asustada que no quería moverme de allí. Había sido la peor encerrona que jamás nos hubieran hecho, nunca había pasado tanto miedo ni me había sentido tan indefensa.

Volvimos a la cocina y nos sentamos en la mesa mientras Fernando volvía a la habitación, donde habría estado esperando aquel rato. La carta seguía allí, a medio hacer. Me dijeron: «Si quieres irte de aquí y volver con tus abuelos termínala ya, y que ponga papá». Era terrible, luego prosiguió: «Escribe cosas

como “te echamos de menos, papá”». Estaban terriblemente locos si pensaban que escribiría aquello. Después de lo que nos habían hecho pasar momentos antes, yo ya estaba preparada para lo que fuera. Así que, a duras penas, confundida por el miedo y la angustia, conseguí escribir algo, aunque no recuerdo muy bien el qué.

Sonó el timbre y de pronto una sensación de alivio recorrió todo mi cuerpo. Eran los abuelos, podríamos marcharnos de allí lo más rápido posible. Alejandro se levantó y abrió la puerta. Su actitud cambió completamente, se volvió conciliadora y amable, como lo era la primera vez que le vimos. Les decía a los abuelos que nos lo habíamos pasado muy bien, y después nos miraba a David y a mí, esperando que confirmáramos su respuesta. Tenía tanto miedo a lo que pudieran hacer la próxima vez que tan solo asentí, intentando contentarle. Anastasia parecía de nuevo totalmente una persona distinta; al igual que Alejandro, su actitud había dado un giro radical desde que los abuelos entraron por la puerta. Era menos fría con nosotros y de ninguna manera nos cogieron por el brazo a la fuerza para arrastrarnos hacia afuera, como lo habían hecho una hora antes.

Al salir, los abuelos nos preguntaron qué había pasado. Yo tenía los ojos rojos y los carrillos me dolían de tanto llorar. David no hablaba, no contaba nada. Aún estaba asimilando lo que acababa de pasar. Tampoco lo recordaba muy bien, solo tenía imágenes de Alejandro arrastrando a David hacia afuera mientras él trataba de evitarlo, de cómo Anastasia me impedía el paso para poder llegar hasta él y de cómo ambos sonreían junto a Fernando mientras David y yo estábamos arrinconados en la puerta.

Al llegar a casa, mamá nos esperaba ya que le habían prohibido seguir llevándonos hasta allí. La abracé fuertemente, como me había imaginado que sucedería al abrir los ojos. Todo había pasado. Nos preguntó lo que había ocurrido, pero apenas tenía aliento para hablar y contarle lo sucedido. Tan solo quería darme un baño mientras mamá me enjabonaba, cenar e irme a la cama a descansar. Durante las noches siguientes, solo tuve pesadillas recordando todo lo sucedido y los ataques de ansiedad eran cada vez más frecuentes. Me estaban destrozando tanto psíquica como físicamente aquellas personas.

Me volví completamente inestable. Yo misma estaba contra el mundo,

contra mi madre, mis abuelos..., y dejé de ver momentos felices, ya que solo recordaba que cada jueves tendría que volver a aquel lugar y pasar de nuevo por sus chantajes y estrategias, y cómo era incapaz de contar lo que allí pasaba realmente, y Alejandro y Anastasia sabían hacer perfectamente de aquellas situaciones algo normal, me lo guardaba todo dentro y poco a poco me consumía.

Ningún psicólogo creía muchas veces lo que le contaba; salvo mi madre, que me escuchaba, el resto del mundo parecía estar ciego y sordo ante lo que estaba ocurriendo. Lo único que tenía era a mi familia, y la mayoría iba contra nosotros. Algo que nunca llegué a entender.

CAPÍTULO SEXTO

Comencé a pensar cosas terribles, la vida tenía cada día menos valor. Tan solo tenía ocho años y aquellas personas me cambiaron radicalmente.

Eran situaciones como las del Punto de Encuentro las que me llevaron a los extremos límites de querer huir saltando del coche o la vez que le dije a mi madre que me ahogaría. Estaba al borde de mi propio abismo, nadie nos creía y yo perdí mi voz, la voz que ahora cuenta todo aquello que callé durante nueve años por el miedo a que nos separasen de mi madre. Por supuesto, peor que yo estaba David, que nunca contaba nada. Lo único que llegaban a saber acerca de lo que pasaba en el Punto de Encuentro era solo lo que yo contaba, que era poco respecto a la realidad.

Nadie sabía ni llegaba a comprender el miedo y el silencio al que David y yo estábamos expuestos. Para los jueces y abogados, incluso para Fernando, nosotros éramos un paquete que venía unido junto a una preciosa casa en la sierra. Pero nadie veía a dos personas, ni siquiera a dos niños, ni el dolor por el que estábamos pasando. Solo éramos informes redactados por un psicólogo, un perito o los trabajadores del Punto de Encuentro.

Para mamá los juicios continuaban. La acusación que Fernando y su abogado habían creado contra mamá se basaba en decir que era «mala madre», ya que era una «bruja». Tiene gracia, incluso suena irónico. La llamaron bruja

por tener aceites esenciales, piedras, hacer yoga... como si en el siglo XVI nos encontrásemos.

Fernando se dedicó a sacar fotos a todas aquellas cosas antes del 20 de febrero, pues lo tenía todo planeado.

A día de hoy, a mí, al igual que a mi madre, me encantan los aceites esenciales y hasta compro en herbolarios (por esto también la acusaron), pero, por suerte, nadie me señala llamándome bruja.

En esto se basaron las acusaciones de Fernando para quitarle la custodia a mamá. Además de organizar reuniones con los vecinos para que testificasen en contra de ella.

Muchos lo hicieron. Testificaron en contra de mamá e informaban a Fernando de todo aquello que hacíamos.

Fernando cada vez era más fuerte, manipulaba el caos a su antojo y toda excusa era válida para hacer daño.

Mi vida se había convertido en una rutina interminable que parecía que nunca terminaría.

La localización del Punto de Encuentro cambió. Lo trasladaron a un lugar de la zona más moderna y esta vez no era un viejo edificio habilitado. Era enorme y espacioso, todo blanco. Trataban de darle un aspecto más relajado, había dibujos y juguetes en las cuatro habitaciones. Y encima del espacio destinado a los encuentros todo pertenecía al Ayuntamiento, por lo que no estaríamos rodeados de viviendas en las cuales las familias serían testigos de cada niño que llorase, evitando ver a alguien.

Mamá nos llevó un par de veces hasta allí hasta que volvieron a negárselo. La última vez que estuve en aquel edificio fue con mi colegio para pasar el día y durante un campamento al que mamá nos había apuntado en el verano del año 2007, pero por aquellas ocasiones todo era feliz, ya que solo jugábamos despreocupados.

La entrada del Punto de Encuentro era muy espaciosa y tenía una doble

puerta. Había una sala donde las mesas estaban llenas de montones de papeles y sobre un par de escritorios, dos ordenadores.

Antes de salir cada jueves o miércoles hacia el Punto de Encuentro, mamá nos abrazaba y nos decía que nos portásemos bien, pronto pasaría todo, ya que ella era consciente del dolor que suponía acudir allí cada semana para nosotros. Pero yo ya conocía a aquellas personas, sus intenciones y su forma de tratarnos cuando ni los abuelos ni nadie estaba delante y cómo cambiaba su actitud repentinamente. Tras despedirnos de los abuelos, pasábamos al interior de la estancia un tanto desorientados, ya que no sabíamos muy bien cuál dirección seguir. Fue cuando yo dije: «Hago lo que me dicen en casa», refiriéndome a que me intentaría portar lo mejor posible, como mamá nos había enseñado a comportarnos en cualquier lugar. Pero ellos no lo entendieron así ni mucho menos, o al menos no quisieron. Comenzaron a avasallarme a preguntas del tipo «¿y a ti qué te dice en tu casa tu madre?», pero no conseguía entenderles, ni a qué se referían ni por qué le habían dado tanta importancia a un simple comentario que nada tenía que esconder tras de sí. Me quedé bloqueada y enseguida uno de ellos acudió a la sala llena de ordenadores y montones de papeles diciendo que redactaría un informe al juzgado. Me asusté.

No sabía qué decirles ni cómo explicarles nada, me llevaron junto a Alejandro a aquella pequeña salita donde comenzó a escribir en un ordenador mientras me hacía preguntas de todo tipo.

No sabía qué había dicho o hecho para que armasen tanto escándalo con aquello.

A mi alrededor había más niños, incluso un bebé. Muchos lloraban como nosotros, otros solamente estaban solos en una habitación, lo que me hacía recordar la suerte que tenía de poder contar con David, porque, aunque fuera más pequeño que yo, suponía un gran apoyo para mí no estar sola. Para él, al igual que para mí, era el único apoyo con el que contábamos cuando el resto faltaba, así que, entre nosotros, se estaba formando una unión muy fuerte. Más allá del vínculo que se crea por el hecho de ser hermanos. Nos protegíamos mutuamente, ya que solo nos teníamos a nosotros en aquellos momentos, yo sabía que él no me dejaría sola si algo pasaba y él comprendía que bastaba la mínima muestra de pedir ayuda para que corriera hasta donde él estuviera,

aunque rara vez nos separábamos unos pocos metros estando allí.

Ambos nos escondíamos en una cabaña de juguete que había, tratando de refugiarnos del resto. O tan solo de Fernando. A veces, nos encerraban en la habitación con él a la fuerza, como ya habían hecho antes. Otras, nos metían en una sala enorme con una mesa redonda y nos hacían esperar hasta que Fernando de nuevo aparecía. Pero nunca nos preguntaban qué era lo que queríamos, si verle o no. Y cuando les contábamos que nos pegaba, afirmaban que era mentira, que nosotros éramos unos mentirosos, al igual que nuestra madre.

Un día, tras llegar a casa del colegio, había en la puerta una caja llena de peluches. Mamá los miró sorprendida y encontró una nota que ponía: «Para Patricia y David», es decir, para nosotros. Mamá se asustó, comprendiendo rápidamente quién había depositado allí aquellos peluches. Tocó la puerta del vecino, que la abrió y le comentó a mamá que los peluches habían sido dejados allí por un hombre alto y moreno, de mediana edad. En el rostro de mamá podía ver reflejado su pánico, por más que ella se mostrara dura y fuerte. Fernando se había saltado la orden de alejamiento que le prohibía acercarse a mamá a menos de mil metros y el hecho de que dejase los peluches en la puerta de nuestra casa era solo un aviso. Ver mis antiguos peluches, que llevaba años sin ver, ya que Fernando se los había llevado, me hizo gran ilusión, aunque mamá, como es comprensible, no me dejó quedármelos. Los llevamos al contenedor de basura y los dejamos a un lado apartados; poco después, habían desaparecido.

Sucesos como estos se hicieron habituales, las constantes amenazas y avisos de Fernando a mamá. Él sabía que tenía el poder de hacerla daño, aunque con ello infringiera la ley. Juró vengarse, aunque fuese lo último que hiciera.

Meses más tarde, íbamos desde Villalba a visitar a los abuelos sobre las siete de la tarde, había comenzado a anochecer; una furgoneta se aproximó a nuestro coche y comenzó a hacer maniobras extrañas hasta que intentó echarnos de la carretera hacia la cuneta en una curva de la autopista. Mamá tuvo agilidad para evitarla y conseguir que no tuviésemos un accidente aquel día. Paró el coche en el arcén, paralizada, y me dijo que cogiese el móvil y llamara al 112, ya que no podía moverse. Al rato, vino la policía y la ambulancia.

Los avisos de Fernando eran latentes, aunque no había forma alguna de demostrar que había sido él, ya que de nuevo nadie nos creía. Nos tenía controlados, todo lo que hacíamos, nuestros horarios.

Pero teníamos que intentar continuar con nuestra vida de la manera más normal posible. Mamá recibía duras críticas por el hecho de que nuestro padre, y así lo considerábamos David y yo, se hubiese venido a vivir con nosotros. Las cartas con amenazas por debajo de la puerta continuaban, pero de nuevo no había forma de demostrar la veracidad de aquello.

Este tipo de momentos en los que sientes miedo, esta cara de maltrato que nadie ve, inclusive cuando la separación ya se ha llevado a cabo, puede ser incluso tan difícil como las palizas. Aquí no hay un perito forense que demuestre el daño físico, aquí la mayoría de los psicólogos se lavaban las manos y callaban, y solo valían los continuos informes llenos de mentiras que mandaba el Punto de Encuentro en los que seguramente no reflejaba la realidad tal y como era, ya que, si lo hubiera hecho, no habríamos vuelto allí.

Cada vez que íbamos al Punto de Encuentro, trataban de acercar a Fernando más a nosotros, incluso cuando no nos dábamos cuenta. Por ejemplo, estábamos pintando tranquilamente cuando de repente nos dábamos la vuelta y, al girarnos, allí estaba Fernando, impasible. Llorábamos gritando, como en otras ocasiones, que se fuera. A veces, traía un gran álbum lleno de fotos personales que mostraba delante de todos, hasta que un día sacó una foto en la cual salía mamá embarazada de David y la mostró a todos; me enfadé muchísimo y traté de quitársela, pero ellos parecían divertidos ante aquella situación en la que se burlaban de mi madre. La rabia me inundaba profundamente, continuó sacando fotos en las que mamá estaba dándole el pecho a David. Luego, guardaba el gran álbum sin dejarme verlo y lo escondía.

Si quería quedarme con alguna de aquellas fotos, tendría que llamarle papá, darle un beso o hacerle un dibujo, a lo cual me negaba. Comprendí entonces su estrategia y la de aquellas personas, fingir que todo iba bien. Dejé de intentar conseguir fotos pidiéndolas, sino que, cuando se despistaba, las cogía, aunque tengo que decir que esto nunca me llegó a funcionar, ya que estábamos constantemente vigilados.

Un día, estábamos mamá, David y yo comprando en un conocido centro

comercial de Las Rozas, en la sección de perfumería, donde mamá, como el resto de madres, dedicaba el noventa por ciento del tiempo de compra. Miraba junto a ella los nuevos esmaltes, intentando convencerla de la buena idea que sería comprarme uno de ellos. Recibió una llamada y se apartó un poco de nosotros, intentando que no escuchásemos el contenido de la conversación. La cara de mamá se volvió pálida completamente mientras escuchaba lo que fuera que la estaban comunicando. Oí cómo decía algo así como la cárcel. Fernando pedía cárcel a mamá. A esto es exactamente a lo que me refería al principio cuando dije que la víctima es castigada y que el maltratador es dueño de su propio desastre. Exactamente, pedía una pena de un año y medio. No me pude enterar muy bien de la conversación, ya que, cada vez que trataba de acercarme, mamá me decía que la dejara hablar tranquila y que enseguida me atendería. Al colgar, le pregunté qué pasaba, pero no decía nada, solo trataba de mantener mi atención en aquellos esmaltes que poco me importaban ya. Era mi madre, la que había recibido una brutal paliza, de la que temía ser separada, y lo más valioso que tenía en el mundo era ella, y ahora Fernando trataba de separarla de nosotros de un modo evidente, sin absurdos juegos peligrosos con cunetas y notas junto a peluches.

Mamá pagó el resto de la compra y volvimos a casa. Pese a que la situación económica no era la más favorable, vivíamos bien, nunca me faltó de nada, al igual que a David, el cual seguía sin hablar. Continuamos acudiendo a ver a psicólogos y al Punto de Encuentro, donde Fernando llevaba de vez en cuando películas caseras para demostrar lo buen padre que era ante aquellas personas. Una vez, hice un dibujo que le iba a regalar a mis abuelos al salir de allí; cuando vinieron a buscarnos, me despisté y lo dejé en la mesa que estaba enfrente de Fernando. Él lo guardó rápidamente, incluso antes de que yo saliera por la puerta. Me giré y se lo pedí, le reclamé mi dibujo y él alegó no tenerlo, por lo que había desaparecido por arte de magia de un instante a otro. Comencé a enfadarme ante la indignación que suponía saber que tenía mi dibujo, ya que era la única persona en la habitación presente, y que no me lo devolviese. Entonces, empecé a llorar, lloraba con facilidad cuando estaba frente a él, era un cúmulo de muchas sensaciones muy malas y yo solo trataba de salir de allí con el insignificante dibujo. No recuerdo si llegó o no a darme el trozo de papel dibujado, pero sí cómo corría a los brazos de mis abuelos cada vez que terminaba la hora, y a veces hora y media, que estábamos allí.

Una mañana de sábado, cuando papá estaba trabajando, mamá me mandó a comprar el pan al kiosco que estaba dentro de la urbanización. Me daba prisa, ya que no me gustaba ir sola por la calle y fui a por el recado. Compré lo que me dijo mamá y, al subir la cuesta que conducía de nuevo a casa, me encontré con un coche gris, alargado y cuyas ventanillas traseras estaban tapadas con una manta de rayas de colores. En el asiento del piloto, un hombre moreno y de mediana edad conducía y miró detenidamente el paso de cebra, aunque no sé si llegó a divisarme a mí. Eché a correr lo más rápido posible hacia casa, sin pensar en nada. Cuando llegué, llamé varias veces al telefonillo, intentando que mamá me abriera la puerta lo más rápido posible. Entré muy asustada y ella me preguntó qué era lo que ocurría. Le conté que había visto un coche como el que nosotros teníamos hasta que Fernando se lo llevó y que había visto a Fernando. Rompí a llorar asustada, tratando de asimilar toda la situación. Siendo consciente de que Fernando nos estaba rondando.

Mamá llamó inmediatamente a la policía, la cual llegó a casa pasados unos minutos. Le preguntaron qué había pasado y luego intentaron hablar conmigo, pero estaba demasiado afectada y apenas podía hablar para contarle a la policía lo sucedido.

Estaba asustada ante todo aquello y lo que significaba que Fernando pasase por allí, incumpliendo de nuevo la orden de alejamiento.

Tenía miedo constantemente de que me separasen de mi madre y de mi padre, de mis abuelos, y entonces estaría perdida.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Con la llegada del año 2008, cumplí diez años y David ocho. Las cosas seguían igual, los psicólogos y el Punto de Encuentro, nada había cambiado, salvo que íbamos creciendo. Estaba contenta, ya que, pese a todo, el verano anterior había llegado a conocer a la hija de mi padre, Jennifer. Todos habíamos ido a visitarla a Almería, donde vivía con su novio. A mi parecer, era guapísima y se había teñido el pelo de rojo, cosa que me gustó tanto que decidí que yo también me lo haría. Entre nosotros éramos muy felices, y las semanas que pasamos junto a Jennifer y su novio, Alberto, fueron muy

divertidas. Durante los veranos, íbamos a veces a Cullera con los abuelos y pasábamos allí gran parte de las vacaciones. No todo era tan malo, y los momentos felices cobraban un sentido especial.

Ese mismo año, haría mi primera comunión y llevaba meses preparando mi vestido junto a mamá y la abuela, que tenía un gusto exquisito. Estaba muy emocionada; paralelamente a toda aquella historia, la preparación de mi comunión era algo que me apasionaba, no por el hecho de que fuera una niña religiosa ni mucho menos, sino porque aquel día sería la protagonista de toda mi familia, y no captaría la atención porque un ataque de ansiedad hubiera obligado a mi madre a llevarme a urgencias de inmediato.

Todo parecía tan sumamente perfecto que ni siquiera el Punto de Encuentro podía cambiarlo. Pero nada más lejos de la realidad, algo lo cambiaría todo. Mamá y papá intentaron hablar con David y conmigo, hasta que nos dieron la noticia, aquel verano lo pasaríamos entero con Fernando. Esa fue la mayor bofetada de realidad y madurez que he recibido en mi vida. Me sacó completamente de aquel proceso en el cual estaba inmersa organizando el día de mi comunión. Era como si todo hubiese perdido el valor y la ilusión que me suponía. Ni vestidos ni pruebas de peluquería, nada. Comencé a pensar cómo sería pasar un verano entero no solo separada de mi familia, sino junto a Fernando. Fue como un jarro de agua fría. Mi corazón se tensó, las lágrimas se agolpaban en mis ojos antes de salir. Por un momento, al oír aquellas palabras, pensé que estaban bromeando, aunque nunca habían hecho bromas sobre aquel tema, ya que era muy delicado.

Durante un juicio, le habían quitado a mamá nuestra custodia; la misma perito que nos había sometido a aquel interrogatorio le había aplicado a mi madre y a nosotros una práctica inhumana y cruel llamada «SAP», por la cual ella alegaba que estábamos influenciados por nuestra madre y, por lo tanto, nos separaban durante tiempo indefinido sin verla y sin tener ningún tipo de contacto ni con ella ni nadie de nuestro entorno familiar materno, incluido mi padre.

Solo pensé que nadie jamás debería tener el poder suficiente para arrebatar a una madre sus hijos, sin ni siquiera preguntarnos a nosotros, ya que jamás fuimos a ningún juicio debido a que éramos demasiado pequeños. Nadie se paró a pensar en los efectos que eso tendría sobre nosotros; aquel juez no nos

conocía, así que no entendía cómo era capaz de permitir aquello. Me di cuenta de lo injusto que es el mundo, y de que no teníamos voz, pese a que éramos nosotros con los que jugaban. Ante todo, me quedaba David.

A partir de ese momento, todo continuó, pero sin la ilusión ni las ganas de que el 7 de junio, día de mi primera comunión, llegara, ya que supondría que pronto nos iríamos con Fernando.

La comunión se celebró y uno de los hermanos de Fernando fue. Pese a que mi madre se acercó a mí a preguntarme si quería saludarle, me negué rotundamente. Yo no tenía ningún tipo de cariño hacia aquellas personas. Aún admiro la entereza de mi madre y cómo se comportó siempre tan mujer y en su sitio. Estaba toda mi familia y amigos, el gran día, en la iglesia del campo de golf, un sitio precioso. El sol brillaba y no hacía una pizca de viento, todos parecían realmente felices y contentos. Los fotógrafos no dejaban de immortalizar cada instante con sus cámaras, persiguiendo a los niños que llevábamos nuestras túnicas blancas, propias de aquel día. Además, recibí una gran cantidad de regalos; mis padres me regalaron mi primer móvil, consolas, una cámara de fotos y dos álbumes para que guardara todas las fotos de aquel feliz día. Al entrar en la iglesia, vi en lo alto al hermano de Fernando, Manuel, que grababa junto a su novia Julieta toda la ceremonia. Apenas miré en todo el acto, estaba concentrada saludando a mi familia, que desde los bancos de la iglesia contemplaban felices, y tratando de que no se me olvidaran las dos frases que tenía que decir delante de todas aquellas personas. Al salir y terminar la ceremonia, mamá me volvió a preguntar si quería despedirme de Manuel y su novia, y mi negativa se mantuvo.

Fuimos al gran banquete que habían preparado en el restaurante en el que mi padre trabajaba, y que había conseguido que reservaran todo un salón para mí. Realmente, entre tantos regalos, flores y mi gran vestido blanco junto a su corona de flores, me sentía la más bella de las princesas mientras sacaba fotos a todos los invitados y lucía mi bonito móvil, aunque en el fondo no dejaba de recordar que, tras esos momentos, lo más duro estaba aún por llegar.

Mamá y papá empaquetaban cada vez más cosas de la casa, que se iba quedando vacía a medida que las cajas se llenaban de todos los objetos personales. Debían abandonarla para que Fernando entrase a vivir ahí durante aquel verano. Era duro ver cómo la casa se desnudaba y poco a poco cada vez

quedaba menos de lo que un día, junto a mamá, papá y David, había conformado mi hogar.

En los últimos días de colegio, la emoción era inminente. Todos los niños estaban sumamente felices por las vacaciones, el descanso y el relax. Yo solía quedarme algunos recreos con dos o tres compañeras y mis profesoras para ayudarlas a corregir exámenes de los más pequeños, decorar o dibujar. Entonces, mi profe, Sara, se sentó en su silla de profesora, que tanto me gustaba por ese acolchonamiento que tenía negro y blandito. Nos preguntó a dónde iríamos aquellas vacaciones. Todas mis amigas contestaron efusivamente, contando los viajes que harían junto a su familia y los campamentos a los que asistirían mientras sus padres trabajaban. Llegó mi turno y Sara me preguntó mi destino de vacaciones. Se me hizo un nudo en la garganta. No me hacía ninguna ilusión la llegada del verano, es más, deseaba que aquel curso se alargara infinitamente, así que, sin saber muy bien qué responder, ya que tampoco tenía mucha idea de a dónde iríamos, le mentí y dije que aún no lo teníamos pensado, sin saber qué otra cosa decir; me avergonzaba de lo que ocurriría aquel verano.

Sentía un gran vacío en mi interior, era como si fuese la espectadora de mi propia vida y veía que poco a poco se estaba convirtiendo en un gran desastre. Desastre que yo no podía ni tenía herramientas suficientes para controlar.

Solía decirle a mamá que no se fuera, que por favor no nos dejase, yo sabía que aquello le rompía el corazón en mil pedazos, como estaba ocurriendo con el mío. El día que nos separasen de mamá, papá y los abuelos, dejaría de vivir y comenzaría a sobrevivir. Una lucha interna se libraba en mi interior ante el temor que sentía imaginándomelo. Y no era capaz de asimilar del todo la realidad.

Con la llegada de aquello, las visitas al Punto de Encuentro se acabaron, ¿de qué servirían si íbamos a convivir con Fernando durante casi tres meses?

Entonces, comenzamos a ir a otro lugar llamado Aldeas Infantiles. Esta vez, estaba en Villalba, a diez minutos en coche de donde vivíamos. Era un edificio en una calle estrecha en la zona del pueblo. Gris y con el acristalamiento de las ventanas verdes.

A medida que pasaban los días, comenzaba a aceptar lo que venía, siendo consciente de que el verano sería duro y que tendría que apañármelas para cuidar de mí misma y de mi hermano. Las últimas semanas pasaron rápido, tanto es así que comencé a apreciar el valor del tiempo y saber aprovecharlo junto a las personas que quería y a las cuales no iba a ver en los próximos meses. Todo eran despedidas. Estaba bañándome en la piscina de los abuelos cuando nuestros dos amigos se acercaron y nos dieron a David y a mí un regalo. Lo mío era un gran peluche redondo y con cara de castor, la madre de los niños, que también era muy buena amiga nuestra y de mamá, me dijo que lo abrazara aquel verano cada vez que echase de menos a alguien. Y así hice. Les agradecí muchísimo aquel detalle por su parte, me alegraba saber que había gente a la cual le importábamos de verdad.

Dos días antes de que pasáramos al «cuidado» de Fernando, mis padres, junto a los abuelos, hicieron una barbacoa a la cual fue toda la familia para despedirse de nosotros. No faltó nadie, y pese a que algunas personas nos echarían más en falta que otras, todos se despidieron de nosotros mientras mis ojos se llenaban de lágrimas. Di el último abrazo de aquel verano a mis primos pequeños, que no sabían por qué se montaba todo aquello, así que decidimos decirles que David y yo nos iríamos de campamento. Me despedí de cada uno de mis tíos, que poco a poco iban abandonando la fiesta. Hasta que llegó el turno de decir adiós durante un tiempo a mis abuelos. Fue de las despedidas más duras. Se me caía el mundo. Era demasiado irreal que tuviera que hacer todo aquello, y David demasiado pequeño para pasar por ello. Mamá lloraba al ver cómo nos abrazábamos a ellos, deseando que aquel instante no terminara nunca y no les tuviera que soltar de entre mis brazos. Por mi mente no pasaba nada, solo la inconsciencia de por qué teníamos que hacer aquello, dejar atrás a nuestra familia.

Me estaba destruyendo.

Nos subimos al coche mientras tras las ventanas decíamos adiós con la mano a los abuelos, que estaban empapados en lágrimas desde la puerta de casa. Pese a que eran ellos los que al día siguiente tenían que realizar nuestra «entrega», aquella era la verdadera despedida. Les había dejado un dibujo en el salón, diciéndoles que pronto volveríamos a vernos y que les echaríamos mucho de menos.

Al llegar a casa, estaba todo recogido, no quedaba nada. Mamá y papá habían alquilado un pequeño apartamento en Boadilla del Monte, donde vivirían todo ese tiempo y a donde habían estado llevando todas las cosas aquellas últimas semanas. Pero hasta el momento, no me había llegado a plantear cómo iba a ser para ellos el sufrimiento que causaría no saber en ningún momento dónde estaríamos David y yo. Qué hacíamos o junto a quién nos encontraríamos.

Llegó la última noche antes de aquel horrible verano, ya había pasado la felicidad de la comunión y la euforia del último día de curso, no quedaba nada. Pero esa corta noche de verano no era para dormir. ¿Quién sería capaz de dormir, sabiendo lo que esperaba al día siguiente? Mamá y papá recogieron todo para dejar la casa limpia completamente. Cenamos y, cuando nos íbamos a acostar, comencé a llorar desconsoladamente mientras gritaba desde mi cama, cubierta de lágrimas: «¡Mamá, por favor, no te vayas, no nos dejes aquí!». Y entonces mamá venía desde el salón, donde estaba junto a papá, y me abrazaba fuerte, intentando congelar el tiempo en aquellos instantes. Luego, venía papá, al que abrazaba tiernamente, deseando retener sus fuertes brazos junto a mí para que me protegieran. Aquella fue la peor noche de mi vida. El dolor era desgarrador. La angustia me comía las entrañas y, cuando creía poder dormir un poco, el llanto desconsolado de David me despertaba y me devolvía a aquella horrible realidad.

Y así, con los ojos rojos y el rostro dolorido de tanto llorar, conseguí dormir un poco aquella noche.

CAPÍTULO OCTAVO

Amanecía una calurosa y agria mañana de verano, papá nos despertaba para despedirse. Se tenía que ir a trabajar un poco antes de que nosotros nos fuéramos, ya que pasaríamos a estar con Fernando a las doce de esa mañana. Me abrazó fuerte, me dio besos y me dijo lo mucho que me quería. Vi cómo después se despedía de David y mi corazón se rompía en mil pedazos. «Te quiero», le dije:, «cuidate mucho, mi vida, nos vemos pronto. Pórtate bien y cuida de tu hermano David». Se lo prometí. Y así, aquella dura mañana definitivamente había comenzado. Después, se despidió de mamá, acordando

dónde se verían, la llamaría en cuanto tuviera noticias. Vi marchar por la puerta al que considero el hombre de mi vida, el único hombre por el que una niña o una mujer debe llorar. Y como era de esperar, rompí en lágrimas mientras abrazaba a mamá, que a duras penas alcanzaba a consolarme. Le adoraba con todo el amor que una hija le puede tener a un padre, y más.

Desayunamos sin hambre, recogí mi habitación, como mamá siempre me hacía hacer, y comencé a vestirme. Cuando estábamos a punto de salir por la puerta, mamá nos cogió y nos envolvió entre sus brazos con gran amor, diciendo: «Siempre juntos, chicos». Me dijo que si miraba a los ojos de mi gata Duna, que me habían regalado aquel año por las buenas notas, la encontraría en su mirada. Abracé también a mi gata, sabiendo que ella era lo más próximo que tendría de mamá, pues ella tenía vida. Era una gata muy especial para mí, me acompañó durante aquel verano. Si miraba al cielo por las noches, cuando me sintiese triste y sola, encontraría la mirada de mamá, así me lo prometió ella y cumplí yo.

Salimos de casa, iríamos al lugar donde mamá nos dejaría y, más tarde, nos encontraríamos con los abuelos hasta dejarnos donde Fernando nos recogería. Al bajarnos del coche y saber que el momento de despedirnos de mamá, tras haber dejado atrás a papá antes, había llegado, me quedé sin fuerzas. Fue el momento más rompedor de toda mi vida. Dejar atrás a mi madre. Nos dimos tantos abrazos y besos como pudimos. Nos repitió lo mucho que nos quería. Mi mente no dejaba de repetir «por favor, mamá, no te vayas, no nos dejes», aunque sabía que la elección no era suya, ya que nunca nos habría dejado. Que te separen de tu propia madre y no saber cuándo vas a volver a verla es lo más duro que jamás haya hecho en toda mi vida. Una experiencia que me marcó y la cual jamás olvidaré. El dolor que fui capaz de albergar en esos momentos es inmesurable. No quería soltarla de entre mis brazos. Mi madre, mi querida madre.

Y en el momento en el que me arrancaron de los brazos de mi madre, dejé de ser yo. Me volví fría porque me faltaba la persona que me había dado la vida, y hasta ese instante no fui capaz de comprender hasta qué punto la amaba con todo mi corazón. Cambié o me cambiaron completamente. Perdí la inocencia en un segundo. Y adopté la mentalidad de un adulto, no me quedaba otra.

Mamá se fue y se subió al coche, rota entre llanto y dolor. No dejé de mirar ni un instante cómo se alejaba de nosotros y nos hacía señas de despedida, a las que respondíamos. Los abuelos, en un intento fallido de tranquilizarnos, nos llevaron hasta el lugar.

Llegamos, la cita era sobre las doce, doce y media del mediodía. Era un lugar un tanto oscuro y frío, no sé decir muy bien dónde nos encontrábamos, ya que mi mente no pensaba en eso. Había mucha gente, la cual no parecía muy feliz ni muy bien económicamente. Todos denotaban tener problemas. Aquel ambiente era terriblemente triste. Yo no soltaba en ningún momento la mano a mi abuela mientras a David se la daba mi abuelo. Tener mi mano junto a la suya era el único hilo de esperanza que quedaba. Y entonces nos llamaron, me despedí de nuevo de ellos. Con la sillita del coche en la mano. Llorábamos porque el momento había llegado y parecía tan irreal. Ellos también lloraban. Y se acabó. Ya no valía llorar más. Seguía, junto a David, a una señora que nos conducía a una sala con los estores de las ventanas azules y repleta de personas que, impasibles frente a un ordenador, no dejaban de teclear.

Esperamos unos minutos mientras nos ofrecieron un folio y unos lápices para dibujar. La señora que nos había acompañado se sentó en su escritorio y muy seria nos miró a los dos. Me preguntó si sabía a qué había ido allí y me avisó de que no iba ver más a mamá en mucho tiempo. Ante eso la pregunté por qué decía eso. No obtuve respuesta, así que decidí, mientras David no lo oía, preguntarle cuándo volveríamos a ver a nuestra madre. No dijo nada más, solo murmuró que ella no sabía nada. Sentía que me ahogaba en aquella silla. Tenía el mismo aire que los trabajadores del Punto de Encuentro, así que decidí dejar de hacer preguntas, ya que lo único que conseguía era meterme miedo con las amenazas de no ver más a nuestra madre.

No podía más ante aquello. La noche sin dormir, tantas despedidas dolorosas, las amenazas de no volver a ver a mamá, el no saber, era un cúmulo de cosas demasiado grande y estaba agotada pese a que el día no había hecho más que empezar.

Fue cuando nos llamaron y nos dijeron que esperásemos; al cabo de unos instantes, apareció Fernando por la puerta y, sin mirarnos, comenzó a hablar con la misma mujer que poco antes había estado conmigo. Aquellos momentos pasaban lentos y dolorosos. El reloj parecía no avanzar. Tenía miedo, mucho

miedo, y me sentía terriblemente sola y expuesta ante aquel grupo de personas que no conocía. Así que pensé en qué pasaría si salía huyendo de allí con David o me iba disimuladamente. Tal vez correrían todos tras nosotros o mandarían a la policía, con la que estaba muy familiarizada últimamente. Se me pasaron infinidad de ideas por la cabeza en aquellos momentos de confusión y miedo. David lloraba a mi lado ante la mirada atónita de todos los presentes, gritando que no quería irse con Fernando; yo a su lado no era capaz de controlar la expresión de mis propias emociones. Nos costó mucho que David decidiera por fin irse de allí mientras llevaba en su mano la sillita del coche que mamá nos había dado a cada uno poco antes, cuando se despidió.

De camino al coche, ambos gritábamos lo mismo, «me quiero ir con mamá», pero nadie nos hacía caso porque a nadie parecía importarle. Salimos a la calle, donde una hora antes habíamos estado con los abuelos y donde también estaba aparcado el coche de Fernando.

Sin dejar de llorar y mientras nos subíamos al coche, le indiqué a David que se sentase en el asiento que estaba detrás del copiloto, ya que así, de alguna manera u otra, estaría situado más lejos de Fernando. Lo único en lo que pensaba en aquellos momentos era proteger a mi hermano; había aparcado la pena y el dolor a un lado, ya que sabía que uno de los dos tenía que mantenerse fuerte por ambos en aquellos momentos.

Fernando, con aquella sonrisa que tenía tan maliciosa en el Punto de Encuentro, realizó una llamada y dijo: «Ya están aquí». Colocó un espejo de tal manera que nos pudiese ver todo el rato y puso el coche en marcha.

No decía nada, ni siquiera habló en todo el trayecto. Yo tampoco me atrevía a preguntar nada, ni a dónde íbamos ni qué íbamos a hacer aquel verano. Huir siempre iba a ser una opción latente. Cuando estábamos a punto de entrar por la puerta de la urbanización de casa, me giré y vi una furgoneta gris que nos estaba siguiendo. No llegaba a ver bien quiénes estaban dentro, aunque solo veía mujeres; el rostro de la más adulta, que llevaba el mando del vehículo, me resultaba conocido. Caí en la cuenta de que eran las sobrinas y hermana de Fernando, que habían venido a acompañarle. Definitivamente, sentí que me quería morir ahí mismo. Ahora no solo era Fernando al que tendría que enfrentarme, sino que también al resto de su familia, a los que hacía años que no veía y tampoco habían tenido muestras de cariño hacia mi hermano o mi

madre, que yo recordara. Así que de alguna forma u otra, su presencia me intimidaba, me hacía más pequeña.

Llegamos a casa. Me sentía acorralada. Fernando abrió la puerta. No había rastro de las personas de la furgoneta gris. Al entrar, comenzó a examinarla como si del objeto más raro del mundo se tratase. Apenas nos había dicho nada. Miraba cómo estaba todo, cada rincón. Pero lo peor fue cuando vio a mi gata Duna, se enfadó muchísimo y yo no llegaba a entender por qué, al igual que David. La miró con tal cara de asco que supe que lo único que querría desde entonces sería librarse de ella a toda costa. Pero de ningún modo dejaría que le hiciese nada, ya que era la conexión más próxima que tenía con mamá.

Tras unos momentos, llamaron a la puerta, eran quienes yo pensaba. La hermana y sobrinas de Fernando. Aunque David y yo estábamos en nuestras habitaciones sujetando a la gata, pudimos oír todo el alboroto que se estaba formando fuera. Traían consigo un perro. «¡Qué oportunas!», pensé para mí misma. Pasado un rato, David y yo salimos de nuestras habitaciones. Apenas podía saludar a aquellas personas y no soltaba a mi gata de mi regazo. Cuando vi que el perro no le hacía nada a Duna, decidí dejarla, pero entonces, en cuanto me di la vuelta, Marta y Mariana comenzaron a darle fuertes patadas mientras gritaban cosas bastantes feas y una sujetaba a su perro en brazos. Saqué corriendo de aquella situación a Duna, que para mí era tan importante, mientras juraba no volver a fiarme de nadie de aquel entorno en todo el verano, por muy inofensivo que pareciese.

Dos horas antes, en aquel mismo salón, todo era muy diferente. Y lo único que fallaba en toda esa armonía eran las personas. Era tan distinto que asustaba. Aquel día fue horriblemente largo. Apenas comimos nada. Fernando leyó las anotaciones que mamá había dejado en la nevera sujetas sobre nuestro cuidado, ya que tanto David como yo teníamos dermatitis atópica en la piel. En cuanto terminó su lectura, la tiró y rompió. Hizo de comer unas pechugas de pollo, poca cosa. Pero a mí me daba asco comerme su comida.

Aquella noche casi no dormí, intentando asimilar todo lo que estaba pasando con mi vida y la de mi hermano. Era un intento fallido de darme ánimos para poder continuar, y recordando cada caricia de mamá y papá unas horas antes de que nos despidiéramos sin saber cuándo volveríamos a vernos

la próxima vez. Una lágrima resbaló por mi mejilla, y pese a que era verano, me tapé con la manta que mi madre me había dado el día de antes y que había sido suya cuando era pequeña; fruto del cansancio, la pena, el dolor y la ausencia, cerré los ojos, creyendo que me sumía en el sueño.

Al despertarme a la mañana siguiente, una extraña sensación recorría todo mi cuerpo; fui a la habitación de David, que tampoco había dormido mucho. Le miré y estaba terriblemente apenado, aunque su dolor interno no era lo más importante ahora mismo, ya que le había dado un brote por toda la piel y estaba fatal, la tenía totalmente en carne viva. Su cuerpo había reaccionado ante tanta presión en forma de eczema. Cuando Fernando lo vio, dijo que no pasaba nada, que se echara un poco de crema. Ante el llanto de dolor por el escozor que le estaba provocando, discutí con Fernando, intentando que le llevara al ambulatorio, donde estaba nuestro pediatra, en Las Rozas. Pero Fernando hacía caso omiso a lo que le decía y, una vez le convencimos ante aquella situación, decidió que le llevaría a otro hospital. Ahí fue la primera vez que adopté el papel de madre con mi hermano, ante la ausencia de la misma. No llegaba a entender por qué teníamos que ir a un hospital que estaba tres veces más lejos y en el cual, además, no estaba nuestro médico.

El tiempo también era un factor, ya que David cada vez se ponía peor. Tras casi dos horas desde que avisáramos a Fernando de todo, llegamos a un hospital repleto de gente yendo de un lado a otro. Fernando se paró tranquilamente e hizo una llamada. Ante aquello, la mejor palabra que se me ocurre para describir el estado al que Fernando me estaba llevando con su actitud pasiva es que me desquiciaba los nervios. David apenas podía mantener la camiseta puesta por la mezcla de calor y escozor.

Estaba muy enfadada cuando Fernando colgó el teléfono y se dispuso a buscar un sitio donde estacionar el coche en el aparcamiento, que estaba abarrotado. Tras encontrar un lugar, Fernando se bajó del coche mientras yo ayudaba a David. Todas mis dudas se disiparon, el porqué de que Fernando quisiera ir a ese hospital y su alegría frente aquella situación. Una mujer rubia, rellenita y vestida de uniforme salió por la puerta del hospital y saludó a Fernando con una sonrisa; cuando se encontraron, se besaron y hablaron.

Estaba fuera de mí; al parecer, Fernando tenía asuntos en la cabeza verdaderamente importantes y le preocupaba más aquella mujer que cualquier

otra cosa. Pero David era todo lo que tenía y sentía que debía protegerle con mi vida si hacía falta. Así que grité a Fernando, tratando de llamar su atención y que reaccionara. Al entrar, esperamos un poco hasta que le pasaron a consulta. El médico examinó detenidamente a David y, después, habló conmigo, ya que Fernando ahí no podía decir nada, puesto que era yo la que sabía todo acerca de David, sus hábitos, lo que usaba y dejaba de usar, etc. El doctor se quedó bastante sorprendido ante la situación de que fuera yo la persona con la que tuviera que charlar. «Quizás si no hubiese tirado Fernando la hoja de anotaciones que dejó mamá, incluso podría haber colaborado», pensé hacia mis adentros.

Ayudé a David a vestirse y desvestirse mientras aquella mujer decía que yo parecía su madre. Bueno, por el capricho de alguien, ahora nuestra madre no estaba con nosotros, así que tenía que poner en práctica todo aquello que ella nos había enseñado durante años y darle a mi hermano el amor que le iba a faltar durante aquellos meses. Tuve que aprender a aparcas nuestras peleas de hermanos para comportarme como un adulto cuando de este tipo de situaciones se tratara. Recetaron a David unos polvos y una medicina. Y nos despedimos de todos ellos; en el fondo, el contacto con otras personas que no tuvieran relación con Fernando me aliviaba.

De pronto, aquella mujer empezó a venir a visitarnos y a quedarse a dormir en nuestra casa, bueno, en la casa de David y mía.

Poco a poco, construía en mí una fortaleza que me volvía fría y desconfiada con el resto de personas.

A la mañana siguiente, fuimos con Fernando a hacer unos recados, e Isolina, que era como se llamaba aquella mujer a la cual Fernando en ningún momento nos presentó como su novia, se quedaba en nuestra casa. La verdad es que yo no quería acompañar a Fernando a hacer ningún tipo de viaje, pero nos obligaban. Al regresar tras casi dos horas haciendo cosas, encima de mi cama había un montón de ropa sacada de mi armario y, en la habitación de David, una maleta llena de ropa. En cuanto vi aquello, me enfadé muchísimo y me asusté. Pregunté no solo por el hecho de que había una maleta con ropa encima de la cama de David, sino también por qué Isolina, sin ser nadie, había estado hurgando en mi armario y en el de mi hermano. Era ira, ira hacia aquellas personas lo que verdaderamente sentía. Enfado y rabia. Una gran confusión

sumada a las ganas de escapar de allí con mi hermano y mi gata. Y fuera lo que fuese que nos esperase si escapábamos sería mejor que todo aquello. Pero sin duda el sentimiento que me frenaba, que me dejaba sin fuerzas, sin sueño y sin hambre era el miedo a no regresar, a no volver a ver a mamá, a papá.

Me sentía vulnerable, así que comencé a sacar la ropa de David de la maleta mientras él estaba a mi lado y a guardar la mía de nuevo en el armario.

Fernando comenzó a gritar fuertemente, intentando detenerme. Al oír sus gritos, ver la cara de él, que nadie más conocía y que nunca mostraba, me acordé de todos aquellos momentos años atrás. De por qué había llegado a odiarle en ocasiones, por mucho que mi madre dijera que había que perdonar a las personas. Para mí no había perdón. Seguía siendo igual de agresivo que siempre, nada en él había cambiado. Y pese a que nadie se daba cuenta de aquello, no me importaba luchar yo sola contra él, si ello conllevaba proteger a David.

Ellos seguían sin responder a dónde nos querían llevar, nos daban largas o solo decían: «A un sitio». Querían sembrar la confusión en nosotros y realmente lo estaban consiguiendo. Era terrible. Dije que no iría, aunque sabía que eso sería en vano, ya que me veía obligada a hacer lo que ellos dijese. No tenía a nadie con quien hablar todo aquello y menos aún en quién confiar para contarle el estado en el que me encontraba, cómo era de verdad Fernando cuando no había nadie y se enfadaba. No tenía a nadie. Nos habían encerrado con un monstruo.

Las únicas personas con las que hablaba eran las de Aldeas Infantiles, donde había estado con mamá y nos dijeron lo de aquel verano. Pero de ellos tampoco me fiaba, no tenían buenas intenciones. No me fiaba de nadie.

Aquella noche lloré. Igual que David, teníamos miedo de a dónde nos pudiesen llevar. Las noches eran solitarias y tremendamente largas. No tenía nada que hacer, ni sueño, así que solía jugar con mi consola al famoso juego Mario Bros.

Echaba de menos a papá y a mamá constantemente. Un día, cuando estábamos a punto de irnos a dormir, David tenía mucho miedo, así que se me ocurrió la idea de dormir juntos. Dentro de mis planes estaba pasar uno de los

colchones a la habitación del otro, ya que había espacio de sobra. Fernando e Isolina habían desmotado el cerrojo del baño y lo habían puesto en la habitación en la que ellos dormían, además del doble cerrojo en la parte superior de la puerta, con lo que era imposible acceder al interior del cuarto cuando ellos estaban dentro de él. Entre los dos, comenzamos a pasar el colchón cuando de pronto Fernando salió de la habitación. Se enfadó mucho al ver aquello, al igual que Isolina. Temía que volviera a sacar aquel carácter de nuevo que tanto asustaba. Ellos no querían que David y yo durmiésemos juntos, así que, como Fernando era más fuerte, nos arrebató el colchón de las manos, empujándolo fuertemente contra la habitación. Me quedé impactada y sentí unas ganas terribles de comenzar a llorar. De nuevo, intenté coger el colchón mientras Fernando no dejaba de gritar con gran violencia. Cogieron el teléfono y Fernando hizo que llamaba a alguien. A día de hoy, sé que aquella llamada fue fingida, o eso creo. Pero el principal objetivo de aquello era meternos miedo y que parásemos de intentar pasar el colchón. Después, vinieron hacia la habitación mientras murmuraban cosas como «sí, están aquí, son unos críos maleducados, sinvergüenzas, así les tenía su madre», y se acercaron a nosotros diciendo que nos vistiésemos y preparásemos, que metiésemos un poco de ropa en la maleta porque nos vendrían a buscar a las doce en una furgoneta y nos llevarían a un centro de menores. Nos dijeron que era un lugar donde iban los niños a los que nadie quería, que nosotros iríamos allí. Lo único que me salió preguntar, presa del pánico, fue: «¿A las doce de la mañana o de la noche?»; tenía un miedo terrible y me lo creí todo. No sabía qué era peor, si ir a aquel sitio que me imaginaba propio de una película de terror o quedarme allí, aguantando los gritos y amenazas de Fernando. «Iréis a un centro de acogida», aquellas palabras resonaban en mi cabeza. Lo cierto es que aquel verano nos quiso mandar a mi hermano y a mí a un centro de menores la misma perito que declaró en contra de mamá.

Querían destrozarnos la vida, aún más. El porqué, a día de hoy, sigo sin saberlo.

Finalmente no dormí con David aquella noche. Entre tanto grito y agresividad, tal y como la recordaba por parte de Fernando, estaba agotada y sin fuerzas, al igual que David. Pero tenía miedo de qué en cualquier momento un hombre llamase a la puerta dispuesto a llevarnos consigo. Tampoco me querían responder que era exactamente un centro de acogida o de menores,

cada vez lo llamaban de una forma.

Jugaban con mi inocencia y la de mi hermano, con nuestro miedo, pero yo estaba tan sumamente rota que solía pensar «Cada segundo es uno menos». Luego, me preguntaba cuándo volvería a ver a mis padres, ya que no tenía noticias de ellos desde la última vez que les vimos. En mi cabeza la palabra «mamá» se repetía y a veces la decía bajito. «¿Dónde estarán? ¿Qué estarán haciendo en estos momentos?». Cada día era una lucha y al final no entendía muy bien contra quién se dirigía. El centro de acogida..., me acordaba de aquello.

CAPÍTULO NOVENO

Cada jueves acudíamos a Aldeas Infantiles. Allí unas cinco o seis personas analizaban cada gesto, cada palabra que decíamos y cada detalle. Tres o cuatro estaban tras un espejo que comunicaba la sala con otra donde se podía ver y escuchar lo que decían. He de decir que cuando me di cuenta de esto y nos lo enseñaron, me sentí como la típica criminal de la serie policiaca, con la diferencia de que ni David ni yo habíamos matado a nadie. «Aunque a Fernando no se le diferencia tanto del lugar en el que debería estar», solía pensar. Eran lo que había sido hasta aquel día mis personas favoritas, psicólogos. Dentro de la sala en la que charlábamos, había dos más, uno moreno y bajito y otra chica rubia, que al parecer era madre de dos niños. Aquella situación no era nada natural, eso lo tenía claro. Los que estaban tras el espejo solían tomar anotaciones, cosa que me parecía un tanto absurda, ya que había una cámara que lo grababa todo. Una vez, les pregunté por qué hacían todo aquello, y me dijeron: «Cuatro ojos ven más que dos». No me quedó lo suficientemente claro hasta tiempo después, que lo comprendí.

Era todo muy extraño. ¿Cómo pretendían que fuéramos nosotros mismos y que contáramos abiertamente cómo nos sentíamos y qué pasaba, si había dos personas haciéndonos preguntas, la mayoría trampas, otros dos o tres tras un espejo con folios donde apuntaban todo aquello que decíamos y una cámara que filmaba la escena? La verdad es que para ser psicólogos no sabían tratar muy bien a sus pacientes. Además, la presencia de Fernando nos intimidaba, ya que, si contábamos todo, temía como se lo pudiera tomar y lo que pasaría al

llegar a casa. Asimismo, tampoco nos creerían, ya que eran demasiado «amiguitos» de Fernando. Nos sentábamos en tres sillas, dispuestas una al lado de otra, con Fernando en medio.

El miedo me frenaba. Miedo a contar la verdad, todo aquello que Fernando e Isolina nos decían. Hasta dudo de que supieran de la existencia de Isolina hasta tal punto de que dormía en nuestra casa y hacía de todo. Tampoco les contamos lo del cerrojo de la puerta ni el episodio de noches atrás. Teníamos miedo, mucho miedo. Aquellas personas no eran de mi agrado, ni mucho menos; me comprendían tan poco como yo a ellas. Decían que por qué no llamábamos papá a Fernando y nos amenazaban con no volver a ver a nuestra madre. Decían que era una mujer mala, mala influencia..., cosas horribles que sabía que eran totalmente inciertas. Nos intentaban lavar el cerebro, pero tenía claro quién era mi madre, mi familia, y quién era yo. Por más que pasase el tiempo, nadie conseguiría que mi opinión sobre ella cambiara. Ni el amor que le tenía.

Así pasaban los días y las semanas de aquel ensordecedor verano de 2008. De vez en cuando, íbamos a Zamora, donde estaba toda la familia de Fernando, o pasábamos el tiempo en la casa de Isolina. A nuestra casa de Villalba fuimos un par de veces más aquel verano. De vez en cuando, para coger algo de ropa, y aprovechaba la ocasión para ver a mi gata Duna. Una vez, llegamos y llené una mochila con ropa, cambié el agua de Duna y le llené un barreño de comida, ya que pasábamos largas temporadas sin ir. Fernando dejó abierta la puerta de la entrada mientras yo hacía todas las tareas del cuidado de Duna, no sé si verdaderamente lo hizo aposta, sabiendo que aprovechaba la mínima ocasión para escaparse, ya que nunca había salido de casa. El animal salió corriendo y Fernando cerró la puerta, dejando que se quedara fuera. Salí lo más rápido posible tras ella y comencé a subir los cuatro pisos del edificio sin encontrarla, temiendo que quizás hubiera seguido la dirección contraria. Fernando salió de casa terriblemente enfadado, diciendo que nos íbamos. Solo estábamos él y yo, sin David. Mi gatita seguía sin aparecer y cada vez temía lo peor. Fernando no me ayudaba a buscarla, me estaba poniendo más y más nerviosa.

Después de chillar por todo el edificio que se iba, se sentó cinco minutos en el sofá, lo vi al regresar a casa por si Duna había vuelto allí. Se levantó de un

brinco y me obligó a salir hacia afuera mientras me decía: «La gata ya se ha perdido, ahora decides tú si te quieres quedar o no en la calle con ella». Comencé a llorar mientras buscaba por cada rincón del edificio con la esperanza de que Duna apareciera. Conseguí encontrarla en el último piso, que estaba cerrado con una verja, dado que ahí es donde tiene la comunidad de vecinos los trasteros y se necesitaba llave para acceder al interior. Pero yo no tenía las llaves y estaba segura de que Fernando no me las iba a dar; además, si bajaba a buscarle, Duna se podría marchar de allí y tampoco tenía idea de a dónde se había ido Fernando. Finalmente, conseguí atraerla hacia mí, encontrar a Fernando, que ya se había ido, y que nos abriera la puerta para dejar a la gata dentro. Él estaba terriblemente enfadado y temía lo que pudiera hacer, ya que estábamos solos, y los únicos conocidos que tenía allí era la vecina del piso de al lado, con la cual solo me había cruzado una vez desde entonces y no había saludado por miedo a cómo actuara Fernando al saber que la conocía. De hecho, el día que Fernando se enteró de que la conocíamos, cambió las cerraduras de la casa en mitad de la noche, armando un escándalo. Así que, mirándolo de ese modo, no tenía a nadie a quien acudir.

Canción escrita durante el verano a mi familia:

Un susurro que llega a mis oídos, una palabra aterrada.

Os quiero ver junto a mí...

Cansada del infierno de verano, quiero vivir, quiero soñar un día entero.

Sin recordar la historia que no tiene final.

La historia que nunca acaba, de un mundo sin igual.

La luz que entra ya no me ayuda, las mañanas sin vosotros no son igual.

Os quiero sentir, tener junto a mí.

Dormir sin tener que tomar nada para que mis ojos se cierren y me entre sueño.

Yo quiero saber que estaré junto a vosotros.

Os quiero, y nadie nunca más va a conseguir separarnos.

Grabé en uno de los barrotos de la terraza un corazón con los nombres de mi familia junto a un «os echo de menos».

Al regresar a casa de Isolina, donde la rutina era agotadora, David me esperaba. El calor del verano era asfixiante. Cada mañana, al levantarnos, nos hacíamos el desayuno, nos vestíamos y nos íbamos a la biblioteca en bici junto a Fernando, que iba andando. Allí pasábamos una hora conectados a internet. Yo solía buscar juegos de ropa y maquillaje, ya que siempre me había encantado todo el mundo de la moda. Así conseguía distraer mi mente durante el agradable espacio de una hora de todas las preocupaciones. David invertía su hora de conexión también en juegos, aunque muy distintos a los míos. Así parte de nosotros intentaba dejar a un lado el dolor por unos momentos; allí Fernando no estaba, no existían sus gritos ni amenazas y todo estaba decorado de forma tan bonita y agradable que nos sentíamos niños de nuevo y podía dejar de adoptar el papel de adulto.

Había más niños de nuestra edad, aunque muy pocos, debido a que eran los meses de verano. Pero al fin y al cabo eran niños, como nosotros. Algunos leían y otros jugaban con su ordenador. Pero, al salir del espacio de aquella biblioteca, cuando el tiempo se acababa, todos aquellos niños volvían con sus padres, a los cuales abrazaban o besaban, que les esperaban sentados fuera leyendo el periódico o simplemente eso, esperaban. Y ahí es cuando mi vacío se llenaba de rabia, frustración y pena, porque yo también quería correr a los brazos de mamá o papá, pero no había nadie esperándonos nunca. Así que subíamos a la sala de los mayores para buscar a Fernando, que seguía conectado a internet u ojeaba libros. Así pasaba un día más en mi agonía y nada de aquello parecía cambiar lo más mínimo. David y yo solíamos llevarnos algún disco o cuento para llenar las horas muertas de la tarde. O si no, me aislaba con la consola, donde me pasaba una y otra vez el mismo juego. Así hacía que el dolor fuera más llevadero, aunque nunca lo conseguía apartar del todo; de aquella forma evitaba que pudiera conmigo.

Un día, Fernando dijo que iríamos a visitar a unos amigos. Lo cierto es que a mí la idea no me agradaba. No quería estar con gente que no conociera durante aquella época, y menos aún si eran conocidos de Fernando; me sentía muy insegura, pero no podíamos negarnos, ya que sería inútil. Desde que no

estaba con mamá, todo lo desconocido me asustaba. Además, tenía miedo de lo que Fernando les pudiese haber contado y de la percepción que tuviesen de David y de mí.

Tardamos una hora en llegar hasta allí. Era un pueblo de la sierra. Parecía encontrarse en fiestas, las típicas de verano. En el ambiente se respiraba felicidad y celebraciones. Los niños jugaban y reían, aunque en lo que yo solía fijarme más era en cuando aquellos niños corrían a abrazar a sus padres. Por dentro, estaba fría.

Llegamos a la casa. Un chalet bastante grande y blanco, con un jardín muy bonito y casi tan grande como la casa. Al llegar, la familia nos recibió. Parecían ser muy amigos de Fernando, puesto que le saludaron muy alegres; al vernos a David y a mí, dijo la mujer: «¡Ah! Estos son los niños», y se quedó mirándonos un buen rato hasta que nos saludó y nos preguntó nuestros nombres. Había dos niñas más, ambas hijas del matrimonio, aunque en la casa había una habitación vacía del hijo del marido, que estaba con su madre. Pero la armonía familiar de aquel momento estaba interrumpida. Y lo único que corrompía en aquel estado de felicidad éramos básicamente David y yo. Cenamos y me distraje un poco jugando con aquellas niñas y sus juguetes. Era todo aparentemente normal, o por lo menos Fernando e Isolina trataban aparentar una felicidad que ni mucho menos existía. Ellos lo sabían tan bien como nosotros, no éramos una familia. Ellos no eran mis padres, la única familia que yo tenía ese verano eran mi hermano y mi gata, nada más. Sabían que no quería estar allí y que me habían obligado.

Llegó un momento en el que el objetivo dejó de ser regresar con mis padres y comenzó a ser escapar de allí. Irme lejos con David y desaparecer.

La madre parecía agradable. Salimos todos a dar un paseo por las fiestas y acabé hablando sola con ella. Empezó a preguntarme cosas como: «¿Por qué no quieres a tu padre?». Le respondí que no era mi padre, que me había pegado cuando yo era más pequeña, al igual que a David y a mamá. Pero no me creyó y su reacción fue un tanto confusa. Detestaba que se refiriesen a Fernando como un padre para mí, yo llevaba casi un mes y medio sin ver a mi padre. De pronto, su estado cambió; se enfadó y me dijo que era una mentirosa. No daba crédito a lo que estaba pasando en aquellos momentos. Comenzó a amenazarme, diciéndome que testificaría en mi contra y en la de mi

madre ante un juez y que conseguiría que no la volviera a ver, que yo era una mentirosa y una manipuladora. Consiguió asustarme de verdad, sembrar más miedo en mí. Y es que yo creía cada palabra que salía por su boca. No dejaba de decir aquel tipo de cosas. Que llamaría a la policía para que me llevaran junto a mi hermano. Y que solo vería a mi madre en un Punto de Encuentro. Miles de imágenes y pensamientos horribles se agolparon en mi mente. Le dije que todo aquello no podía ser cierto mientras lloraba, rogándola que no hiciera nada que nos separase aún más de mi madre a mi hermano y a mí. Era mi madre lo que más quería. Impidió que me fuera, que era lo que intentaba desde que empecé a oír aquellas palabras. Entonces, me detuvo y me dijo que, si contaba algo de aquella conversación, conseguiría que no volviera a ver a mi madre jamás. Que ella misma conseguiría que mamá acabase en la cárcel, miles de cosas horribles. Y supongo que fue tanto el miedo que empecé a tener al oír aquellas palabras de boca de alguien que aparentemente no tenía por qué mentirme que, hasta hoy, jamás había contado esto a nadie, excepto a mamá y papá.

Y nos fuimos, nos subimos al coche tras despedirnos. Apenas había conseguido secarme los ojos de lágrimas. Ya nunca íbamos a Villalba.

Dormíamos en el sótano de la casa de Isolina, que tenía un chalet de cuatro plantas. Allí los cuatro, tirados en unos colchones finos; el de David y el mío sobre el suelo. Durante las noches, meditaba en cómo escapar de allí. Lo hacía totalmente consciente, pensando que si en algún momento llegaría a estar al límite, escapar sería mi única opción. Sentía como si poco a poco me estuviese quedando sin vida, las noches eran eternas y el tiempo parecía no pasar.

El primer día que fuimos a Zamora, durante aquel verano de 2008, tierra natal de Fernando, visitamos la casa de sus padres. Hacía años que no les veía. Yo hubiera preferido quedarme en Villalba, incluso en casa de Isolina, aunque ya sabía que allí mi opinión y la de mi hermano contaban poco. Al llegar a la casa, que estaba completamente vacía, Fernando hizo una llamada; debió de ser a sus padres, ya que al cabo de un rato llegaron la madre y el padre de Fernando, Felicia y Ángel. Ángel iba en una silla de ruedas, inmovilizado completamente; me acordé de la charla que días antes había tenido en el salón de mi casa con Isolina. Me hizo sentir muy culpable en

aquellos momentos diciendo que Ángel, dado su estado de salud, decía que no se quería morir sin vernos. Pero me resistía a caer en los chantajes de Isolina, así que apartaba todas aquellas ideas de culpabilidad de mi cabeza lo antes posible. Al lado de ambos, una chica que cuidaba de Ángel les acompañaba. Parecía realmente simpática y ajena a todo aquello. Felicia se acercó a mí, yo me quedé paralizada sin saber qué hacer y David se escondió en un cuarto, donde guardaban comida. Estaba confusa acerca del hecho de cómo debía actuar con aquella mujer y altamente presionada por Fernando. Intentó abrazarme y darme un par de besos, pero, por más que yo intentase guardar las formas, se me hacía imposible y me aparté. La miré a la cara y me asusté. Tenía una expresión extraña. Corrí hasta donde se encontraba David. Él estaba más confuso que yo. Y es que era comprensible, ya que aquella situación nos superaba a los dos. Se me hacía imposible mantenerme en mi lugar, me sentía fuera de contexto y desubicada. No los reconocía ni los sentía como parte de mi familia, por lo tanto, no les tenía ningún tipo de afecto. Además, la actitud de Fernando me alejaba más de ellos, tanto a mí como a David.

Era todo extraño. Yo tenía ya valores muy bien definidos pese a mi corta edad, valores que aún mantengo. Y es que no considero que la familia te la dé la sangre, sino las personas que están ahí día a día y que te demuestran su cariño. Aquellos que darían la vida por ti, al igual que tú por ellos si hiciera falta. Para mí ese era el concepto verdadero de «familia».

Cuando no íbamos a la casa de sus padres, solíamos ir a una finca, era enorme y estaba situada a las afueras de un pueblo zamorano muy pequeño de apenas veinte habitantes durante el invierno, llamado Fontanillas de Castro. Allí yo cogía una de las bicicletas y solía irme con ella lo más lejos que podía llegar, atravesando grandes caminos por donde raramente pasaba alguien. Cantaba, cantaba a mi madre y a mi padre. Les cantaba canciones en las que les decía cuánto les echaba de menos entre lágrimas. Me sentaba en una piedra y me imaginaba que estaba junto a ellos y podía abrazarlos y tocarlos, les contaba que estaba bien, al igual que David, y que no tenían de qué preocuparse. Era entonces en aquellos momentos, alejada del mundo, cuando comprendía lo dura que era la vida en realidad, y me abrazaba a mí misma, recordándome que jamás debería perderme. Durante aquellos momentos, no solo me convertí en una figura paterna y materna para David, sino que era mi propia madre y padre. Tenía que pensar las cosas coherentemente y no dejarme

llevar por mis emociones en muchas ocasiones. Debía concentrarme y saber distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal. Y lo más importante aún, mantener mis ideas y pensamientos firmes, sin dejar que me influenciaran todas aquellas cosas que oía de mamá, ya que muchas veces la criticaban o la insultaban delante de mí. Era un trabajo mental, un trabajo muy fuerte. Continuar yendo a Aldeas Infantiles, enfrentándome cada semana a ello. Me enteré de que mamá también acudía los martes y se me desgarraba el corazón, pensando que ella se habría sentado en aquellas sillas días antes. Aprendí por primera vez lo que era la soledad, y que si aprendía a conectar con mis propias emociones, entonces encontraría la paz, mi paz interior. Pese a todo, jamás estaría tan sola como pareciese, tan solo tendría que mirar al cielo y allí estaría mi madre. El mismo sol nos alumbraría a ambas y la misma luna guiaría nuestras noches. Y era entonces cuando ningún juez sería capaz de separarnos, porque, por muy lejos que estuviésemos la una de la otra, nuestros corazones permanecerían conectados por el resto de la eternidad.

Así pasaban los días. Quiero decir, solo era eso, la vida no continuaba, solo pasaban los días, uno tras otro. Al llegar la noche, antes de quedarme dormida, me despedía uno por uno de los miembros de mi familia. Solía decirles que les quería y una cosa en especial a cada uno. Cuando era el turno de mis primos pequeños, les decía que desde allí yo, como prima mayor, les estaba cuidando, preguntándome cuánto habrían crecido desde la última vez que les vi al despedirnos. Cómo irían las cosas en mi familia desde que David y yo no estábamos. La noche nos salvaba.

Pero la convivencia con Fernando era difícil, los episodios como los del centro de acogida se repetían una y otra vez, aunque de forma distinta. Sus amenazas y gritos eran continuos. Volvíamos a Madrid de vez en cuando. En Villalba me acordé de que Duna tenía que pasar por el veterinario para ponerse la segunda vacuna, ya que la primera se la pusimos con mamá y papá. Fernando se negaba a pagar la vacuna y a llevarme. Era tan agresivo a veces que asustaba, pero yo era demasiado cabezona cuando alguien o algo me importaban de verdad. Así que, pese a su enfado y su chantaje, conseguí que fuésemos al veterinario para que mi gatita tuviera su vacuna.

Volvíamos a Aldeas Infantiles. Mi escudo contra ellos era cada vez mayor y sus tácticas más rebuscadas. A veces, nos dejaban a solas a David y a mí, o a

nosotros dos junto a Fernando, y se iban a la sala paralela a observar cómo nos comportábamos. Solían dejar la cámara grabando. Decían que yo manipulaba a David y otras mil cosas. Antes, era mi madre y, ahora, yo. Cada vez su juego absurdo me cansaba más, y parte de mí se moría de pena por la ausencia, mirando esas sillas en las que probablemente mamá se había sentado días antes.

CAPÍTULO DÉCIMO

Llegaba el final del verano y eso me aterraba, ya que no había noticias de regresar al lado de mamá y papá. Durante la cena, Fernando avisaba de la llegada inminente del comienzo del curso y nos decía que tendríamos que empezar a acostarnos más pronto. Detestaba la idea de que Fernando intentase hacer lo que mamá hacía. Y me aterraba, ya que en numerosas ocasiones dejaba caer la posibilidad de que nuestro nuevo colegio estuviese en Zamora. Me sacaría completamente de mi entorno y tenía miedo. Porque un colegio allí supondría vivir allí. Alejada de toda mi familia y, entonces, ¿cuándo les vería? ¿Y si aquella señora había ido de verdad a testificar y no volvíamos a ver a mamá? Con el final del verano y sin tener noticias de regresar, me asusté mucho.

Entonces, llegó un día un tanto especial. Acudimos a Aldeas Infantiles, como cada jueves. Estaba asustada. Nos sentamos, y, como normalmente, nos empezaron a hacer preguntas, esta vez distintas a las anteriores veces. Parecía que nos tuviesen que decir algo. Llevaba ya más de dos meses sin ver a nuestra madre y a nuestro padre, y la transformación dentro de mí, ante todo lo que había tenido que pasar sin contárselo a nadie, era inminente. Nos preguntaron si queríamos volver a ver a mamá. Mis ojos se iluminaron ante la idea de ver a mi madre, a la cual ya veía como cuando ves a tu artista favorito, que casi no te lo puedes llegar a creer. Mi corazón latía más deprisa ante aquella idea tan maravillosa, pero me estaba haciendo ilusiones demasiado rápido. Aquellos instantes parecieron años. Fuera lo que fuese aquello que nos iban a decir sería bueno, pensé. Llevaba sin saber nada de ella dos meses y medio. Mis pensamientos eran torbellinos y mi corazón estaba agarrotado por la emoción. Entonces lo dijeron, volveríamos a verla. En aquellos instantes, no sé describir muy bien cómo me sentí, no hay palabras. ¿Cómo describir la

alegría de una hija al saber que va a volver a ver a su madre tras meses sin ella? Tan solo haceos una idea de ello. Nos dijeron que todo había sido gracias a Fernando (mentira). Que él había luchado y conseguido que volviésemos a ver a nuestra madre (mentira de nuevo). Porque no quería que nos pasase lo que nos pasó con él (durante este pasaje de la historia los personajes mienten más que de costumbre). Lo cierto es que estuvimos muy cerca de no volver con nuestra familia.

Casi fue un milagro volver a ver a mamá.

Aunque estaba tan sumamente concentrada en aquellas palabras, «vais a volver a verla», que todo lo demás en aquellos momentos carecía de valor. Volveríamos a verla, a abrazarla y besarla como la última vez, pero esta ocasión sería distinta porque las lágrimas serían por la emoción del reencuentro y no por el desgarró de la separación. La veríamos a la semana siguiente.

He de decir que aquella semana fue eterna. Aún dudaba de si de verdad veríamos a mamá o tan solo nos estaban evaluando, aunque me parecería muy mal y de tener muy poco corazón que fuesen capaces de tal cosa, pero no me sorprendería. Estábamos constantemente siendo puestos a prueba, y más aún en Aldeas Infantiles, que hacían de todo menos ayudar, al menos a nosotros, eso era como un campo de batallas, el cual, de alguna forma u otra, me estaba amaestrando para la vida, haciéndome más lista y más fuerte. Quiero decir, aquellos dos meses y medio me sirvieron para aprender a escuchar y a fijarme en las personas, en los pequeños detalles que todos pasan por alto y que en realidad son los más importantes. Aprendí a saber analizar las situaciones, mantener la calma en los momentos tensos y tomar el control. Sin duda, aquellos dos meses y medio fueron tan duros que me fortalecieron, y aunque en algunos aspectos emocionales me dañaron muchísimo, de algún u otro modo, fue un aprendizaje bestial para mí y la formación de mi personalidad. Me enseñaron más que cualquier libro.

Así que aquella semana la llevé lo mejor que pude, tratando de estar tranquila, aunque la paciencia era imposible de mantener, unida al estado de euforia máximo. La semana transcurrió como las otras anteriores, yendo a mi pequeño rincón de la biblioteca por la mañana y haciendo cualquier otra cosa por las tardes. Pasando las horas muertas con la consola, tratando de

evadirme. Pensando en aquel jueves y en lo que pasaría. En cómo vería a mamá.

Fernando insistía todavía en que nos acostásemos pronto, pero yo seguía negándome a aquella idea, dado que para mí era darles un poder que no tenían. El poder de mis padres. Isolina no dejaba de insistir en que yo tenía que llamar papá a Fernando o por su nombre. Y me hacía practicar. No sé por qué pero se me hacía terriblemente duro pronunciar su nombre y mirarle a los ojos cuando hablaba, de hecho, nunca lo hacía, siempre bajaba la vista ante él. Isolina tocó su máximo de lucidez, diciéndome que la llamase mamá. Querido lector, ríete. Porque ahora lo pienso y me río, bajo ningún concepto llamaría mamá a Isolina, ni a ninguna otra persona que no fuese mi madre. Ante eso ya no había chantaje o amenaza posible, de ningún modo lo haría.

Llegó la noche del miércoles. Estaba tremendamente nerviosa. Pero mi subconsciente se encontraba tranquilo y sereno ante aquella idea. Mi paz y tranquilidad interior eran inmensas; además, aquella misma tarde por primera vez en mucho tiempo me daba un baño. Creo que a Fernando e Isolina les preocupaba gravemente el estado en el que nos pudiera ver nuestra madre. Era como si aquella mañana, cuando me despertase, pudiera dejar que poco a poco, a lo largo del día, mi inocencia volviese a mí, porque ya no había peligro si mamá estaba cerca. Volvería a ser una cría de diez años tras todo este tiempo. Plenamente. No dejaré de sostener ese momento en mi memoria como uno de los más felices de toda mi vida. Me sentía bendecida por el hecho de que por primera vez en aquellos meses volvería a ver a mi madre. Y poco a poco, aquella noche imaginándome cosas y sin apenas sueño, el cansancio de aquellos dos meses y medio pudo conmigo y me sumió en un profundo sueño.

Aquella mañana me desperté entusiasmada. Mi corazón rebosaba todo el amor que tenía reservado para aquel momento. Todo parecía ir de nuevo en la dirección correcta y, aunque jamás había sido capaz en todo ese tiempo de controlar aquello que pasaba a mi alrededor, por primera vez me gustaban las decisiones que aparentemente se estaban tomando.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Bajé a desayunar, aunque nadie se había levantado, excepto David, que estaba tan emocionado como yo. A David había que conocerle bien para saber cómo se sentía, porque, salvo en los momentos claves en los que es imposible ocultar cómo te sientes, mi hermano no se expresaba con facilidad. Nos hicimos el desayuno y terminamos de recoger la habitación. Cogí mi consola y David la suya, ya que seguía sin despertarse nadie y no podíamos hacer nada. Aún era temprano, pero el entusiasmo no entiende de horarios y menos para unos niños.

Isolina y Fernando amanecieron, esta vez no con los mismos ánimos que nosotros. Fernando parecía un tanto crispado y descontento, aunque sus formas tan poco educadas mañaneras, junto a su aspecto, no era la mejor forma de despertar. Nos vestimos y bajamos al salón. Pese a todas las muestras de alegría que días antes les había mostrado a los de Aldeas Infantiles, nada más lejos de la realidad, su actitud era completamente distinta. Pero no había tiempo para preocuparse de eso ahora.

Quedaban pocas horas, pues a las cinco deberíamos estar allí. Apenas tenía hambre de la emoción y me fui a mi cuarto a prepararme, quería estar guapísima para cuando mamá nos viera. No podía dejar de imaginármela como siempre, con su larga melena rubia rizada, sus grandes ojos y la raya que los delimitaba y les daba un brillo y una sensación especial. Tras la larga mañana y después de terminar de comer, por fin pusimos rumbo a Villalba, durante el camino no era capaz de pensar en nada. Nada de lo que me pudiera imaginar sería tan mágico y maravilloso como los momentos que acontecían. Llegamos y Fernando aparcó en un parquin un poco más lejos de lo habitual, cosa que no entendí porque había bastantes sitios más cerca. Contenía fuerte la respiración mientras notaba cómo el corazón se me salía del pecho.

A medida que avanzábamos, me iba fijando para ver si veía el coche de mamá. ¡Efectivamente! Allí estaba aparcado, le hice una seña a David para que lo viese y me fijé que en el interior de la parte trasera, seguía una caja de cereales recortada a la que yo había dado forma y que había dejado ahí meses atrás. Mamá no había tocado nada.

Al entrar en Aldeas, nadie mostraba una alegría que destacara sobre el ambiente crispado habitual, supongo que no era parte de su trabajo sonreír, por eso no te pagan. Nos hicieron esperar unos momentos hasta que entramos en la

sala con la cámara y los otros trabajadores mirando al otro lado, como siempre, todo muy natural y nada incómodo. Entonces, hicieron salir a Fernando de allí, ¿a dónde le llevarían? ¿Se cruzaría con mamá? Aquello incumplía la orden de alejamiento, aunque no sería la primera vez que se la saltase. Pero eso no tenía espacio en mi cabeza. Apenas quedaban unos instantes.

Y entonces la puerta se abrió, entró Alejandro y, detrás, mi madre. ¡Mi madre! David y yo corrimos a abrazarla. Llorábamos. Llorábamos del más profundo sentimiento de alegría y agradecimiento. De nuevo, mi madre entre mis brazos, tras todo aquel tiempo. Lloraba porque junto a ella dejaba de temer a Fernando y a todas aquellas personas. Me sentía protegida de nuevo. Sentía que ya no estaba sola. David y yo la rodeábamos con nuestros brazos y ella a nosotros, deseando no soltarla nunca más. Mi madre. Después de todas aquellas noches pensando que no volvería a verla. De los gritos de Fernando junto a las amenazas con Isolina, después de todo aquello ya no tendría por qué temer más. Mi madre estaba de nuevo conmigo y no me importaban ni la cámara, ni el cristal, ni aquel maldito lugar. Ya no estábamos David y yo solos contra el mundo, estábamos acompañados de una mujer terriblemente fuerte y bella.

Llevaba puestos unos vaqueros ajustados, un bolso pequeño negro con unos detalles de distintos tonos de marrón, una camiseta gris de pico, que la favorecía mucho, junto con un cinturón plateado, que la hacía ir muy elegante, como ella es. Calzaba unos zapatos blancos de hebilla que marcaban su pequeño pie. Seguía tan delgada como siempre, aunque su tez era más morena, pese a que aquel verano no se fue de vacaciones ni salió de Madrid. Su larga melena rubia y rizada y sus hermosos ojos, tal y como los recordaba. Aunque en el fondo reflejaban toda la pena por lo pasado, aquel día, tenían un brillo especial. Nos contemplaba diciéndonos cuánto nos quería y lo mucho que nos había echado de menos, como nosotros a ella. Apenas contenía la emoción. Aquellos momentos era tan gratificantes..., mi madre, allí, junto a mí. Éramos demasiado pequeños en el fondo para todo aquello. Ella trataba de darle normalidad a la situación. Así que le pidió a David la consola que llevaba colgada del cuello, diciéndole que no era bueno que estuviera tanto tiempo enganchado a ella. Incluso en las situaciones más extremas en las que nos habíamos encontrado era capaz de actuar con naturalidad, y eso era

reconfortante. David, como hacía siempre, le puso ojos tiernos a mamá, pidiéndole que le devolviese la consola, cosa a la que ella siempre accedía, aunque había excepciones, y para mala suerte de David, ese día era una de ellas.

Estaba sentada a su lado y no podía dejar de mirarla mientras nos preguntaba qué tal estábamos y cómo nos había ido todo. Sin embargo, yo preferí contarle la verdadera situación en otro momento, así que tampoco dimos muchos detalles. Sabía que hablar mal de Fernando en aquel lugar con aquellas personas no era la mejor idea. Le podíamos preguntar qué tal estaba nuestro padre; como siempre, nos comentó que andaba trabajando mucho, puesto que era y es el hombre más trabajador que jamás he conocido. Cuánto me hubiera gustado tenerles allí a los dos. Le preguntamos por nuestros abuelos, los cuales se habían ido de vacaciones a Cullera con nuestros primos pequeños. Pero ni mamá ni papá se habían marchado de vacaciones aquel verano. Nos contó que todo estaba igual, aunque nos echaban todos mucho de menos.

Aquel rato con mamá me supo a poco, ¡estaba tan guapa! El tiempo juntos se acabó y tuvo que marcharse. Aquel momento no me lo había llegado a plantear, el de volver a despedirnos. Solo quería agarrarme a ella para que no se fuera, aunque sabía que debía hacerlo, ahí comencé a llorar. Ya no me veía con más fuerzas de enfrentarme yo sola.

Mamá me daba vida cuando estaba conmigo. Duramente nos volvimos a despedir mientras ella nos prometía volvernos a ver pronto. ¡Y tan pronto que nos veríamos! Se había llevado consigo la consola de David. Amenizó mi dolor.

Después de que mamá abandonara la sala, entró al rato Fernando. Pero yo ya estaba demasiado emocionada con la idea de volver a verla. Aunque casi no me atrevía a preguntar si eso pasaría, ya que no me fiaba de aquellas personas. Estaba casi segura de que sí, aunque durante aquellos meses aprendí que nunca podía estar segura de nada ni hacerme ilusiones con las cosas. Nos fuimos sin saber bien cuándo vería de nuevo a mi madre. Pero con la seguridad de que tarde o temprano lo haríamos. Y sumiéndome en aquellos pensamientos, pusimos de nuevo rumbo a San Sebastián de los Reyes, donde estaba Isolina.

Pasaron los días y no había noticias de mamá, como en todo aquel horrible verano de 2008. Por dentro, me moría de pena. De pena de no poder abrazarla de nuevo mientras cada día que pasaba era un día vacío. Volvimos a Aldeas Infantiles aquel jueves y, finalmente, la veríamos a la semana siguiente, quince días después. Tras esos quince días interminables, ella seguía igual y, para alivio de David, traía la consola. La agonía de aquellos quince días era interminable y agotadora. Probablemente lo más duro que jamás haya hecho en toda mi vida.

Volvimos a nuestra casa de Villalba, donde apenas habíamos pasado tiempo aquel verano. Isolina y Fernando comenzaron a recoger sus cosas de aquella casa, que estaba hecha un desastre y sucia. Habían llenado el mueble del salón de medicinas, la nevera vacía, el colchón de la habitación principal tirado en el suelo. Pero todos mis miedos desaparecían con cada rincón que se quedaba vacío.

Y así llegó el tan esperado día, 12 de septiembre del año 2008. Volvíamos con nuestra madre, padre y abuelos.

Pese a que esta parte del relato la narro de forma muy breve, pues mis recuerdos son muy borrosos, fueron unos días muy duros. Fernando estableció una serie de condiciones con las cuales Aldeas Infantiles estaba de acuerdo, aunque no se llevaron a cabo, como que mamá debería abandonar el domicilio de Villalba cada fin de semana para que entrase él. Al fin y al cabo, la casa era todo lo que Fernando quería conseguir.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Todo estaba a punto de terminar, o al menos por aquel verano. Todo lo que había pasado, el miedo y las noches sin dormir, las amenazas, los llantos y la añoranza de alguien querido, todo ese dolor que en parte me había hecho más fuerte estaba a punto de esfumarse. Me hice terriblemente fuerte con aquello; sin darme cuenta, me había creado una fortaleza tan resistente que sería incapaz de romperla fácilmente. Todos los reencuentros que nos esperaban serían de una forma gratificante y bonita. Y esta vez los nervios no serían de temor. Jamás les había dado tanto valor a las personas que quería ni a los

momentos junto a ellas hasta aquel verano.

Fernando nos dejó en el lugar donde mi madre nos recogería, no nos despedimos. Me acordé de todo. De cuando, meses atrás, me habían dicho que a lo mejor no volvería a ver a mamá. De la angustia y lo gris que me parecía todo. Y de repente vi a mamá tras aquellos días. La abracé como si fuera el último día. Realmente no hay palabras para describir el amor que yo le tenía y tengo a mi madre. Me sentía liberada.

Subimos al coche, mamá nos había comprado unas sillitas nuevas y preciosas, la mía de un tono granate, más grande que la de David, y la de él de un verde chillón combinado con gris. Mientras íbamos en el coche, mamá llamó a papá, que trabajaba y saldría antes para vernos. Oía su voz después de tanto tiempo. Aquel sonido tan cálido y cariñoso. Una lágrima resbaló por mi mejilla. Con cada palabra que decía, parte de mi inocencia volvía a mí dando pequeños saltitos por mi subconsciente. Mi padre. Al llegar a casa, mamá se la encontró hecha un completo desastre. Abrió la puerta con la nueva llave, ya que Fernando había cambiado la cerradura. La cocina estaba sin recoger, con las sobras de la noche anterior y las tazas del desayuno encima de la encimera. El salón estaba muy sucio y, como no habíamos estado allí en casi todo el verano, mi gata Duna había marcado territorio. La nevera vacía. Mamá se llevó las manos a la cabeza. Tocó la puerta de la vecina, que la abrió con gran emoción al verla de nuevo tras tanto tiempo. Había muchas cosas que contar, pero ya habría tiempo después.

Le pidió la cámara de fotos para tomar unas instantáneas de la casa y su estado. Aunque no serviría de nada, ya que no la creerían. Pero yo estaba en una nube en aquellos momentos. Después de dejar la casa, nos fuimos hacia Las Rozas, donde estaban mis abuelos. Al bajarme del coche, corrí hacia ellos y les abracé, tocando su piel y respirando el agradable olor a perfume de mi abuela. Estaba tan feliz. Los dos meses anteriores se habían borrado de mi mente y solo pensaba en disfrutar. Fuimos a comer a un restaurante por invitación e insistencia del abuelo y, al rato llegó, papá. Otro gran reencuentro. Un halo de felicidad recorría mis venas mientras él me abrazaba con fuerza. La expresión de sus ojos me hacía sentirme segura, a salvo de todos los males. Allí estaba, frente a mí, tras casi tres meses, el hombre al que más quería en el mundo.

Fuimos al piso que habían alquilado en Boadilla del Monte. Era precioso, no muy grande, pero sí lo suficientemente espacioso para los dos. Apenas hablamos de lo que había pasado aquel horrible verano, aunque los dos estaban impacientes por saber. Nos mostraron aquello que habían comprado y vi un precioso ordenador negro de última generación. «¡Wow!», pensé. Estaba deseando probarlo. Nos duchamos después de conocer toda la casa y, tras ver un rato la televisión, nos fuimos a dormir. David y yo dormimos en el salón.

Todo había terminado de verdad. Por primera vez en mucho tiempo, dormiría tranquila sin miedos ni preocupaciones. Me relajé pensando en todo, cerré los ojos y me sumí en un profundo sueño donde ya no me despedía de nadie, sin gritos ni amenazas; por primera vez en mi vida, fui consciente de que estaba experimentando las sensaciones más cálidas y puras, el amor y felicidad.

Al despertar al día siguiente, aún seguía sin ser consciente de aquella realidad, pues yo me había encerrado en un mundo en el que desconfiaba de cualquier persona, había construido un muro en torno a mi hermano y a mí casi infranqueable, dormía pero no descansaba, y creo que aquella mañana de septiembre aún me preguntaba si todo había sido un sueño que me llevaría de nuevo a la pesadilla o si de verdad papá, mamá y David eran reales de una vez por todas.

Fuimos corriendo a la cama de nuestros padres, David se despertó al segundo de que yo abriese el ojo; allí estaban los dos y la habitación totalmente iluminada, abrieron el edredón de par en par y nos hicieron un hueco. Mamá olía tan bien que acosté la cabeza sobre su pecho para poder notar su corazón. Papá, sentado al otro lado, jugaba con David. No puedo explicar cómo aquella imagen tan cotidiana de los padres con sus hijos me parecía tan exclusiva y atípica, cómo había añorado despertarme y ver una cara amiga. Después de todo, volvíamos a ser una familia, aunque nunca dejamos de serlo.

Tras aquello, volvimos a empezar las clases, yo empezaba quinto de primaria. Libros, mochilas, uniformas, lápices y todo aquel mundo que me era tan familiar. Hacía lo que cualquier niño normal hacía a mi edad, me preocupaba por lo que cualquier niño debía preocuparse, y era escoger la mochila de tu artista favorito, nada más. Pero aquel idílico sueño tenía los

días contados.

Mi diario, fecha: 5 de noviembre, 2008.

Hola, querido diario:

Hoy ha sido un día malo. Primero, mi madre tiene 39°-40° de fiebre. Segundo, este finde no estoy con mami. Y ahora a la madre de Paula le han detectado cáncer.

Un beso, Paty.

Canción que escribí aquel mismo día:

Tengo el alma encandilada a mi propia vida.

Tengo el corazón por dentro que me estalla de miedo.

De miedo de no verte y no poder tenerte, como yo te quiero.

Y es que solo pido una cosa a la luna.

Y lo sabes tú bien que no es fortuna.

Te quiero, por siempre sabes que yo te adoro, que tú vales oro, mamá.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

Se establecía un nuevo régimen de visitas, esta vez iríamos un fin de semana cada quince días, lo que corresponde dos fines de semana al mes y cuarenta días del verano con Fernando. Nos recogería en el Punto de Encuentro. Respecto a la repartición de la Semana Santa, les tocaría a cada uno un año, los pares para mamá y, además, elegiría el turno de vacaciones, y los impares del mismo modo, pero el turno de elección sería de Fernando. He de decir que ni yo ni David estábamos de acuerdo en esto, nadie nos preguntó ni tomó en cuenta nuestra opinión por aquel entonces, ya que, de haber sido así y habernos escuchado, no hubiésemos querido ir ninguno de aquellos días. Y de

todas maneras, aquel que nos escuchaba nos ignoraba. Para la justicia, por llamarlo de algún modo, éramos paquetes, paquetes que tenían la obligación de ir con al que la misma justicia de nuevo consideraba su padre y la familia paterna, pero a nadie le importaba cómo nos estaba dañando aquello, ni el miedo y la desesperación que sentíamos; a nadie le importaba porque nadie, salvo mi madre, mi padre, mis abuelos y alguna que otra persona, se detuvo a escucharnos. Y porque esto no era demostrable, no había ningún perito que estuviese en mi casa cada vez que llegábamos desesperados por abrazar a nuestros padres, y ningún psicólogo dormía junto a mi hermano cada vez que me pedía que no me durmiese antes que él, porque tenía miedo de que Fernando o cualquier otra persona entrase en el cuarto, no. Eso para la justicia no existía, por eso me cuestiono diariamente por qué se llama justicia a un sistema que de ninguna de las maneras es justo y razonable. Es por ello que dejé de creer en los jueces, en los peritos y en cualquier otro que se tomara el derecho de tomar decisiones sobre la vida de unos niños, de una familia, sin conocerlos, sin haber hablado con ellos; para mí aquella sentencia había sido dictaminada por alguien que no tenía un rastro de humanidad en sus venas, y esto no ayudaba a los niños, daba fuerzas al maltratador, pues aquí era él el que estaba respaldado por una justicia que día a día me había dejado sin aliento meses atrás.

El régimen de visitas comenzó mientras paralelamente continuábamos acudiendo a Aldeas Infantiles, y el primer fin de semana nos recogieron Fernando e Isolina. Fuimos al Fnac, en el pueblo donde ella vivía, no queríamos hablar ni verlos, me había pasado todo el verano deseando perderlos de vista. Ellos dos comenzaron a hablar, decían que sabían que esto pasaría, y ella murmuró: «¿Ves, Fernando?, te lo dije, ahora no quieren ni hablar». Tenía miedo. David y yo dábamos vueltas por toda la tienda, tratando de distraernos, pegados el uno al otro, viendo consolas, portátiles, lo que fuese. A veces, me enfrentaba a ellos, a él. Las frases típicas de Fernando se repetían una y otra vez formando un motivo de discusión: «si no me hubiesen quitado mi casa de Villalba», «la casa de Villalba es mía», «os creéis todo lo que os han contado de mí», «vuestra madre os ha lavado el cerebro». Ese era su diálogo cuando estábamos a solas o cuando Isolina, que estaba delante, lo escuchaba. Yo no podía dejar de preguntarme cómo ella era capaz de estar con él. Pensaba que quizás no sabía lo que había ocurrido y me parecía absurdo al instante, ya que había habido juicios. Pese a todo, había visto mentir muy bien

a Fernando, cómo sobreactuaba delante de otras personas, capaz de hacer creer que éramos una familia feliz, mientras que David y yo, por nuestra edad y por miedo, callábamos; yo sabía cómo era Fernando, aunque nunca llegué a comprender la actitud de ella. Quiero decir, yo jamás hubiese estado con alguien así, valores lo llaman. Y ella, como era de esperar, tenía la misma frase para cada vez que hacía algo: «Esto no lo hago porque os quiera a vosotros, sino porque quiero a vuestro padre». De esta frase puedo recalcar bastantes cosas, como que no es mi padre, mi padre no estaba conmigo. Me daban ganas de responderla de mil maneras, pero un «¿gracias?», de una forma sarcástica, era lo único que se me ocurría.

Estos episodios se repetían una y otra vez, podría contar las mil anécdotas y los malos ratos, las discusiones continuas. Una de las más fuertes, a mi parecer, fue cuando Isolina y yo comenzamos a discutir; a decir verdad, no puedes querer a alguien a la fuerza, y yo a ella no la quería. Por más tiempo que compartiésemos, la veía como una enemiga, como una intrusa más. Soltaba la típica frase que últimamente parecía gustar tanto de «quiero ayudaros» y se creía que por ello se ganaría nuestra confianza. Ella sabía hablar, tenía una buena labia he de decir; a su modo, era como Fernando, fingía bien y yo al principio me creí todos sus discursos, pero de la misma forma que Isolina utilizaba aquel poder del discurso para encandilar en el buen camino, sabía emplearlo del modo contrario, así que, volviendo a nuestra discusión, decidió que el mejor modo era decirme: «Eres como la niña del demonio». Aunque ahora lo trato de un modo sarcástico, por aquel entonces aquello me hizo mucho daño, no tanto en sí por lo que decía, sino por el contexto; yo no tenía a mi madre allí, ni a nadie; comencé a llorar al oír eso mientras seguimos discutiendo y ella seguía diciendo cosas horribles, cosas que, cuando llegué a casa, conté a mamá.

Aquel fue uno de los tantos fines de semana terribles y ni David ni yo estábamos psicológicamente bien, aunque yo pensaba que el hecho de que el verano había terminado nos devolvía a la calma; nada más lejos de la realidad, aquello continuaba. Y continuaría durante mucho tiempo... Íbamos a Aldeas Infantiles, mamá nos llevaba y a veces Fernando estaba allí, aunque eso conllevaba, como semanas atrás, incumplir la orden de alejamiento. Me había dejado literalmente sin uñas y había encontrando la fea manía de descargar mis nervios y tensión en mi cuerpo, pellizcándome los brazos. A

veces, me hacía sangre, no me quería dejar señales ni trataba de hacerme daño, ni nada por el estilo, tan solo era una forma de descargar todo aquello, como el que come chicle. He mantenido esa manía durante muchos años, era mi mecanismo y no podía parar. Además, tenía y tengo dermatitis atópica, la piel extremadamente sensible, y cualquier cambio o reacción me afecta más, así que eso ha causado que hoy, a mis dieciséis años, aún tenga las marcas en los brazos. Marcas que, según mamá, se irán con el tiempo, pese a que para mí son la patente de que el dolor estuvo ahí y que no es invisible. Esto me da vergüenza contarlo, no voy diciendo por ahí que mis marcas me las causé yo misma, aunque solo son como manchas más oscuras en la parte superior de mi brazo; no hay persona que no me pregunte qué me ha sucedido. «Marcas de guerra», suelo pensar mientras me río.

Volviendo al tema de Isolina, mamá se enfadó mucho, decía que no iba a permitir que ella me hiciese daño; se lo comentó a su abogada y dijo que, si la situación seguía así, denunciaría a Isolina para que no pudiese acercarse a nosotros. Me cuesta llegar a plasmar cómo eran aquellas situaciones de extremistas para que podáis entender la actitud de mi madre y mi desesperación por salir de allí. Era insufrible todo aquello. Cada fin de semana que nos íbamos con Fernando, volvíamos peor. Seguíamos acudiendo a Aldeas Infantiles, sin embargo, ellos no nos ayudaban a nosotros, ayudaban a Fernando, y yo estaba segurísima de aquello. No me fiaba de ninguno de ellos, que decían ayudarnos y más historias, no me fie nunca. Nos demostraban su simpatía hacia Fernando y también el sentimiento contrario hacia nuestra madre, como si estuviesen en contra de que por fin hubiésemos vuelto con ella y nuestro padre, en desacuerdo con nuestra felicidad. No era tonta, era una cría de diez años, pero me daba cuenta de las cosas. Ellos, lejos de habernos ayudado en algo, solo nos habían hundido más, sumidos en aquel agujero con Fernando, y cada fin de semana era peor, volvíamos peor.

Durante aquel periodo de tiempo que seguimos acudiendo a Aldeas Infantiles, también teníamos que irnos con Fernando. En las navidades del año 2008, pasamos la Nochebuena y algunos días más con él y su familia. Aquellos días echaba especialmente de menos a toda mi familia, en las celebraciones y la cena familiar. Cuando me senté a aquella mesa junto a mi hermano y el resto de comensales, me sentía tan fuera de lugar y perdida que hasta hubiese preferido quedarme en mi cuarto y no bajar, pero no podíamos

decidir. Así que cenamos allí con todos; ellos fingían, David y yo, a nuestra manera, también. Ellos eran una «familia», pero yo no formaba parte de todo aquello, de ninguna de las maneras, y pese a que durante el verano nos había tocado enfrentarnos a situaciones tan desagradables como lo era para nosotros aquello, el hecho de que fuese Navidad agravaba aquello aún más. También visitábamos a las sobrinas de Fernando, de nuevo, fingiendo ellos que nada pasaba.

Cada quince días volvíamos a la rutina de la que me libraba durante la semana y algún fin de semana. Fernando no tenía una casa propia por así decirlo; a veces, nos llevaba a casa de Isolina cuando el piso que compartía con otras personas estaba ocupado, ya que dormían en la habitación que usábamos David y yo cuando íbamos. Fernando nunca notificó a mi madre a dónde nos llevaba, lo cual era su obligación y estaba en la sentencia. Nosotros tampoco sabíamos nunca a dónde íbamos. A veces, discutíamos con Isolina, otras, con Fernando, y así pasó aquel año, aquellos meses. Llegó la Semana Santa del año 2009 y, de nuevo, había que enfrentarse a regresar; esta vez no acudiríamos a la casa de Isolina ni al piso compartido de Fernando, sino que, como en Navidad, regresábamos a Zamora, donde vivían sus padres y la gran parte del resto de la familia. Isolina nos acompañaba, yo no sé si trataba de encajar de alguna manera en todo aquello o cuáles eran sus intenciones. Cada vez que Fernando se cruzaba con algún amigo por las calles de Zamora o de cualquier otro lugar, contaba la misma historia: que nuestra madre nos había metido cosas en la cabeza, que todo era culpa de ella. Y yo, en la peor demostración de mi educación, no saludaba a aquellas personas que mostraban tanto afecto y se creían de manera tan vulgar lo que Fernando contaba, y a saber qué más había contado. Estaba segura de que nunca había contado de manera tan abierta «yo le pegué una paliza a mi exmujer» o «yo les hago pasar un calvario a estos niños y delante de vosotros solo doy una cara». No, eso Fernando no lo decía, él sabía mostrar bien una cara que yo ya empezaba a conocer, la cara de que la culpa era de mi madre, que nosotros estábamos manipulados, que él no había hecho nada y que, por supuesto, era la víctima de todo aquello. Así actuaba Fernando, así se ganaba la confianza de aquellas personas y, de ese modo, aquellos ignorantes caían y nos miraban mal. Los fines de semana pasaron y, de nuevo, llegaba el verano, 2009.

Seguía sin ver aquella época como feliz, para mí no significaba lo mismo

que para el resto de niños, yo solo lo veía como la oportunidad de Fernando. Como si mi verano tuviese cuarenta días de frío, dolor y oscuridad. Mamá decía que nos lo tomásemos como unas vacaciones; papá, que se pasaba rápido; los abuelos, que, cuando nos quisiésemos dar cuenta, ya estaríamos de vuelta. A mis primos pequeños les contaba que nos íbamos de campamento, un largo campamento. Pasamos el primer turno de verano con mamá y papá, es decir, la parte de junio y todo julio, y en agosto, hasta unos días de septiembre, estábamos con Fernando. Cuarenta días cuadrículados, ni uno más ni uno menos.

Durante aquel junio, mamá recibió una llamada en la que le comunicaban que la orden de alejamiento que se había puesto a Fernando para que no se acercase a ella había acabado, y que a partir de ahora Fernando ya no nos recogería más en el Punto de Encuentro, sino en el domicilio familiar o en un punto medio acordado. Mamá se había quedado embarazada y estaba de dos meses; sin embargo, fruto del susto, perdió el bebé a los pocos días.

Yo disfrutaba al máximo el mes de julio, pero, cuando quedaban quince días para marcharnos de nuevo, todo se me hacía cuesta arriba, más difícil. Incluso dormir por las noches. A veces, soñaba cosas, situaciones que ya habían pasado. Tenía miedo otra vez. Pensaba que me tendría que enfrentar a Fernando sola, de nuevo; David era aún muy pequeño. Nueve años. Y a veces lloraba o tan solo me quedaba en mi cama deseando que, al cerrar los ojos, aquellos quince días se alargaran toda la eternidad. Habíamos pasado un mes y pico sin despedirnos, sin la rutina de decir a nuestra familia que pronto los veríamos, y todo aquello de nuevo volvía.

Nos despedimos siguiendo los pasos de meses atrás, pero esta vez durante cuarenta días. Aquel verano fuimos a Zamora, donde estaban los sobrinos de Fernando, que vivían fuera de la península, además de sus padres. Sin embargo, los padres de Fernando tenían una casa en el embalse del río Esla. Fuimos allí, tratando de integrarnos. Por aquel entonces, no había móviles tan avanzados como los de ahora, así que para hablar con nuestros padres teníamos que pedirselo a Fernando. Casi siempre nos lo dejaba, ya que se lo pedíamos cada semana y media, porque, si se lo pedíamos antes, decía que era demasiado y que ya hablaríamos con nuestra madre al regresar. Discutíamos por la misma historia de siempre, su manía de arremeter contra nuestra madre

una y otra vez; en su repertorio incluso había incluido a papá, haciendo burlas sobre él, de nombrar la casa de Villalba diciendo que le habían echado de ella; yo pensaba; «Te has echado tú solito». Llegaba a pensar que lo que quería de todo aquello era aquella casa, la nombraba más que a ninguna otra cosa.

Sin embargo, mamá solía decirnos que no nos preocupásemos, estaríamos protegidos. Y yo hoy, con la nostalgia de lo siguiente que voy a contar, corroboro que dentro de todo lo que era para mí la pena y el disgusto, apareció un rayo de luz, pues cerca de la casa del río había un pequeño pueblo al que acudían las familias durante el verano. Un día, aburridos, decidimos ir hasta allí con las bicis viejas que había en la casa; fuimos David, los sobrinos de Fernando y yo. Recorrimos el pueblo de arriba abajo, hasta que en un momento decidimos seguir a unas niñas pequeñas que nos llevaron hasta un zarzal a las afueras del pueblo. Allí comenzaron a coger moras, y nosotros, al ver la buena pinta que tenían, aparcamos nuestras bicis para coger unas pocas que nos comimos al instante. Estábamos cogiéndolas entretenidos cuando aparecieron tres chicos por la calle. Los tres eran morenos, un poco más altos que yo, esbeltos, y dos de ellos tenían un parecido bastante razonable. Caminaban hacia nosotros; y enseguida cogimos nuestras bicis. Pero fuera de cualquier modo de comunicación razonable, David, junto a los sobrinos de Fernando, comenzaron a insultarles de la única manera que insultan los niños de once y nueve años, sin razonamiento. En esos momentos, se me pasó por la cabeza que corriera detrás de nosotros, pues ya que no nos alcanzarían, ya que teníamos la ventaja de aquellas bicis viejas, o que responderían del mismo modo, lo cual iba a ser lo más lógico y lo que hicieron. Hasta que al final conseguí convencerles a los tres de que nos fuésemos, pues parecían mayores que nosotros.

Al día siguiente, regresamos al pueblo; el pan lo vendía un hombre en la furgoneta ambulante y pasaba alrededor de las doce. En cuanto a Fernando, no estaba en la casa del río, se había ido a trabajar durante unos días. Llegamos tarde y la furgoneta ya se había ido, pues no pasaba a las doce, sino a las once y media. Esta vez, fuimos uno de los sobrinos de Fernando y yo, el más mayor. A la vuelta, aquellos muchachos del pueblo nos sorprendieron y, cuando quise darme cuenta, uno de ellos circulaba con su bici a mi lado mientras sonreía. Del susto que me dio frené mi bici, pero él, cuya bici, muy a mi pesar, era

peor, derrapó hasta casi caerse. Se llamaba Hugo, era un año mayor que yo. Más alto que los otros dos y con una sonrisa que, pese a que me había fijado poco del susto que me dio, me pareció realmente preciosa. Los otros dos, Jesús y Mario, eran hermanos y primos de Hugo; ellos eran dos años mayores, morenos también y muy parecidos, ya que eran mellizos. Además de Hugo, Jesús y Mario, faltaba un primo más, al que conocimos más tarde, se llamaba Carlos. De alguna manera u otra, aquellos cuatro chicos, más el resto de chicas que conocimos en aquel pueblo, se convirtieron en nuestros amigos. Siempre recuerdo el modo en el que los conocimos, y el modo en el que ellos, fuera de todo aquel mundo en el que estábamos sumidos mi hermano y yo, eran capaces de aportarnos normalidad, alegría. Estaban al margen, no sabían lo que pasaba, así que no trataban de ayudarnos, y eso me gustaba; me gustaba que de entre tantas personas, aquellos chicos a los que, a partir de ese verano, íbamos a ver hasta este momento nos trataran con normalidad. Pasamos unos días en aquella casa, donde cada vez era más común ir a visitarles; estaban a diez minutos en bici, que era la única forma de llegar hasta ellos, además de a pie. Se convirtió en mi salida de escape de todo aquello, pasar tiempo con ellos era tiempo sin Fernando, sin Isolina, sin nadie de todos ellos, aunque, al regresar a casa, todo volviera de golpe; durante las horas que pasábamos en compañía de nuestros amigos, podíamos experimentar de nuevo la despreocupación.

Para mí estaba siendo increíble cómo había encontrado de una manera tan inesperada a aquellas personas que, sin darse cuenta, tanto nos estaban ayudando, personas buenas.

Sin embargo, el verano terminó, deseaba volver a casa y abrazar de nuevo a mis padres, no les había contado nada a mis amigos, tampoco sabía cuándo les volvería a ver, y nos despedimos.

La situación con Fernando no cambiaba y en el camino de vuelta ocurrió uno de los peores episodios que creo haber vivido hasta entonces. Del motivo de la discusión no me acuerdo. Íbamos en el coche los tres, David, Fernando y yo. Volvíamos a Madrid. Comenzamos a discutir cuando Fernando empezó a hacer maniobras bruscas con el volante mientras golpeaba el salpicadero con fuerza, decía que nos iba a dejar allí. Que no volveríamos a ver a mamá y mil cosas así, amenazando con estrellar el coche. Recuerdo como el coche se

movía en zigzag, cómo Fernando no dejaba de gritar violentamente mientras daba aquellos golpes, cómo David lloraba y cómo temí que, en el peor de los casos, o nos estrellásemos en aquel momento o nos dejase allí tirados. No tenía móvil ni ninguna forma de comunicarme con nadie y, dado que volvíamos de Zamora, los campos que atravesábamos de cultivo eran eso, tan solo campo, no había nada ni nadie en kilómetros.

Esta era una de las numerosas situaciones que vivíamos, pero no se las contábamos a la gente de Aldeas Infantiles. ¿De qué serviría? Eran personas que habían dicho querer ayudarnos y solo nos hundían más, personas que decían haber ayudado a que viésemos a nuestra madre mientras era evidente la relación que tenían con Fernando. Personalmente, no sé si todos aquellos que participaron en el proyecto de Aldeas Infantiles en nuestro caso particular pueden siquiera dormir alguna noche sabiendo el daño que hicieron. Una de ellas era madre, y no hubo vez que no me preguntase cómo no había sido capaz ni por un momento ella, que tenía hijos, de empatizar con nosotros que también éramos hijos y nos estaban arrebatando a nuestra madre. De nuevo, eran un ejemplo de la falta de humanidad que hay a veces en las personas, yo no quería que me ayudasen, hubiese bastado con que no hubiesen tratado de empeorar más la situación. Y de nuevo, una vez más, Fernando se convertía en la víctima de todo aquello de la mano de aquellas personas.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

Los fines de semana que pasábamos con Fernando eran horribles, tanto David como yo estábamos obligados por la ley a ir. O como bien decía Fernando: «Hay una sentencia que hay que cumplir, porque lo ha dictaminado un juez». Estas palabras también salían de boca de Isolina, ambos decían a veces incluso que, si queríamos, nos enseñaban la sentencia. David y yo repetíamos que no era eso lo que queríamos, que no nos importaba la sentencia, ni el juez, tan solo queríamos vivir sin tener que ir obligados. Me llenaba de impotencia que alguien que tan solo había leído informes sobre mí, informes que hacía gente que me había visto una vez, que jamás había vivido aquellas situaciones con Fernando, ni había sentido el miedo tan cerca, pudiese tomar decisiones tan drásticas sobre mi vida, la de mi hermano y la de mi madre y padre, como lo era separarnos de ellos cada quince días.

Mamá siempre estaba en pie de guerra, dando la cara por nosotros, ayudándonos y librando pequeñas y grandes batallas, pese a que tenía el apoyo de mi padre, que siempre había estado ahí para mantenernos con los pies en tierra, y de mis abuelos, que llevaban desde que todo comenzó, en el año 2005, junto a nosotros. Aquel dolor estaba causando mella en la salud de mamá, y durante el verano en el que le quitaron la custodia, mamá tuvo que ser hospitalizada y llevada en ambulancia de urgencia por fuertes hemorragias. En noviembre del año 2009, fue operada. Es duro ver cómo tu madre llora, cómo se despide de ti, pero saber que afecta a su salud, puesto que lo que tenía era un principio de cáncer, pasa todas las barreras de dolor y rabia; sacó de mí y hoy en día sigue sacando lo peor al pensar en todo aquello, sin embargo, de una forma distinta. Hay personas que dicen que les entran ganas de pegar, de dar una paliza a aquellos que les hicieron daño, lo llaman venganza; otras simplemente no se controlan, pero yo no, yo no busco vengarme de tantas personas, dado que fue ella misma la que me enseñó a perdonar, pero sí busco contar la verdad y que no queden impunes ante todo lo que causaron. Hay una frase que dice: «Hasta el más cobarde lucha cuando está en peligro lo que quiere». Yo me mantuve a la sombra de mi madre durante aquellos años, durante aquellas operaciones, pero ahora siento que debo librar esta batalla, no solo por ella, sino por toda mi familia y porque hoy, mientras escribía este libro —disculpa mi cambio tan repentino de tema, querido lector—, pude ver la noticia de un niño que había sido obligado, repito, obligado, a irse con la familia, en este caso materna sin que él quisiese. Los medios de comunicación difundían vídeos del pequeño diciendo que no, que no quería irse. Y aun así, abogada y tía de la familia materna tenían el coraje de afirmar que aquel pequeño no había dicho en ningún momento que no quisiese irse con ellos. Me doy cuenta de que la justicia, en toda su totalidad, sigue siendo tan inútil como lo fue años atrás con mi hermano y conmigo.

El tiempo pasaba, las Navidades del año 2009/2010 las pasamos en casa de Isolina. Un día, Fernando estaba llamando a un amigo suyo cuando a David y a mí se nos ocurrió gastar una broma, soltar una tontería al final de la llamada. Sin embargo, aquello a Fernando le molestó muchísimo y se puso como una fiera. Empezó a gritar, diciéndonos que éramos unos sinvergüenzas, metiendo no solo a mamá, sino a nuestros abuelos; arrebató contra todos, hasta que la propia Isolina le dijo que era necesario que se tranquilizase, había sido tan solo una cosa de niños sin importancia. David y yo subimos corriendo a la

habitación para no bajar, ni siquiera queríamos cenar junto a ellos. Nos asustábamos y solo queríamos que mamá volviese a recogerlos. Pero aquello no era un cuento, y, por más que lo deseásemos con todas nuestras fuerzas, no íbamos a conseguir que mamá o papá apareciesen en su coche para devolvernos a casa.

Me alegré de que hubiese entrado por fin el 2010, ya que, por suerte, era par, así que la Semana Santa la pasaríamos con mamá y papá. Detrás de toda esta calma aparente, había un sinfín de comunicados entre abogados, de situaciones tan extremistas como las anteriores; Fernando trataba de hacerle la vida imposible a mi madre. No paraba, para él no había descanso. Aquellos serían mis últimos meses en el colegio antes de pasar al instituto. Ese fin de semana nos tocaba con Fernando, y David y yo nos llevábamos las maletas al colegio, ya que había comenzado a recogerlos allí. A nosotros nos daba vergüenza ir con ellas, sin embargo, allí todos nos trataban muy bien y, gracias a la simpatía de los conserjes, nos permitían dejarlas en la conserjería. La anécdota fue que mis botas se rompieron y necesitaba unas nuevas, así que a Fernando no le quedó otra que comprármelas. Él pasaba una cantidad de dinero a mamá muy pequeña y ese mismo mes le comunicó que descontaría de ese dinero el total que había invertido en mi calzado, que fue extremadamente necesario. Así era él.

Durante el invierno de 2010, mamá fue operada dos veces más. Era inevitable que todo aquello afectara a su salud. Eran ya cinco años de lucha y parecía que no iban a acabar nunca.

De nuevo, llegó el verano. Los mismos dramas. Yo contaba los días para que volviésemos con mamá y papá. La angustia que sentía era tremenda. Echaba de menos a toda mi familia. En aquellos fatídicos cuarenta días de cada verano, el único consuelo era ver a nuestros amigos del pueblo. Un año más, se portaban a las mil maravillas con nosotros. Aquellos muchachos nos devolvían la alegría en los días grises pero calurosos de verano. Se lo agradecería eternamente.

Un día, cuando Fernando no estaba, nos quedamos al cuidado de su madre y hermano. En el piso de arriba había un tambor viejo que David cogió y con el que comenzó a armar ruido. Sé que no es la mejor de las actitudes, pero él no dejaba de ser un niño. El ruido acabó despertando a Manuel, el que era

hermano de Fernando, lo que hizo que se levantase muy rápido y llegase hasta donde estábamos nosotros dos. Corrimos hacia el piso de abajo, donde estaba nuestra habitación, y Manuel, con el tambor en la mano, comenzó a golpearlo muy fuerte mientras gritaba: «¿Os molesta?!», cada vez se acercaba más. Cerramos la puerta rápidamente, sin embargo, él era mucho más fuerte que nosotros y, al abrirla de un golpe, tiró a mi hermano contra el mueble. Se situó a su lado, poniéndole el tambor en la oreja mientras le repetía que si le molestaba ahora, cada vez más cerca y más fuerte. David no cesaba de llorar, al igual que yo, que me levanté para sacar a mi hermano de donde Manuel le había arrinconado. Pero me apartó fuertemente con el brazo y me caí hacia atrás. Aquellos minutos fueron interminables, largos y oscuros. Al parecer, los genes se repartían por igual en los hermanos.

Cogí un teléfono y llamé a mamá, encerrándonos en la habitación mientras lloraba y le contaba lo que había pasado; le pedía que viniese a buscarnos, ya no aguantaba más. Aquello era el verdadero infierno. Mamá dijo que le pasase a Manuel, quería hablar con un adulto «responsable». Hablaron hasta que llegó Fernando. Mamá insistió en que debía hablar con Fernando acerca de lo que había pasado mientras él no estaba, pero este se negaba. Fernando discutió acaloradamente con Manuel, gritando que le iban a meter en la cárcel, que cómo se le había ocurrido hacernos aquello, «ponernos la mano encima». Nos ordenó hacer las maletas y, a la hora, nos habíamos ido.

Al acabar el verano y con la llegada de septiembre, entraría en el instituto, tan deseado por los preadolescentes.

Sin embargo, Fernando tendría que ir a buscarme a la salida. Aquello fue lo peor. La peor situación, pues, una de las dos veces que fue, yo tenía que llevar la maleta y, siendo sinceros, no todos los niños van con una maleta al instituto. Tenía miedo de lo que pudiese pensar la gente al verme con ella o, peor aún, lo que pensasen mis amigos al verle, ya que en el colegio conseguía evitar aquella situación. Pero allí no. Fernando entró hasta el instituto y se puso a esperarme. Cuando me vio, comenzó a hacer gestos un tanto raros, que nunca hacía. Como si se alegrase de verme. Fingía de nuevo. En cuanto le vi, agaché la cabeza, dejando atrás a mis amigas y, al pasar por su lado, dije «vamos», muy seria, mientras cargaba con mi mochila y la maleta. Lo pasé realmente mal. Comimos hasta que David salió del colegio. Era todo muy violento, pues

Fernando había traído sándwiches, vaya, por lo menos no lo descontaría, como con las botas. No sabía qué hacer. Y echaba mucho de menos a David.

La segunda vez que vino a buscarme, no vino, es decir, se le olvidó. Me quedé media hora esperando fuera, junto a mi maleta, hasta que a través de mi móvil, el cual Fernando permitía que me llevase el fin de semana dado que había empezado el instituto, llamé a mamá. Entré dentro del instituto y les dije a las personas de jefatura de estudios lo que había sucedido. En mi anterior colegio, la directora conocía la situación, pero ellos aún no, y yo, pese a todo, quería parecer normal. Llamaron a Fernando, que dijo no haberse enterado de que tenía que recogerme, algo así como que nadie le había avisado. Bien, si no le mandabas un mensaje diciéndole que tenía que recogernos, no aparecía. Al final, mamá se acercó hasta el instituto a por mí, yo no dejaba de llorar, fruto del cúmulo de vergüenza y frustración que sentía.

A partir de ahí, Fernando dejó de recogernos en el instituto y colegio y pasó a recogernos en nuestra casa.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

Tras cada episodio, era obvio que necesitábamos ayuda, y yo, por una vez, era consciente de ello, no como las anteriores e innumerables veces en las que me encontraba aparentemente bien y no entendía para qué acudir a aquellos lugares que por aquel entonces no había sabido que eran psicólogos. Estaba cursando el primer año de instituto, tenía tan solo doce años.

Durante aquel periodo de tiempo, dejamos de ir a Aldeas Infantiles.

Mamá se puso en contacto con su abogada para que le comunicase a la de Fernando la necesidad de que acudiésemos a terapia.

Finalmente, con ayuda de la abogada de mamá, encontraron una psicóloga muy buena, aunque era muy cara, pero el problema menos importante para mamá era el económico, no porque nos sobrase el dinero, sino porque ella quería que nos pusiésemos bien o que, de algún modo, llevásemos mejor el hecho de tener que irnos con Fernando cada fin de semana. Pero mientras que,

por una parte, mamá aceptaba pagar lo que hiciese falta para acudir a la psicopedagoga, que es lo que era, aparte de psicóloga, Fernando se negó a pagar lo que le correspondía, que era la mitad del total, ya que decía que era muy caro. No voy a entrar en cifras, ni en lo que costaba las consultas. Si no quería pagar, que no pagase, ni para eso quería su dinero. Así que, de vez en cuando, los abuelos nos ayudaban, aunque la ayuda era para mi hermano y para mí realmente.

El primer día que acudimos a nuestra nueva psicóloga habían pasado en torno a dos años y medio desde el verano del 2008, desde el «peor verano», como solía llamarlo. Eran las Navidades del 2010. Pese a que con el tiempo demostró que podíamos confiar en ella, yo tenía un mecanismo de defensa contra todos los psicólogos, un mecanismo que ellos mismos me habían ayudado a crear y que los de Aldeas Infantiles habían demostrado que era más que necesario. Así que iba asustada, tenía miedo de que, de nuevo, dijera cualquier cosa o entendiera cualquier cosa por la que me quitaran a mi madre de nuevo, no podía ser yo si tenía tanto miedo. Había aprendido a medir mis palabras y lo que decía. La pregunta clave no se escapó: «¿A qué crees que has venido aquí?». Tenía una voz dulce, pero a la vez denotaba seriedad en su trabajo, morena, con una melena rizada y los ojos claros, con muchas pecas. Vestía casi a lo que yo por aquel entonces entendía de moda, con un estilo un tanto hippie. El lugar de las consultas era en su propia casa, grande y con un toque rústico, en una sala donde había cuatro puertas que daban a las habitaciones de sus cuatro hijos (esto lo descubrí tiempo después). Era madre. Respondí a aquella pregunta de la manera que siempre había respondido: «Porque me han traído, porque estoy mal». Me preguntó algo, quería que le contase la historia, pero no una cualquiera, sino mi historia, cómo lo había vivido. Aunque a mí me costaba abrirme a lo desconocido, intenté más o menos contarle cómo me sentía, lo que había pasado. Por una vez en mucho tiempo, no me cuestionaban mi verdad, y al contarle todo, ya no solo aquel verano ni aquellos años atrás, sino lo que había pasado durante este tiempo, rompí a llorar. Cosa que no me gustaba y sigue sin gustarme hacer delante de la gente; me empiezo a poner roja, se me taponan la nariz y muestra una imagen de mí poco favorecedora. Y esa fue la primera consulta conmigo; antes, ya había hablado con mamá para que le pusiese al tanto y, después, habló con David, aunque con él los ratos eran más bien breves, ya que le costaba expresarse, apenas contaba las cosas.

Llegó el 2011 y las Navidades acabaron. Aquel año era impar, eso significaba que la Semana Santa la pasaríamos junto a Fernando. Íbamos cada semana a ver a nuestra nueva psicóloga, yo nunca contaba en el instituto ni a nadie de mis amigos que acudíamos a terapia, no me gustaba. Allí casi nadie, por no decir nadie, sabía mi historia. Prefería que siguiera así por un afán de sentirme como el resto de mis compañeros. Durante las vacaciones de Semana Santa, María, que era como se llamaba nuestra psicóloga, me mandó hacer un diario sobre cómo me sentía aquellos días que pasábamos junto a él. Escribí en él cada sentimiento y sensación, al principio, recatándome y, luego, dejándome llevar. En él conté mi visión sobre los psicólogos, aunque ella era la excepción. Me abría poco a poco. Pero no quería que jamás mamá o cualquier otra persona de mi familia llegase a leer ese diario, sabía que causaría mucho dolor; al fin y al cabo, eran las sensaciones en estado puro, las escribía en ese mismo momento, cuando sucedían, y no unos días o momentos después.

Aquellos días junto a Fernando fueron eternos, en la casa del río donde hacía muchísimo frío. Además, no ponía la calefacción, salvo en excepciones; en vez de eso, utilizaba la leña, y la casa tardaba en calentarse bastante, por lo que nos acostábamos en la cama con el abrigo puesto. Se hacía lo que él decía. Íbamos a procesiones, y una vez le acompañamos hasta la ciudad, a que visitase a una psicóloga, decía. Allí esperamos sentados en una sala durante casi dos horas. Él murmuró algo acerca de nuestra madre. Ella parecía simpática con él, sin embargo, nos miraba con recelo. Casi todas las personas que eran conocidos de él parecían saberse la parte de la historia que Fernando les había contado y la cual no debía de ser muy buena. Una vez, visitamos a un hombre en la zona antigua de Zamora; nos miró y, dirigiéndose a Fernando, dijo: «¿Estos son los niños?». Fernando asintió y nosotros, como siempre, nos quedamos atrás; entonces, él dijo que nos comportábamos así por culpa de nuestra madre. Aquello me enfadó, muchísimo. Que dijera esas insinuaciones sobre mi madre, delante de mí y a alguien que no conocía. Me indignaba la actitud de aquel hombre al ver cómo asentía y escuchaba todas las historias de Fernando sin cuestionarse nada.

Era como si estuviesen dispuestos a creerse todo. Acaso nadie se preguntaba por qué nosotros no queríamos estar allí, en vez de creerse todas las mentiras de él. Parecía que nadie fuese a reaccionar nunca, como si

estuviesen sordos, mudos e impasibles. Pero luego nos llevamos las manos a la cabeza cuando una mujer muere a manos del maltrato, o cuando un niño presencia todo eso, porque ahí es cuando la situación ha tocado su peor extremo, y al final si hay pruebas, pero hasta que eso no pasa, la sociedad calla y ampara a personas como Fernando. Triste, pero cruel realidad.

Todos esos fines de semana, esos días junto a Fernando eran horas muertas, tiempo sin valor, tiempo que solo significaba una cuenta atrás para poder regresar a casa.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

Básicamente mi vida se convirtió en una rutina que parecía no acabar nunca. Nunca podía llegar a ser feliz del todo, o al menos así lo sentía yo. Me centré mucho en mis estudios de la ESO como única salida de escape del mundo real. Tratando de disipar cada fin de semana lejos de mamá y papá como una burbuja de tiempo en la que no crecía ni avanzaba. Estudiaba, me aprendía más de lo que mandaba el profesor, hacía deberes de más; y no porque fuese la niña más aplicada de mi instituto, sino porque necesitaba evadirme de aquel mundo.

Los fines de semana que íbamos a la casa de Fernando, a veces, estaban sus compañeros de piso. Era un tanto una situación violenta, ya que no quería ni imaginar lo que Fernando les podía haber contado sobre nosotros. Así que la mayoría de las veces tan solo salíamos a cenar o comer, ya que no conocíamos a aquellas personas.

Sin embargo, el verano del año 2011 sería muy diferente, estaríamos algunos días menos; además, David ya tenía once años y yo trece. Aún éramos unos críos, lo sé, sin embargo, ya no teníamos ocho y diez, como años atrás, y de algún modo Fernando no podía manejanos de manera tan directa como lo había estado haciendo hasta ahora, aunque eso no significaba que fuese a dejar de hacerlo.

Aquel verano veríamos de nuevo a nuestros amigos, solo que estaríamos menos tiempo. El día que Fernando nos recogió, cuando estábamos a punto de

salir, ocurrió algo. Mamá y, más adelante, papá solían salir al portal a despedirnos y recogerlos, además de ayudarnos a subir y bajar las maletas. Estaba despidiéndome de mamá cuando le dijo a Fernando que yo llevaba un móvil por si necesitaba llamar, además de para avisar de dónde estábamos. Tener al tanto a mamá sobre dónde nos encontrábamos David y yo era obligación de Fernando; sin embargo, él apenas cumplía con ninguna de sus obligaciones. Fue en ese momento cuando dijo un rotundo «no». «Que no se lleve ningún móvil, lo prohíbo, utilizaré el mío». Ante el tono de voz, la cara y la firmeza con la que Fernando pronunció aquellas palabras, le devolví el móvil a mamá, que, lejos de estar atónita, me estrechó entre sus brazos. Nosotros tres ya conocíamos esa cara de Fernando, que solo mostraba cuando no había nadie más y que pronto cambiaba en el caso de que apareciera algún vecino o conocido; en esa situación era más amable, y se refería a nosotros como «la tropa».

Isolina, que llevaba tiempo sin aparecer, ya que habíamos dejado de ir a su casa porque no nos gustaba, estaba allí. Realmente dejamos de ir tras el aviso de la abogada de mamá de denunciarla por los insultos y el chantaje. Fuimos a comer al piso compartido de Fernando y a pasar una noche. Escuché cómo hablaban en la cocina sobre mamá, y de repente vino Isolina mientras sostenía un móvil en el que aparecían mensajes con mi madre. Me dijo: «Mira, para que veas y ella sepa que la informamos sobre dónde estáis». Habían pasado dos horas desde que nos habíamos ido y mamá, junto a papá, estaban muy preocupados. Su actitud no me gustaba nada, la falsedad y la hipocresía eran evidentes. No me dejaron mandar ningún mensaje a mamá, tal y como habían dicho, y menos aún llamar.

Sinceramente, me sería fácil decir que odiaba a Isolina y a Fernando, pero mis sentimientos hacía ellos no tenían un nombre exacto. No puedo decir ni siquiera que sintiese algo hacia aquellas personas. Uno estaba ahí por obligación y otro, por elección.

Al día siguiente, fuimos a la casa del río de Zamora. No había hablado con mis amigos en todo el año. La especial importancia que les doy continuamente a aquellas personas es por el hecho de que, si no hubiesen estado allí las horas muertas sin nadie excepto David, hubiesen sido horribles. Tenía trece años y, como a todas las chicas de mi edad, supongo que se les despierta eso que

duerme durante años; te empiezan de dejar de dar asco los chicos y sus tonterías para comenzar a gustarte. Así que yo, pese a todo, solo seguía el ciclo de la naturaleza y me di cuenta de que me gustaba uno de mis amigos de allí. Este detalle a muchos les puede parecer que carece de importancia y que es una tontería, sin embargo, a mi parecer es relevante, ya que yo nunca había vivido aquellas sensaciones, y aquel chico, junto al resto de mis amigos, aportaba alegría de nuevo. Me di cuenta ahí de que me gustaba, pero ahora que he crecido soy consciente de que es el típico o no tan típico amor de infancia hacia un chico que hasta que no creces no te das cuenta de que está ahí. Les conocíamos desde hacía ya dos años y supongo que me había quedado prendada desde el momento que me acorraló con su bici al día siguiente de conocerle. De nuevo, en un espacio y tiempo distinto y ajeno al sufrimiento que había al regresar a la casa del río con nuestras bicis, yo, que siempre había estado sumida en los problemas que conllevaba Fernando, empecé, además, a volcar mi cabeza en aquel muchacho. ¡Ay, el primer amor!

Pero los días allí no eran tan idílicos y cada instante en aquella casa eran bofetadas de realidad que me sacaban de mi enamoramiento juvenil.

Cuando terminó la semana, nos marchamos a Galicia junto a Isolina y Fernando, aunque yo prefería quedarme, ya que, estando allí, podíamos escapar de verles en todo el día, pero estando en un hotel con horarios era imposible perder de vista a aquellos dos. Nuestra última parada fue una casa rural en la sierra de Madrid. Creo que era la habitación más minúscula para cuatro personas que he visto en mi vida. Además, solo nos daban una llave, por lo que no podíamos hacer nada sin ellos dos. Les gustaba estar en el río que había enfrente, así que a veces estábamos horas ahí, sentados. La impaciencia de David y mía era inminente, pero no había manera de movernos de allí, así que tan solo era dejar que el tiempo pasase.

Seguimos yendo a nuestra psicóloga, que nos aconsejaba, nos escuchaba y, lo que más me gustaba, no nos juzgaba. Volvíamos tras el verano y nos abrazaban de nuevo. Decíamos adiós por fin a todo aquello, aunque sabíamos que, tarde o temprano, tendríamos que volver. Yo detestaba automáticamente cada lugar que visitábamos de mano de Fernando, todo me parecía malo, una mala sensación. A veces, volvíamos a discutir sobre que no queríamos ir allí. Él asustaba a David con sus frases y arremetía ya no solo contra nuestra

madre, su repertorio se había ampliado a papá y los abuelos.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

Fernando incumplía aquella sentencia que para él era tan «vital», de manera continua. Había fines de semana que solo nos recogía un día que cambiaba a mamá, según le iba bien. Él no quería estar con nosotros por mucho que lo dijese ante cualquier juez o psicólogo; a él nuestra presencia no le agradaba, ni a nosotros la suya, así que yo me solía enfrentar, diciéndole que no queríamos ir con él. Todo esto se notaba en su actitud, en aquella que nunca mostraba al resto de personas.

Aquellas Navidades pasamos menos días con Fernando, el hecho de que estuviésemos menos de lo establecido no era porque la sentencia se hubiese modificado, sino que Fernando estaba de acuerdo en no pasar tanto tiempo junto a nosotros, ya que tampoco queríamos.

A veces, contaba los días, incluso las horas que faltaban para regresar. Me desesperaba cuando aún faltaba demasiado y era un alivio ver lo poco que quedaba en otras ocasiones.

Pero, como las últimas Navidades, el Año Nuevo lo celebramos con nuestra familia. Mamá, papá y los abuelos. Aquel año fuimos a un lujoso restaurante cerca de la casa de los yoyos, como solía y suelo llamarles. Al lado de nuestra mesa, había un matrimonio mayor que, ante la ausencia de los hijos y nietos, tal y como nos contaron, habían decidido ir allí. Al parecer, a ellos les tocaba cenar con sus respectivas familias políticas. Eso provocó gran ternura en mí, pensando en cómo ellos dos tenían que celebrar aquella fecha tan señalada solos y, de alguna manera, parecían haber buscado la compañía en aquel gran restaurante. Así que, tras comernos las uvas, nos abrazamos unos a otros.

La gente mayor, al igual que los niños pequeños, despertaba en mí mucha paz y armonía. Y desde que aquel verano de 2008 sin ver a mis abuelos esto se incrementó más aún.

Lo bueno de aquel 2012 es que era, cómo no, año par. Lo cual significaba

que la Semana Santa la pasaríamos con mamá y papá. Nada de procesiones en Zamora ni Fernando y sus historias. Eso de antemano provocaba gran felicidad en mí. Además, nos habían comprado camas nuevas y emplearíamos aquellas vacaciones en pintar las habitaciones y el salón; junto al cambio radical que le estaba dando papá con la ayuda de mamá, tapábamos los fantasmas del pasado. Fernando había estado en aquella casa junto a Isolina, en la misma habitación que mis padres, comió en su mesa y cocinó en su cocina. Pensar en todo aquello me atormentaba. Pero aquellos cambios cubrirían de algún modo aquellas imágenes.

Eligieron un tono de blanco para las habitaciones, salón y pasillos. A mi parecer, el blanco era un color perfecto. Daba luminosidad, amplitud y armonía a la casa. Era perfecta. Porque aquel lugar había sido donde habíamos pasado nuestra infancia, dado nuestros primeros pasos y mil recuerdos más. Pero también había sido donde todo pasó aquel 20 de febrero. Así que, de un modo u otro, ya que no podíamos venderla y marcharnos, cambiar su aspecto era un alivio. Estábamos atados a aquella casa por problemas con Fernando. Él la quería ante todo, así que ni mucho menos era razonable pensar que la quisiese poner a la venta.

Era duro pensar que, pese a todo, no teníamos el mando de nuestras vidas. Porque el hecho de que cada quince días tuviésemos que marcharnos condicionaba la vida de nuestros padres a estar constantemente pendientes por si algo pasaba. No podíamos decidir dónde estaba nuestro hogar porque Fernando quería aquella casa. Hacer planes con las nuevas amigas para mí era un tanto complicado y me perdía muchos cumpleaños porque no estaba en Madrid ni sabía dónde iba a estar. Cuando me preguntaban el porqué de mis continuos viajes, muchas veces no sabía qué responder.

Pero mamá no dejaba de repetirnos lo afortunados que éramos de estar juntos y unidos. Lo demás no tenía importancia mientras esto siguiese así, ya que poco a poco aquellos detalles secundarios se solucionarían.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

No consideraba que mi vida fuese complicada, de algún modo sabía que en

el peor de los casos todo terminaría cuando yo cumplierse los dieciocho, al menos en gran parte. La otra parte era mi hermano David. A veces, pienso en lo pequeño que era y siempre será desde mi punto de vista. Nuestra relación era un tanto peculiar, quiero decir que muchas veces, la gran mayoría, discutíamos. Por el mando de la tele, por quién tenía más Fanta de los dos o a quién le tocaría la porción de chocolate más grande; sin embargo, a la hora de la verdad, jamás nos abandonaríamos el uno al otro. Pasase lo que pasase, mi hermano sería siempre lo primero. Solíamos bromear con que éramos las personas con las que más tiempo habíamos pasado, al fin y al cabo, cada fin de semana juntos o cada verano era tiempo que compartíamos, y si no nos hubiésemos tenido el uno al otro, probablemente todo hubiese sido mucho peor.

Meses antes de aquel verano, Fernando nos preguntó que a dónde queríamos ir de vacaciones durante la parte que nos tocaba con él. No respondimos más que un «aún queda mucho». En mi interior, guardaba la esperanza de que no fuésemos, tal vez porque no se presentaba o tal vez porque, por alguna extraña razón, aquella situación era un sueño y, de repente, me despertaba. Aquel verano comenzaron a cambiar muchas cosas, nos fuimos aún menos tiempo junto a Fernando y esta vez yo sí pude llevar mi móvil, por lo que podía estar conectada a mis padres y amigos.

Aquellos fines de semana, los días de verano..., eran como una doble vida, vida que no muchos conocían y que me gustaba mantener oculta. Lo único bueno que sacaba de aquella vida eran algunas personas, aunque durante aquel verano vi a los que yo consideraba metafóricamente mis salvadores, mis amigos. Como cada vez que íbamos con Fernando a la casa del río, nada más llegar cogíamos nuestras bicis y nos marchábamos directos al pueblo a ver Hugo, Jesús, Mario y Carlos. Aquella tarde hacía mucho calor, pero no importaba. Dimos unas cuantas vueltas por el pueblo, subiendo y bajando las cuestas, recorriendo sus calles. David y yo nos separamos, fuimos cada uno por un lado, bajé una gran rampa que daba a la casa de los chicos y, sin poder evitarlo, una voz salió de mí preguntando por Hugo. Se había marchado y no volvería hasta el año siguiente.

A decir verdad, aquellas palabras me dejaron en un estado de impotencia, retornando en mi cabeza, no trataba de buscarlas un sentido más que el de que

ya no estaba. Haber hecho amigos allí y experimentar por primera vez la sensación del primer chico que te gusta me parece importante, porque casi siempre estamos esperando el momento correcto, las circunstancias perfectas para que ocurran las cosas. Nos preocupamos de planear el futuro y aparcamos lo que está pasando. Realmente, aquellas no eran ni mucho menos las circunstancias ni el momento idóneo para que aquel mar de torbellinos llegase a mi cabeza y probablemente aquel no era el chico indicado, porque, pese a todo, aquel no era mi lugar; iba cada verano, cada fin de semana deseando que fuese el último. No iba allí a disfrutar, sino a librar batallas con Fernando mientras dejaba a mis padres en casa, preocupados. Pero en la vida no eliges, y por eso hay que disfrutar cada momento como si fuese el último. La peor parte de aquel mes de agosto llegó cuando estábamos en un hotel de Almería donde conocimos a un grupo de chicos y chicas de nuestra edad, que también pasaban una semana allí. Nos hicimos muy amigos de ellos, iban con sus padres. Cada tarde, después de comer, se iban con ellos a sus habitaciones a pasar un rato o tan solo a veces les saludaban. Pero David y yo estábamos «solos». Quiero decir, no subíamos entusiasmados a la habitación del hotel a saludar a nuestros padres y no corríamos a verles donde ellos tomaban el sol. Porque no estaban. Nuestros amigos no dejaban de preguntar quiénes eran en realidad Fernando e Isolina, así que lo mejor que se nos ocurrió decir fue que eran amigos de la familia.

Aquellos momentos eran dulces donde solo nos lo pasábamos bien..., sin embargo, tan agrios a la vez.

No podíamos entrar a nuestro cuarto del hotel si Fernando e Isolina no lo permitían, y la vez que pedí en recepción una llave para entrar a la habitación, me la encontré partida al día siguiente. Era una soledad camuflada, estaba rodeada de gente, pero no encontraba a nadie más allá de la línea telefónica, David estaba igual.

A partir de aquel verano, las visitas con Fernando se redujeron considerablemente. El contacto entre Fernando y mamá era a través de SMS que se mandaban desde el teléfono de Fernando, pero que, según él decía, escribía Isolina. En las Navidades de 2012, apenas pasamos unos días con Fernando, al igual que la Semana Santa del 2013. Poco a poco, todo acababa, o así lo sentía yo. Durante el verano del año 2013, volvimos a ver a todos

nuestros amigos y, tras dos años, también a Hugo, sin embargo, tanto mi madurez como mi forma de ver las cosas habían cambiado mucho desde la última vez.

El 6 de septiembre del año 2013, mamá y papá se casaron, fue un día muy feliz. Hoy, 16 de agosto del año 2014, hemos pasado nuestros últimos días con Fernando. Volvimos a la casa del río, donde hemos estado durante cinco días. Días en los que la única conversación que mantenemos, como desde el año 2008, que empezamos a ir con Fernando, es para comer y algún detalle. Isolina hace mucho tiempo que dejó de acompañar a Fernando en sus viajes con nosotros. La relación con la familia de Fernando es nula, sin embargo, y pese a que continuamos viviendo en la misma casa, somos felices. Hemos superado todas las adversidades y ahora mi único propósito es que este libro ayude al resto de niños que están como yo narro.

Hemos llevado a cabo la despedida de todo. De la casa del río y del pueblo. Hugo, Carlos, Jesús y Mario continúan siendo nuestros amigos; finalmente, les contamos cuál era la verdadera situación. Hasta hace unos días, que los vimos por última vez, su trato hacia nosotros y el de su familia siempre ha sido encantador, prometimos volver a vernos, pese a que David y yo no volveremos a la casa.

Los chicos que conocimos en Almería siguen manteniendo relación con nosotros. Y de toda esta historia, pese a que hemos conocido personas que querían hacernos daños, sacamos amigos que durarán toda la vida.

Mamá está totalmente sana y acude a las revisiones precisas.

En cuanto a Fernando, durante el curso 2013-2014, le veíamos los fines de semana, solo los domingos. De entre todas las cosas que se llevó de la casa el día de la paliza y los días en adelante, cogió un diario que mi madre me escribió cuando estaba embarazada de mí y que a día de hoy aún no me ha devuelto, y que ha sido utilizado en los juicios. Al parecer, según él, lo tiene otra persona y lo han tenido personas que lo necesitaban, no quiere decirme quién.

A día de hoy voy a empezar a cursar la última etapa del instituto, con grandes sueños y metas. Ya no busco sentirme «normal», ni me oculto. Todo

esto me ha brindado la oportunidad de ser capaz de luchar por mis sueños e ideales, de acariciar cada instante con mi familia y de vivir una vida plena.

He aprendido que el valor, como decía mamá, no es la ausencia del miedo, sino el dominio de él y, tras esta dura etapa de mi vida que alberga nueve años de los dieciséis que tengo, puedo sentir y decir:

Ya no tengo miedo, por fin soy libre.

La historia se cerró hace tiempo con el libro. Pero la verdad es que no fue así en la realidad, o al menos hasta aquel 19 de octubre del año 2014, en un cálido domingo de otoño.

Fernando llegó al portal de casa y llamó al telefonillo, como era costumbre. Al oír el timbre, he de admitir que me puse un poco nerviosa, pero me ayudó a tener más valentía. Tenía en mi mano una foto, salían mamá y Fernando, y por detrás escrito a mano: «(...) diez años parando tortas, hasta el 20/02/2005, en que se las devolví..., y consiguió lo que buscaba». Era la letra de Fernando, lo había escrito él. Y me lo había entregado dentro de un sobre en el que venía un diario de mi madre que le pedí.

El primer momento que tuve aquella foto entre mis manos, la primera vez que leí aquello, la más firme declaración y confesión, junto aquella fecha, 20 de febrero, sentí en mí un torbellino de emociones. Ciertamente noté cómo mi sangre hervía, y fuera de cualquier tipo de razonamiento, sentí que aquello había llegado demasiado lejos. Fernando no volvería a jugar con mi familia, no mientras yo viviera. Él no me asustaba, nada de lo que pudiera hacer conseguiría doblegar mi voluntad.

Aguanté dos semanas con aquella furia dentro de mí, hasta aquel 19 de octubre. Fernando llegó y salí al portal junto a David, pero esta vez no íbamos a pasar de allí. Entonces avancé, pasé delante de Fernando y comencé a leer lo que ponía en aquella foto. No le di opción a réplica, no quería escuchar sus sucias y falsas palabras. Me pidió la foto, quería que se la dejase. No cedí, no iba a ser tan tonta como para entregársela y que la rompiese, no me fiaba de él.

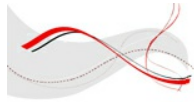
Le pedí que se marchase de allí inmediatamente, que se fuera y no volviese, le dije que no le iba a permitir reírse de mi familia. Tras esto, llamé al

telefonillo para volver a entrar, tras haberle pedido a Fernando que se marchase. Entré en casa junto a David, ahí estaban mamá y papá. Pero Fernando volvió a llamar pidiendo que saliésemos, y salí, y le amenacé con que, de no irse, llamaría a la policía. Y llamé, marqué el número delante de él. Sabía que él escuchaba todo lo que le contaba al agente.

La policía me pidió que le pasase a mis padres. Mamá salió al portal y con el teléfono en la mano y la policía al otro lado de la línea le dijo que, si no se iba, mandarían una patrulla. Y tras varios intentos, se marchó.

Entramos en casa, los cuatro, como cuatro guerreros que habían librado la batalla de su vida, y nos abrazamos. Nada de aquello hubiera sido posible sin papá, mamá y David arropándome y dándonos ánimos a los dos.

Todo había acabado.



Presentación

* viernes, 09 de octubre de 2015, 20:00 Librería Cervantes
y Cía

viernes, 09 de octubre de 2015

20:00

Librería Cervantes y Cía

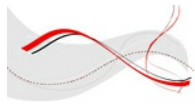
C/ Pez, 27. Malasaña. 28004 Madrid

Intervienen:

D^a. Sonia Fernández. Terapeuta.

D^a. Patricia Fernández Montero. Autora de la obra.

D. José Antonio López Vizcaíno. Gerente de ECU.



Compra en Papel

Este libro ha sido publicado también en papel con el ISBN: 978-84-1631-271-9. Si lo desea puede solicitarlo en su librería habitual haciendo referencia al ISBN de la edición de Papel o bien en la web: www.ecu.fm